

UN EPISODIO DE LA GUERRA FRIA



CARRERA A LA LUNA



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



CARRERA A LA LUNA

Jeff Sutton

Título de la obra en inglés «FIRST ON THE MOON»
Traducción de:
M. ORTA MANZANO
Primera edición: Agosto 1960
N.° de registro 4583-60 Depósito legal B 12618-1960

IMPRESO EN ESPAÑA
Talleres Gráficos PORTAVELLA

PROLOGO

Uno de los cohetes tenía un color plateado; tres eran de un gris ceniciento. Cada uno estaba alojado en un sitio diferente del gran Desierto Occidental. Todos eran hermanos, largos y ahusados, excepto en el color. En cierto modo, representaban el principio y el final de una era, con propulsores exóticos, una gran masa y un diseño de tres estadios. Pero no eran del todo iguales. Uno de los hermanos tenía dentro los artefactos que el género humano necesitaba para vivir: una cabina espacial colocada en lo alto del morro. Los demás hermanos eran simples bestias de carga, pero bestias que llevaban un escaso cargamento, teniendo en cuenta su volumen.

Tenían una cosa en común: el destino. Reposaban entre sus andamios de despegue casi limpios ya, con las cabezas erguidas y orgullosos. Pronto flamearían hacia el cielo, uno a uno, buscando un puerto relativamente pequeño en un mundo lívido y desconocido. El mundo era la Luna; el lugar lívido se llamaba Arzachel, una extraña formación de cráteres con altos acantilados que se multiplicaban sobre una llanura de ceniza.

En algún punto de la Costa Occidental un sucesor de los hermanos estaba tomando forma: una gran nave de una época nueva, con impulsión nuclear y una sola fase. Pero los hermanos no podían aguardar a su sucesor. El tiempo apremiaba...

I

El cuarto era como una prisión, por lo menos para Adam Crag. Era un espacio cuadrado con una estrecha tarima que hacía de cama, una mesa de hojas abatibles, dos sillas de altos respaldos y poca cosa más. Su única ventanita se abría sobre los millares de cobertizos semicilíndricos de metal y sobre los edificios de la base de Arenas Ardientes, desde el segundo piso de una casa casi vacía y destinada a dormitorios.

Había un centinela colocado en la parte delantera del edificio y otro en la parte trasera. Hombres silenciosos que nunca hablaban con Crag, que raramente parecían tomar en cuenta sus movimientos de entrada en el edificio o de salida de él, pero que nunca dejaban que un desconocido pudiera aproximarse al dormitorio provisional, sin someterlo a rigurosa fiscalización. Desde su ventana podía ver el lomo distante de despegue y, por la noche, las baterías de reflectores que iluminaban al monstruo metálico encajado en su cuna. Pero ahora no estaba pensando en el cohete. Estaba irritado, echando chispas, a causa de una Llamada que le había hecho el coronel Michael Gotch.

—No se mueva de la habitación —le había ordenado Gotch secamente por teléfono.

Había colgado sin más explicación. Y hacía ya dos horas que había sucedido aquello.

Crag había acabado de vestirse (tenía una cita) preguntándose vagamente qué estaba pensando el coronel. El fastidio sólo se le había empezado a manifestar cuando, después de más de una hora, Gotch seguía sin aparecer. La libertad de Crag había quedado restringida a una noche por mes. Una noche bien mezquina, pensó. Y ahora se la estaban estropeando, robándole las horas preciosas. Haciéndole aguardar. ¿Aguardar para qué?

"Soy un esclavo", se decía a sí mismo con malhumor; "esclavo de un maldito coronel de malas pulgas." La persona con quien estaba citado no le esperaría; no era de las que esperan. Pero él no podía salir.

Dejó de dar vueltas por el cuarto y se detuvo para echarse una ojeada en el espejo resquebrajado que tenía encima de la mesa. El rostro que le devolvió la mirada era un rostro enjuto, de piel dura y mate que hablaba de vientos y de sol, no precisamente un rostro bronceado o moreno, sino de un rojo de caoba. Y ahora aquel rostro estaba frunciendo el ceño. Los ojos eran de color castaño, bien separados; la nariz, arrogante y aguileña. Una delgada cicatriz blanca surcaba el extremo de una mejilla.

Su mente registró un movimiento a sus espaldas Dio media vuelta, flexionando el cuerpo, balanceándose sobre las puntas de los pies... luego aflojó la tensión, ligeramente mortificado.

Gotch, el coronel Michael Gotch, acababa justamente de cruzar la puerta y le miraba con tolerancia. Una oleada de rubor subió al rostro de Crag.

Este maldito Gotch con sus pasos de terciopelo. pensó. Pero se guardó el pensamiento.

La expresión que hubo en un principio en la cara de Gotch se vio remplazada por una máscara de madera. Por un segundo estudió al hombre enjuto en el espejo, luego arrojó su gorra encima de la cama y se sentó sin pestañear.

Dijo sucintamente:

—La ha tocado a usted.

—¿A mí? —preguntó Crag con un perceptible suspiro de alivio.

Gotch asintió sin hablar.

—¿Qué hay de Temple? —siguió preguntando el otro.

—Lo mataron anoche; fue aplastado por un camión que arremetió contra la base. En un trozo de carretera casi desierto, justamente en las afueras mismas de la base —explicó Gotch.

Hablaba con tono natural, pero sus ojos no tenían nada de plácidos. Eran insondables charcos negros. Opacos y duros. Crag frunció la frente con aire interrogador.

—¿Accidente?

—Usted está ya más que enterado. El camión iba cargado de planchas y no apareció conductor alguno cuando la policía llegó allí. —Su voz se tornó áspera—. No... no fue ningún accidente.

—Lo siento —dijo Crag con calma.

Personalmente no había conocido a Temple. Este no había sido más que un nombre, un nombre susurrado. Uno de los tres nombres, para ser exactos: Romer, Temple y Crag. Cada uno de ellos había sido entresacado como pilotos posibles del Azteca, un proyectil modificado cuya misión consistiría en completar en un último esfuerzo supremo la lucha del mundo occidental por ser el primero en llegar a la Luna. Los tres hombres habían sido aleccionados por separado, examinados y entrenados; cada uno de ellos había vivido virtualmente en uno de los simuladores, de tamaño proporcional, de la cabina espacial del Azteca, y había sido rigurosamente adoctrinado para la operación a la que secretamente se hacía referencia con el apelativo de “Paso Uno” Pero se les había tenido cuidadosamente apartados. Hubo una época en la que nadie, a no ser el cejijunto Gotch, sabía cuál de los tres sería el primer elegido Romer había muerto el primero, herido mortalmente mientras presenciaba una reyerta. Por lo menos eso es lo que dijo la policía. Crag sospechó que era otra cosa lo que había sucedido. Ahora Temple. A la postre resultaba que la elección no había tenido que hacerla el atezado coronel. En cierto modo, aquel pensamiento le agradó Gotch interrumpió sus cavilaciones.

—No dejan de suceder cosas. Los tipos están apretando. El tiempo apremia, Adam

Mientras profería aquellas palabras examinaba a Crag escrutadoramente, como buscando la clave de sus pensamientos. En el rostro del coronel se leía que ahora dependía todo del hombre enjuto con la delgada

cicatriz en la mejilla. Por un momento, sus ojos preguntaron si aquel hombre podría realizar lo que ningún otro hombre había hecho nunca. Pero sus labios no dejaron traslucir la duda. Al cabo de un momento dijo:

—Sabemos que el Este nos va a la zaga en la preparación de una nave espacial atómica. Muy de cerca. Hemos aprendido mucho de algunas de nuestras obras subatómicas y de nuestros grandes proyectiles. Pero es posible que el conocimiento se nos haya escapado de las manos —añadió estridentemente—: Ahora están dispuestos a lanzarse.

—¿Ahora?

—¡Ahora!

—No creía que hubiesen avanzado tanto.

—El Servicio de Información nos dice que has modificado una pareja de T-3, el modelo grande ICBM. Hemos conseguido un diseño del mismo... Pero demasiado tarde —Gotch sonrió lúgubremente—. Así pues, hemos tenido que adelantar los cálculos. Con gran riesgo. Va a ser la criatura que le ha tocado a usted en suerte —añadió.

Crag se limitó a decir con sencillez:

—Me alegro de tener esa oportunidad.

—Me explico su alegría. Bastante tiempo lleva usted esclavizado —dijo Gotch secamente.

Sus ojos perforaron a Crag.

—Lo único que espero es que haya aprendido bastante y que... esté listo

—Completamente listo —disparó Crag.

—Así lo espero.

Gotch se puso en pie, revelándose de esa forma como un cincuentón recio, de fuerte cabello gris acerado, hombros anchos y piel curtida por el viento. Se veía a todas luces que no era un coronel de oficinas.

—Ha conseguido usted un buen empleo, Adam.

Su voz había adquirido una dulzura inesperada, pero continuó sopesando a Crag un largo instante antes de recoger su gorra y dirigirse hacia la puerta.

—Espere —dijo.

Se detuvo, se quedó escuchando un segundo antes de abrir la puerta y luego se deslizó suavemente hacia el vestíbulo, después de cerrar con cuidado la puerta a sus espaldas.

Es como un gato, pensó Crag por milésima vez, quedándose contemplando la puerta cerrada. Era un hombre que parecía estar siempre escuchando; un hombre pesado y vigoroso que andaba con paso de terciopelo; un hombre con ojos opacos que lo veían todo y no decían nada. Gotch volvería.

No obstante el hecho de que el canoso coronel había sido su mentor durante más de un año, Crag tenía la impresión de que apenas conocía al individuo. Ocupaba un alto puesto en el Programa de Proyectiles Dirigidos; en el Departamento de Seguridad. Por lo menos eso era lo que había supuesto

Crag, aunque otras veces pensaba que el coronel parecía tener mucha más autoridad que la de un simple jefe de Seguridad. En realidad, daba la impresión de que estaba a cargo de todo el Proyecto Azteca “Paso Uno”, aunque el doctor Kenneth Waimsbelt fuera su director oficial. La diferencia consistía en que la nación a quien conocía era a Waimsbelt. Este hablaba con los miembros del Congreso, pleiteaba en busca de dinero, explicaba su programa a los periódicos y era una figura familiar en las pantallas de la televisión del país. Era el expositor principal de la filosofía de que el espacio no puede esperar. Pero poca gente conocía a Gotch; y menos gente aún estaba enterada de sus conexiones. Era un individuo capaz y competente, y, en opinión de Crag, un hueso duro de roer, lo que venía a ser un resumen bastante escueto de lo que sabía sobre el coronel.

Sintió crecer el entusiasmo en su interior, aumentando hasta convertírsele en un placer doloroso. Un placer que nacía de meses y meses de esperanza, después de llevar más de un año durante el cual apenas se había atrevido a esperar. Y ahora, simplemente porque un hombre había muerto...

Se sentó y se quedó mirando al techo, pensando, tratando de aquietar el tumulto interno. Sólo exteriormente tenía un aspecto de placidez. Oyó pisadas que volvían. Gotch abrió la puerta y entró seguido por un segundo individuo. Crag tuvo un sobresalto involuntario y se levantó a medias de la silla.

¡Estaba contemplándose a sí mismo!

—Crag, le presento a Adam Crag.

La voz y el rostro del coronel carecían de toda expresión. Crag extendió la mano, sintiéndose un tanto ridículo.

—Me alegro de conocerle.

El recién llegado aceptó la presentación con una mueca, la misma mueca sesgada que el verdadero Crag solía esbozar. Más sorprendente aún era una idéntica cicatriz, como un cabello, atravesándole la mejilla; el mismo toque de altanería en el conjunto de las facciones

Gotch dijo:

—Quería que se echase usted una ojeada a sí mismo. Este, Crag —movió la mano hacia el recién llegado—, es su doble oficial. ¿Qué tenía usted planeado para esta noche, su última noche en la Tierra?

—Tengo una cita con Ann. O la tenía —añadió acidamente.

Dobló su cabeza hacia Gotch cuando las palabras del coronel se abrieron paso dentro de su cerebro.

—¿La última noche?

Gotch no prestó atención a la pregunta.

—¿Para qué era la cita?

—Para cenar y bailar en la Puerta Azul.

—¿Y luego?

—Llevarla a su casa, si es que eso le importa a alguien —disparó Crag con malhumor—. No me proponía quedarme, si es que quiere referirse a eso.

—Ya lo sé... ya lo sé; le tenemos a usted en mitad de un plano —

explicó Gotch amistosamente—. Conocemos cada uno de sus movimientos desde que mojó sus primeros pañales. Como lo sucedido con aquella morenita lustrosa que hacía de secretaria en San Diego, o la rubia del club nocturno a la que estaba usted cortejando en Las Vegas.

Crag se ruborizó El coronel le miró con tolerancia.

—Y muchas más cosas —añadió.

Miró al doble de Crag, pero siguió hablándole al auténtico.

—Estoy seguro de que su gemelo se sentirá feliz al ocupar su puesto esta noche.

—Una porra se va a sentir —gruñó Crag.

Por unos momentos la habitación se quedó en silencio.

—Como ya le he dicho, va a substituirle.

Crag esbozó una sonrisa que era una torcida mueca.

—A Ann no se la pegarán. Está acostumbrada al género auténtico.

—No vamos a darle la oportunidad de que pueda comparar los artículos —replicó Gotch ceñudamente—. Está sometida a una vigilancia protectora. También tenemos un doble para ella.

—¿Le importaría explicarme algo más?

—¿Por qué no? Afrontemos los hechos y admitamos que tanto Romer como Temple fueron asesinados. Así es que sólo queda usted. El enemigo no está dispuesto a dejarnos colocar el Azteca en el espacio. Es usted el único piloto que queda con el entrenamiento necesario para el gran salto, el único hombre con la especialización adecuada. Por eso figura usted en la lista de alguien. Quizás incluso de alguien de aquí de la base, o de la carretera, o de la ciudad. No sé cuándo o cómo, pero sí sé una cosa: está usted fichado. —El coronel añadió luego con el tono de voz más natural—: No puedo consentir que le asesinen por las buenas.

—¿Y qué me dice de él? —preguntó Crag señalando con la cabeza a su doble, el cual sonrió débilmente.

—Para eso se le paga —contestó Gotch sin sensiblerías.

Sus labios se contrajeron sardónicamente.

—Todos los héroes no tienen por qué estar en el espacio.

Crag se sonrojó. Gotch tenía una habilidad para hacerle sentirse incómodo como ninguna otra persona. Siempre sabía dar el picotazo oportuno. Pero era verdad. El Azteca era su criatura. La misión de Gotch consistía en que él viviera lo suficiente para ponerlo en el espacio. Lo demás era cosa suya. Había algo en la situación que llegó a parecerle humorístico. Miró a su doble con una mueca torcida.

—A casita y a acostarse pronto —recomendó—. No se olvide de que tiene que velar por mi reputación.

—Váyase al cuerno —dijo su doble amistosamente

—Bueno, volvamos al asunto —gruñó Gotch. Tengo que decirles algunas cosillas.

Mucho tiempo después de que se hubieran marchado los otros dos, Crag se acercó a la ventanita y se puso a mirar al Desierto. En algún sitio de por allí se hallaba el Azteca, una flecha de plata sujeta en su cuna, con el morro apuntando hacia las estrellas. Revivió el espectáculo en su imaginación. El cohete estaría en pie sobre sus aletas de cola; una aguja de la altura de una casa de seis pisos abrazada por arandelas metálicas y carriles guía; un primo lejano de las grandes armas nucleares que guardaban la fortaleza de América.

El lo había visto de noche, bajo las baterías de los grandes focos, resplandeciendo con un brillo lechoso; como una Virgen que mirase al Cielo, y virgen era en efecto. A mitad de camino en su longitud, el diámetro se le ensanchaba abruptamente y volvía a ensancharse por debajo de los tres cuartos. Su morro parecía esbelto en comparación con el cuerpo, pero contenía una cabina espacial con todos los preparativos necesarios para sostener la vida más allá de la atmósfera.

Sus pensamientos eran de reverencia, si no de amor. Excepto intervalos demasiado breves con Ann, la nave había dominado su vida durante más de un año. La conocía más íntimamente, pensaba, que un hombre que llevase mucho tiempo de casado podría conocer a su esposa.

Nunca había dejado de maravillarse ante la complejidad del Azteca. Todo en el cohete hablaba del futuro. Estaba claramente diseñado para efectuar su misión en un tiempo todavía por venir, en un lugar todavía no conocido. Volaría vigilando a las estrellas, midiendo continuamente el ángulo entre las mismas, computando su camino a través del abismo del espacio. Como una mujer, el cohete comprendería las profundas corrientes que habrían de moverse dentro de su cuerpo de metal, dispondría del sentido introspectivo de toda fuerza actuante sobre su vida. Mediría la gravitación, la aceleración y la velocidad angular con precisión infinita. Contaría tales datos como grupos temporales, desarrollaría complejas ecuaciones matemáticas que traduciría luego en datos de rumbo, y fijaría su ruta sin error posible a través de la negra noche empurpurada que le separaba del destino asignado. El cohete se movería con la certidumbre de una mujer que corre en busca de su amado. Sí, pensó Crag, él iba a colocar su vida en manos de aquella mujer de metales. Cabalgaría con ella sobre alas veloces. Pero sería él quien la dominara.

Su humor cambió. Se apartó de la ventana pensando que era una forma imbécil de pasar su última noche. Su última noche en la Tierra, corrigió sarcásticamente. No podía salir de la habitación, no podía enterarse de nada, ni siquiera ce donde estaba Ann. Nada de telefonear. Se dirigió a la cama preguntándose por qué se le habría ocurrido meterse en todo aquel jaleo. Allí estaba él, joven, gustándole la vida y haciendo equilibrios en el alambre. ¿Y qué era lo que tenía que hacer? Ir a la Luna; eso era todo. Ir a algún maldito agujero llamado Arzachel, y todo porque un repulido coronel le había dado ánimos con unas palabras melosas. ¡Cobista!

Sus labios se torcieron en una mueca amarga. Gotch le había seducido describiéndole su misión como una “oportunidad fuera de este mundo”.

Aquellas habían sido las palabras de Gotch. Bueno, eso era en realidad Arzachel. Y muy pronto lo sería Adam Crag. El "fuera de este mundo" Crag. La verdad era que el pensamiento no resultaba ahora muy confortador.

El sueño no venía fácilmente. Siguiendo las órdenes de Gotch, se había acostado temprano, a la hora inaudita de las siete de la tarde. Pero el dormirse ya era otra cosa. Era extraño, pensaba, que no tuviese ninguna de las sensaciones contra las que le había puesto en guardia el doctor Weldon, el psiquiatra. No estaba nervioso y no tenía miedo. Sin embargo, antes de que volviera a ver otra puesta de sol estaría dirigiendo al Azteca fuera de la Tierra, en la soledad del espacio, hacia un cráter desolado llamado Arzachel. Afrontaría los peligros de la intensa radiación cósmica, desafiaría a los enjambres de meteoritos, y quedaría sometido a posibles errores humanos en los cálculos que significarían ni más ni menos que el desastre. Sería el primer paso en la carrera mundial por controlar el sistema solar, una carrera trascendental en la que las naciones pequeñas se limitaban a contemplar quién sería el vencedor. A contemplar y a esperar del bando de quién tendrían que ponerse.

El estaba ya desgajado de la Humanidad, prisionero en una habitación pequeña, con la decisiva Hora Cero aproximándose rápidamente. Era extraño, pensaba, que hubiese habido una época en que su carrera había parecido estar acabada, cerrada para siempre, liquidada sin remedio, y toda la magia de la estratosfera perdida ya para él sin esperanza alguna. Desde luego, la dimisión en las Fuerzas Aéreas la había presentado voluntariamente, aunque su comandante de Ala era el que le había hecho la sugerencia necesaria. Porque no había cumplido ciegamente determinadas órdenes. Porque había creído más oportuno seguir sus propias decisiones cuando las cosas se presentaron feas. "Falta de Espíritu de Cuerpo", lo había juzgado su comandante.

Se sintió sorprendido aquella noche, ahora hacía más de un año, en que el coronel Gotch se ruso en contacto con él. (Justamente cuando empezaba a pensar que no tendría más remedio que buscarse un empleo. No le hacía gracia ninguna la perspectiva prosaica de trasladar pasajeros de un sitio a otro del país en aviones de propulsión a chorro.) Naturalmente, había dado un brinco cuando se le hizo el ofrecimiento. Pero desde aquel entonces no dejaba de atormentarle la misma pregunta: *¿Por qué le había escogido Gotch?* El Azteca, una aguja de plata abriéndose camino en el espacio, seguida por sus zánganos, todos ellos sometidos a sus tiernos cuidados. Estaba planeando el procedimiento de despegue paso a paso cuando el sueño llegó.

II

Crag se despertó sobresaltado, con la sensación de que no estaba solo. El sonido se repitió: una llave que entraba en una cerradura. Se levantó de un brinco de la cama en el momento en que se abría la puerta.

—Tranquilícese. Soy yo, Gotch

Crag aflojó los músculos. Una sólida figura cuadrada tomó forma.

—No encienda la luz.

—Muy bien. ¿Qué pasa?

—Un momento.

Gotch se volvió a la puerta e hizo una señal. Otra figura se deslizó dentro del cuarto, una sombra imprecisa a la luz escasa. Crag apreció el brillo de un uniforme. Un oficial del Arma Aérea, pensó.

Gotch ordenó secamente:

—Salga de la cama.

Crag se apartó y se quedó en pie en calzoncillos, preguntándose por qué motivo el coronel procedería con tanto misterio.

—Perfectamente, comandante, a usted le toca —dijo Gotch.

El recién llegado —Crag vio que era comandante— se desnudó metódicamente hasta quedarse en calzoncillos y se metió en la cama sin decir una palabra. Crag sonrió para sus adentros, preguntándose qué pensaría el comandante del papel que le tocaba desempeñar en Paso Uno. Apenas podía decirse que fuera un papel muy lucido.

Gotch interrumpió el curso de sus pensamientos.

—Vístase.

Señaló al uniforme del comandante. Crag se colocó la indumentaria silenciosamente. Cuando hubo acabado, el coronel dio una vuelta a su alrededor en la penumbra, estudiándolo desde todos los ángulos.

—Parece sentarle muy bien —dijo por fin—. Perfectamente; vámonos.

Crag le siguió fuera de la habitación preguntándose qué estaría pensando el desconocido comandante. Quería también preguntar por su doble, pero se contuvo. Hacía mucho tiempo que había aprendido que hay horas para hablar y horas para quedarse callado. Este era el momento de quedarse callado. En la puerta exterior cuatro soldados dieron un brinco en la oscuridad y les rodearon. Un chófer saltó de un coche que estaba a la espera y abrió la portezuela de atrás. En el último momento Crag se apartó e hizo una inclinación burlona.

—Usted primero, mi coronel.

Su voz tenía un tonillo de sarcasmo.

Gotch gruñó algo y subió al asiento trasero y Crag le siguió. El chófer guiñó dos veces con los faros antes de poner en marcha el motor. En algún punto, al frente, un coche se separó de la acera. Ellos le siguieron, dejando

atrás a los cuatro soldados. Crag se acurrucó y miró con curiosidad por la ventanilla trasera. Otro coche les seguía en retaguardia. Precauciones, siempre precauciones, pensó. Gotch había entrado con un jefe del Arma Aérea y salía ostensiblemente con un jefe de la misma; por tanto, debía de tratarse del mismo individuo. Contuvo una risita al pensar que tenía más dobles que una estrella de cine.

Iban avanzando a través de la noche con las escoltas a vanguardia y a retaguardia. Gotch era una muda forma voluminosa sentada junto a él. También es su hora cero, pensó Crag. El coronel había arrojado los dados. Ahora estaba aguardando a ver lo que salía, jugándose el puesto. Al cabo de un rato, Gotch dijo en tono de conversación normal:

—Tendrá usted que presentar su informe en Albrook, comandante. Me imagino que ahora va a tener que volar bastante.

Crag supuso que la charla era a propósito para que pudiera escucharla el chofer. ¡Cielo santo! ¿Es que todo había que hacerlo con tanto disimulo? Contestó en voz alta:

—Será agradable volar otra vez. ¿Quizás una patrulla antisubmarina?

—Muy probable.

Nuevamente guardaron silencio. El coche tomó rumbo al oeste por la carretera 80, dejando atrás al cohete de plata con cada kilómetro que avanzaba. ¿A dónde irían y qué habría a continuación? Crag renunció a la tarea de imaginarse la estrategia del coronel. De una cosa estaba seguro. El hombre de duro rostro que estaba sentado a su lado sabía muy bien lo que llevaba entre manos. Si aquello era un asunto secreto, esta era la forma de tratarlo.

Se recostó en el asiento y se puso a pensar en la tarea que le esperaba en el cohete para el que llevaba viviendo más de un año. Ahora el matrimonio quedaría consumado. Cada detalle del Azteca aparecía en su mente con toda viveza. Los tres grandes motores empotrados triangularmente entre las aletas de cola, cada uno de ellos equipado con un tanque de chiclé regulable para la inyección de gases calientes comprimidos. Se imaginó los depósitos de combustible colocados justamente delante de los motores; la forma en que los combustibles eran mezclados, vaporizados e inyectados en las cámaras de combustión donde reaccionaban explosivamente, generando los enormes volúmenes de gas caliente, llameante, capaces de salir por los tubos de chorro y suministrar el tremendo impulso necesario para mover al cohete en los cielos. Entre los motores y los tanques de combustible había un laberinto de maquinarias, tubos para el combustible, reguladores de la velocidad y motores eléctricos.

Dejó que su mente rumiara todo lo relativo al cohete, pensando que antes de que transcurrieran muchas horas necesitaría hasta la partícula más insignificante de todos los conocimientos que tan cuidadosamente había ido almacenando. En la mitad justa donde la cubierta se ensanchaba había una juntura, la línea de separación entre los estadios primero y segundo. El

segundo estadio tenía un motor alimentado por dos tanques. El exterior del segundo estadio era liso, sin aletas, puesto que estaba diseñado para operar en los confines del espacio donde las moléculas de aire están ya muy separadas; pero podía ser gobernado por pequeños deflectores montados en su tubo de escape.

El tercer estadio era poco más que una cabina espacial encajada entre el abultado morro cónico y un motor único de avance relativamente pequeño. Entre el motor y los tanques había un laberinto de turbinas, bombas, aparatos de medición, motores auxiliares y cables. Un generador proporcionaba electricidad para el equipo eléctrico y electrónico de la nave; aquél era movido a su vez por una turbina impulsada por la descomposición explosiva de peróxido de hidrógeno. Delante de esto estaba el Cerebro, un complejo mecanismo de dirección que registraba el funcionamiento del motor, llevaba nota de la velocidad y computaba el rumbo. Todo lo que precisaba era la mano humana. Su mano.

Llevaban ya varias horas viajando con sólo alguna que otra palabra en contadas ocasiones, abriéndose camino por el llano y desértico terreno arenoso a una velocidad constante de noventa kilómetros.

Crag miraba cómo las luces amarillas de los faros resbalaban a lo largo de los setos que bordeaban la carretera, produciendo una curiosa ilusión de movimiento. Luces y sombras danzaban en combinaciones fantásticas. El chofer se metió por una carretera de dos pistas que llevaba hacia el norte. La Base Alpina, pensó Crag. Varios años antes había estado ahí de servicio. Ahora se suponía que era el sitio de despegue de uno de los tres zánganos destinados a cruzar los abismos del espacio. El chofer pasó junto a una parte edificada y viró luego en la dirección donde sabía que estaba el camino. En algún punto de la oscuridad se divisó un zángano empotrado en su cuna, una de las hijuelas de proyectil de plata que habían dejado atrás. Pero, ¿por qué el zángano? Aquello le tenía desconcertado. En el kilómetro siguiente les pararon varias veces. Gotch manifestaba su nombre y su grado y presentaba sus credenciales. Después eran saludados por silenciosos centinelas de ojos agudos y que sólo tras de un severo escrutinio les dejaban continuar.

Crag se quebraba la cabeza buscando respuestas para todo aquel misterio cuando, de pronto, el chofer echó el coche a un lado de la carretera y se detuvo. Se apeó de un salto y abrió la puerta trasera, manteniéndose silencioso a un costado. Cuando los otros hubieron salido, volvió a montar en el coche y se alejó. No se había cruzado ni una sola palabra. Unas figuras avanzaron hacia ellos, surgiendo de la oscuridad.

—Quédense donde están hasta que se les identifique.

Las figuras fueron tomando forma: soldados con los fusiles apuntando. Se quedaron muy quietos hasta que alguien, con el distintivo de capitán, se aproximó y les iluminó el rostro con una linterna.

—¿Identidad?

El compañero de Crag extendió sus credenciales.

—Coronel Michael Gotch —dijo con voz monótona.

El capitán apartó la luz del rostro de Gotch para compararlo con el que aparecía en la foto de la tarjeta de identidad. Prestó escasa atención a Crag. Por último alzó la mirada.

—Puede seguir, señor.

Era evidente que al invitado del coronel se le aguardaba con impaciencia.

Gotch empezó a caminar en la oscuridad con Crag pisándole los talones. Las estrellas brillaban con helado resplandor. Por encima de Antares, Escorpión miraba fijamente desde su cubil, guiñando con temible veneno. El olor de la salvia llenaba el aire, mezclado a otro olor dulzón y huidizo que Crag no podía identificar. Subía de la tierra una bocanada de calor a medida que el desierto iba devolviendo el fuego acumulado en sus entrañas. Crag abría los ojos con fuerza en medio de la oscuridad; no veía más que las estrellas, el desierto negro... y la figura vigorosa de Gotch moviéndose con pasos firmes.

Vio al cohete de una forma tan repentina, que se quedó asombrado: una gran silueta negra que tapaba a un segmento de estrellas. Se alzaba gigantesco, con aires de torre, grácil, un monstruo de ensanchada nariz dispuesto a saltar, con sus cuartos traseros en forma de aletas agazapados en la cuna de despegue

Volvieron a pararles, les controlaron y se les permitió seguir. Crag se preguntaba por la razón de esta visita al zángano. Sabía muy bien que Gotch tenía siempre un motivo poderoso para cada uno de los pasos que daba. Se acercaron más y vio que la mayor parte de los cables, railes guía y soportes de metal habían sido retirados: señal evidente de que el gigante que se hallaba ante ellos estaba cerca de su hora cero.

Otro centinela les dio el alto en la base misma del mastodonte.

Crag reprimió un silbido de asombro. El centinela llevaba las insignias de teniente coronel. El ritual de la identificación se hizo con toda parsimonia antes de que el centinela se echara a un lado. Una escalerilla subía en zigzag a lo largo de lo que todavía quedaba de andamiaje metálico. Crag alzó la vista. La escalerilla terminaba arriba, cerca del morro.

¡Aquél era el Azteca! ¡El Azteca verdadero! La revelación le llegó de golpe. La enorme nave de plata de Arenas Ardientes que llevaba el nombre de Azteca, era nada más que una contrafigura, un subterfugio, un peón en el juego complejo de agentes y contra-agentes. Sabía que tenía razón.

—Usted primero —dijo Gotch.

Señaló a la escalerilla y se echó a un lado.

Crag empezó a subir. Hizo un descanso en la tercera plataforma. El llano del desierto era un mar de tinieblas. A distancia, las luces de la Base Alpina relumbraban fuertemente en la noche. Gotch llegó a su altura y le puso una mano en el hombro para detenerle.

Crag se volvió y aguardó. La forma maciza del coronel era una sombra

negra interpuesta entre él y las luces de la Base Alpina.

—Este es el Azteca —dijo Gotch con sencillez.

—Me lo imaginaba ¿Y el artefacto plateado de Arenas Ardientes?

—El Zángano Capaz —explicó Gotch—. El engaño era necesario; forma parte del juego del ratón y el gato que llevamos haciendo durante los veinte años últimos. No podíamos permitirnos ningún descuido.

Crag se quedó callado. El coronel se volvió hacia las luces de la base. Estaba tranquilo y silencioso, reflexionando. Cuando habló lo hizo con voz suave, casi como de un hombre que hablara consigo mismo.

—Lejos de aquí hay centenares de personas que han dedicado gran parte de sus vidas al sueño del vuelo espacial. Ahora estamos en vísperas de hacer una realidad de ese sueño. Si conquistamos la Luna, conquistaremos los planetas. Ese es el destino del hombre. El Azteca es el primer paso.

Se volvió y se quedó mirando a Crag cara a cara.

—Esta no es más que una base. Hay muchas otras. Y más allá hay fábricas, laboratorios, universidades, científicos y mecánicos y así hasta llegar al más humilde remachador. Cada uno de ellos ha colaborado y puesto su parte en el sueño. Usted es otra parte, Adam, pero da la casualidad de que tiene el papel principal.

Giró la cabeza en torno y miró en silencio las luces distantes. El momento era solemne. Un ligero escalofrío recorrió el cuerpo de Crag.

—Usted y yo sabemos que el Azteca es un paso más avanzado en el desarrollo de la ICBM que guarda la fortaleza de América. También sabe usted, o lo habrá oído decir, que en San Diego está ya casi terminada la primera nave espacial movida por energía atómica.

Miró escrutadoramente a Crag.

—Lo he oído decir —contestó Crag con tono de reserva.

Gotch se le quedó mirando con fijeza.

—Esa es la cuestión. También otros lo han oído. Nuestro programa espacial no es un secreto. Pero hemos sospechado, temido, mejor dicho, que la primera tentativa para penetrar en los espacios profundos pueda ser hecha antes de que nuestros trabajos en la nave de propulsión atómica hayan sido terminados. No por medio de satélites como hasta ahora, sino empleando cohetes de gran penetración en el espacio interplanetario. Por eso la construcción del Azteca ha sido acelerada tan rápidamente.

Se calló un momento. Crag permanecía silencioso, esperando.

—Bueno —continuó el coronel—, lo peor ha sucedido. El enemigo está listo para despegar, quizás haya despegado esta misma noche. Así está la cosa. Afortunadamente, nuestra empresa con el

Azteca está dando resultado. También nosotros estamos dispuestos, Adam. Vamos a alcanzar la Luna. Ahora.

Metió la mano en un bolsillo y sacó la pipa, luego lo pensó mejor antes de encenderla y se quedó con ella en la mano. Crag esperó que continuara. El coronel estaba en uno de esos momentos de extraño humor introspectivo en

que, mentalmente, se consideraba ligado en persona con los proyectos de su nación para los temibles días por venir. Por fin dijo:

—Hemos situado un cohete en órbita alrededor de la Luna. Adam —y sonrió débilmente al notar el involuntario respingo que a Crag le causó la inesperada revelación—. Naturalmente, repleto de instrumentos. Por allí hay uranio, una gran cantidad localizada en el sitio más inaccesible que uno se pueda imaginar.

—Arzachel —dijo Crag con sencillez.

—El borde sur de Arzachel, para ser más exacto. Por eso no escogimos para alunizar un lugar tan sencillo como el Mare Imbrium, si es que se lo ha preguntado alguna vez extrañado por la elección.

—Sí, me lo he preguntado.

—Adam —el coronel estuvo dudando unos momentos—. ¿Significa algo para usted el nombre de Pickering?

—¿Ken Pickering, el que...?

—¿Qué ha oído usted? —disparó Gotch.

Sus ojos parecieron de pronto aguzados taladros.

Crag contestó suavemente:

—Nada... desde hace mucho tiempo. Parece haber desaparecido de la circulación exactamente poco después de que hubiera batido el récord de altura con el X-34... —Su mirada se hizo interrogativa—. Francamente, siempre me ha extrañado el que no hubiera sido seleccionado para este trabajo. Creo que es mucho mejor piloto que yo —añadió humildemente.

Gotch respondió con brusquedad:

—Tiene usted razón. El es mejor —y sonrió con tolerancia—. Nosotros escogemos a nuestros hombres para que cada cual cumpla determinada misión —y añadió finalmente—: Pickering... confiamos. . estará en órbita antes de que el Azteca haya despegado.

—En un sateloide?

—En el primer sateloide verdadero. Uno que puede cabalgar a través de las capas espaciales con altitud y velocidad fantásticas. Le estoy diciendo todo esto porque él será un eslabón en Paso Uno, un eslabón de comunicación y observación. No estará allí mucho tiempo, naturalmente, pero sí lo bastante. Al menos eso es lo que esperamos.

Los dos guardaron silencio. Crag miraba por encima del hombro del coronel. De repente parecía como si todas las luces de la Base Alpina se hubiesen hecho más cálidas y próximas, casi personales íntimas. Gotch elevó sus ojos hacia el cielo, símbolo de sus sueños. La luz de las estrellas distante dio a su frente un resplandor mate.

—No sabemos si el Azteca podrá conseguirlo —dijo humildemente—. No sabemos si nuestro sistema de elevación al espacio funcionará, si los zánganos podrán ser guiados hasta un punto preciso de la Luna, si se podrán sortear los peligros del bombardeo de micro-meteoritos. No sabemos si las precauciones que hemos tomado para defender la vida humana son o no

adecuadas. Ni siquiera sabemos si el enemigo podrá detenernos...

Hizo una pausa y luego continuó:

—Hay un montón de cosas que ignoramos, Adam. De lo único que estamos seguros es de que necesitamos la Luna. Es cuestión de vida o muerte para el hombre occidental, para que subsista su cultura, su forma de vida, su integridad política. Necesitamos la Luna para poder conquistar a los planetas... y algún día a las estrellas.

Su voz se convirtió en un rechinar áspero.

—Lo mismo le pasa al enemigo. Por eso tenemos que establecer un derecho de propiedad, una pretensión fundada que las Naciones Unidas deban reconocer. Las naciones pequeñas representan el equilibrio del poder, Adam. Pero oscilan según las ventoleras políticas. Son los vilanos de las ráfagas políticas... vacilando entre los Sputniks y los Explorers, moviéndose con el flujo y reflujo del poder... tratando siempre de adivinar quién será el vencedor definitivo. Ahora mismo están vigilando para ver quién tiene más fuerza. La nación que conquiste a la Luna hará que la balanza se incline a su favor. Es un momento crítico, puede decirse. Por eso tenemos que proteger cada pulgada del camino que vamos recorriendo.

Golpeó malhumoradamente su pipa fría contra la mano.

—Naturalmente nosotros no estaremos ya aquí para ver los resultados finales. Eso no ocurrirá en nuestra época. Pero somos los precursores. El Azteca es la nave pionera. Y en el futuro nuestra economía podrá beneficiarse de la carga de uranio que hay allí.

Le sonrió débilmente a Crag.

—Cuando entre usted por el portillo abandonará a la Tierra, quizá para siempre. Ese es el papel que ha de desempeñar en el plan. Paso Uno es su criatura y tengo confianza en usted.

Apretó con ardor el brazo de Crag. Era la mayor prueba de intimidad y de exteriorización de sus sentimientos que le daba al hombre a quien estaba enviando al espacio.

—Bueno, vámonos.

Crag inició el ascenso. Gotch le seguía con mayor lentitud, trepando como un hombre que llevara una pesada carga.

La tripulación del Azteca, formada por Max Proschaska, Gordon Nagel y Martin Larkwell, llegó a bordo del cohete en la última hora antes del despegue. Gotch los escoltó por la escalerilla y se los presentó al nuevo comandante.

Prochaska acogió la presentación con una alegre sonrisa.

—Me alegro de conocerle, patrón.

Su rostro delgado y cálido expresaba claramente el júbilo que sentía al estar allí.

Gordon Nagel le dio un solemne apretón de mano, entrando en la cabina espacial con rápidos movimientos de cabeza que le daban cierta

semejanza con un hurón.

Martin Larkwell sonrió jovialmente, estrechando la mano de Crag.

—He tenido siempre la ilusión de conseguir esto.

Crag replicó con sequedad:

—Todos la hemos tenido.

Cuando terminaron las presentaciones tenía la sensación clarísima de que ya conocía a cada uno de los miembros de su tripulación. Era la impresión extraña de encontrarse con viejos conocidos después de largos años de separación. Había formado parte de sus estudios el tener que informarse a fondo de la historia personal de los hombres de quienes tendría que depender en tantas cosas. Ahora, el verlos en carne y hueso, era un simple acto de dar vida a aquellos datos inanimados. Les estudió con disimulo mientras Gotch vacilaba preparando una despedida difícil.

Max Prochaska, su jefe de electrónica, era un hombre delgado, de escaso cabello castaño, nariz aquilina y mandíbula prominente. Sus pálidos ojos azules, sus labios delgados y su piel de alabastro le daban una apariencia delicada, desmentida por su hoja de servicios. Su cualidad principal, si había que creer en lo que decían los informes, consistía en que era un genio de la electrónica.

Gordon Nagel también era de rostro delgado y de piel paliducha. Su cabello negro, normalmente largo y ondulado, había sido cortado en forma de cepillo. Tenía ojos pequeños, vivaces, de un negro de ágata, dándole a Crag la impresión de que estaba nervioso, impresión que iba a conservar. Su hoja de servicios lo describía como persona impresionable, pero su ficha psicográfica era intachable. Se le tenía por experto en sistemas de oxígeno.

Martin Larkwell, el encargado de la cuestión mecánica y de construcción, parecía en muchos aspectos la antítesis de sus dos compañeros. Tenía cara de luna llena, era moreno, con el cabello corto y castaño y una engañadora mirada adormecida. Su cuerpo fornido estaba bien musculado, sus manos eran grandes y cuadradas. Crag pensó en un vigoroso gato dormilón hasta que miró al fondo de sus ojos. Eran centelleantes pozos pardos, resplandecientes, moviéndose con un extraño fuego interior. Eran los ojos de un soñador... o de un fanático, pensó. A la luz suave de la cabina ardían y chispeaban. No, no había en él nada de soñoliento, decidió.

Todos los hombres eran bajitos, ligeros, rebasando apenas la treintena. En contraste, Crag, con su 1,80 metros de estatura y 75 kilos de peso, parecía un verdadero gigante. Sabía que un cuerpo pequeño era casi esencial en los viajes espaciales, donde cada libra había que comprarla con un tremendo peso adicional en el combustible. Su pesada humanidad había sido una desventaja formidable para su sueño.

El coronel Gotch recorrió por última vez la cabina. Traía consigo el *Manual del Código de la Luna* (con el sello de ULTRASECRETO), las fichas personales de la tripulación (Crag se preguntó para qué) y un folleto recién impreso titulado “Supervivencia en la Luna”. Crag sonrió al ver el librito.

—¿Se explica también cómo hay que salir de allí? —preguntó.

—Ese capítulo lo escribiremos más tarde —gruñó Gotch.

Estrechó la mano a cada uno de los hombres y, con cierta torpeza, les deseó suerte antes de volverse rápidamente hacia el portillo. Empezó a descender por la escalerilla. Un momento más tarde su cabeza reapareció.

Miró fijamente a Crag y dijo:

—A propósito, la pareja de la otra noche en Puerta Azul tuvo lo suyo.

—¿Quiere usted decir que ..?

—Acribillados a tiros. Nada de finuras. Una cosa a la desesperada. Quería que usted lo supiera para que no creyese que estamos locos.

—No lo he creído nunca de usted.

El coronel plegó los labios en una extraña sonrisa.

—¿No? —Se quedó mirando a Crag un largo momento—. Buena suerte.

Su cabeza desapareció sin más comentarios y Crag oyó los pasos que bajaban por la escalera.

Ahora estaban ellos solos, cuatro hombres solos. Crag se volvió hacia sus compañeros.

III

El gran sol rojo estaba justamente rompiendo sobre el horizonte del desierto cuando Crag arrojó su última mirada ávida a la Tierra. Los rayos solares subían como flechas, las sombras huían de la salvia; el cielo de obsidiana con sus barras de diamantes fue tomando un gris pizarra que por momentos pasaba a ser de un azul pálido desvaído. El alba en el desierto se había convertido en una tormenta de luz. Diminutas hormigas habían retirado lo último que quedaba del andamiaje de metal que rodeaba al cohete. Se veían otras hormigas haciendo minuciosas comprobaciones finales.

Dirigió su atención a la cabina espacial. A pesar de los largos meses de entrenamiento en la cabina simulada de entrenamiento, una réplica exacta del departamento del Azteca, se sintió impresionado por la falta de visión exterior. Una estrecha ventana rectangular de cristal de roca sobre el tablero de instrumentos, una lumbrera a cada lado del morro y una en el suelo —tenía que mirar entre sus rodillas para ver algo cuando estaba sentado ante los mandos— suministraban el único acceso visual para el mundo exterior. Un único radarscopio, un altímetro de radar y otros instrumentos electrónicos proporcionaban datos sobre el mundo externo: la reconstrucción de la imagen del revestimiento exterior se efectuaba en distintas pantallas mediante impulsos electromagnéticos.

La cabina era poco más que un cilindro de largo suelo achatado con la mayor parte de los instrumentos en la sección del morro. Con el cohete en la posición de despegue, lo que normalmente era la pared trasera, formaba el suelo. Los asientos eran giratorios y se adaptaban a la posición operativa del momento.

Ahora estaban sentados, con los cinturones puestos, aguardando. Crag pensaba que era lo mismo que hallarse sentado en un automóvil que se hubiera alzado de morro. Durante el despegue y la ascensión, sus espaldas estarían horizontales con respecto a la superficie terrestre.

Se sentía agradecido de que no se les obligara a llevar sus trajes de defensa contra la falta de presión hasta tanto que no llegasen a la gravisfera de la Luna.

Trajes normales de presión y cascos estaban a la orden del día. Estaba acostumbrado al vuelo estratosférico en el que cascos y trajes contra las bajas presiones eran el equipo reglamentario; artefactos destinados a proteger la frágil forma humana hasta que las regiones bajas, ricas en oxígeno del océano del aire, pudieran ser alcanzadas en caso de emergencia. Pero el Azteca era un asunto de todo o nada. No había previsto ningún dispositivo de asiento proyectable, ya que el lanzamiento al exterior sería imposible a la velocidad del cohete durante su subida crítica por la atmósfera. O bien todo salía de acuerdo con el librito o... no saldría nada, concluyó sardónicamente. Pero la

cosa tenía un aspecto bueno. Aparte la cuestión de la seguridad, se vería libre del intolerable traje pesadísimo hasta que no tuviese lugar la caída en la Luna. Si algo funcionaba mal, bueno, pues entonces...

Rechazó el pensamiento, sintiendo que la tensión aumentaba en su espíritu. Nunca se había considerado a sí mismo un tipo heroico. Había estimado siempre que su habilidad en manejar aviones supersónicos era una demostración más bien de su competencia que de su valor. El valor para él significaba sencillamente la capacidad para actuar frente al miedo. Nunca había conocido el miedo en ningún tipo de aparatos, por eso hasta ahora el valor nunca había sido un requisito de su tarea. Aquello le resultaba de lo más simple. Su profundo conocimiento de las características teóricas de vuelo del Azteca le proporcionaba una confianza extrema y de esta forma el sentimiento de tensión se desvaneció. Extendió la mano. Parecía estar bastante firme.

Prochaska se dio cuenta del gesto y confesó:

—También yo estoy un poco nervioso.

Crag esbozó una mueca.

—Dicen que las primeras mil millas son las más difíciles.

—Así será. Después de eso no habrá que preocuparse.

Abajo ya habían empezado a contar. Crag miró por la lumbrera lateral. Figuras diminutas estaban apartándose del cono de acero del centro de la plataforma de lanzamiento del cohete. El motor de un camión de aprovisionamiento de combustible sonó débilmente, luego se apagó. Todo parecía plácido, rutinario. Se sorprendió a sí mismo admirando a los hombres que con tanta naturalidad se dedicaban a la tarea de lanzar un cohete sobre los abismos abiertos entre los planetas. Una vez, durante su entrenamiento, había visto disparar un Thor... había visto al proyectil alzarse en el cielo, aumentando su velocidad inicial hasta llegar a la de escape. Quienes lo lanzaban habían sido hombres parecidos a estos, sin prisas, metódicos, comprobando las minucias que eran imprescindibles para un esfuerzo semejante. Unicamente que esta vez había una pequeña diferencia. El proyectil contenía personas.

Por uno de los costados vio a la brigada de lanzamiento dirigiéndose hacia un refugio preparado al efecto. El coronel Gotch estaría allí fumando su pipa, con su rostro inexpresivo, contemplando la obra de muchos años que iba a cuajar... ¿en qué?

Lanzó una mirada circular en torno a la cabina por centésima vez. Larkwell y Nagel estaban amarrados a sus asientos, con las espaldas colocadas paralelamente al suelo, la vista alzada hacia él. Las tremendas fuerzas de aceleración al actuar en ángulo recto sobre la columna vertebral resultaran más tolerables que en cualquier otra posición, por lo menos, eso era lo que decían los especialistas en Medicina del Espacio. Esperaba que tuviesen razón, y que en aquella posición el cuerpo pudiera resistir el infierno que se le presentaba por delante. Lanzó una última mirada a los dos hombres que tenía detrás de él. Larkwell tenía expresión de lechuza. Había apretado los

dientes con fuerza y se le marcaban las mandíbulas. El rostro de Nagel mostraba una concentración intensa y sus líneas estaban llenas de rigidez. A Crag le produjo la extraña impresión de una escultura de alabastro. Prochaska, que ocupaba el asiento contiguo al suyo, frente al tablero de control, comprobaba el estado de su cinturón de seguridad.

Crag le echó una rápida mirada de reojo. La tarea de Prochaska era, en muchos aspectos, tan difícil como la suya propia. Quizá más difícil. El cetrino jefe de la electrónica tenía la responsabilidad de guiar a los zánganos, de pastorearlos, primero al zángano Capaz, luego a sus hermanos sucesivos, a través de los abismos del vacío y, finalmente llegar a concentrarlos en Arzachel. una cavidad minúscula en los rocosos desiertos de la Luna. Por ende, estaba encargado de revisar, reparar e instalar todos los aparatos de transmisión y el equipo electrónico, trabajo que ya de por sí no tenía nada de insignificante. Sí, un montón de cosas dependían del hombre casi frágil sentado a su lado. Examinó sus propios cinturones, comprobando su resistencia.

El coronel Gotch se puso en el comunicador.

—Pickering está en órbita —dijo concisamente—. Todavía no hay detalles.

Crag lanzó un suspiro de alivio. En cierto modo el éxito de Pickering auguraba el de ellos mismos. Dirigió una última mirada de comprobación al aparato emisor-receptor. El altavoz principal estaba colocado justamente encima del tablero de instrumentos, entre él y Prochaska. Por otra parte tanto él como el "jefe", título que le había conferido a Prochaska por ser su ayudante especial, estaban dotados de auriculares de inserción y micrófonos bucales para usarlos al pasar por fases ruidosas o cuando desearan mantener el secreto entre ellos. Crag, como comandante, podía reservarse todas las comunicaciones mantenidas con su superior en Tierra manejando un simple interruptor. Gotch había sido el arquitecto de aquel artilugio. Era un hombre al que le encantaban las líneas particulares.

—Cinco minutos para cero, comandante.

¡Comandante! A Crag le gustó aquello. Luchó con sus correas para lanzar una mirada hacia atrás por encima del hombro. El cuerpo de Nagel, hundido profundamente en su asiento, daba una impresión de lastimosa pequeñez bajo las tensas correas. Su rostro, tirante, parecía exangüe. Por un momento, Crag se preguntó qué extraña sucesión de acontecimientos le habría traído al cohete. Nagel no respondía en nada a la imagen que Crag tenía formada de un hombre espacial. En absoluto. Pero la verdad era que ninguno de ellos tenía facha de superhombre. Con todo, el valor no era cuestión de apariencia física, se dijo a sí mismo. Era un problema de acción.

Dobló la cabeza un poco más. Larkwell estaba reclinado junto a Nagel, con los ojos cerrados. Sólo el rápido ascenso y descenso de su pecho traicionaba su tensión interna; eso y la manera con que, al modo de un halcón, sus dedos se agarraban a los brazos de la butaca. Preocupado, pensó Crag.

Pero todos nosotros estamos preocupados. Lanzó una mirada de reojo a Prochaska. El rostro de aquel hombre mantenía una calma impresionante. Crag se incorporó ligeramente y miró por la lumbrera de mica, luego volvió a tenderse durante un tiempo que le pareció una eternidad antes de que la cuenta llegó a menos un minuto. Conectó su auricular de inserción.

—Treinta segundos...

La voz retumbaba sordamente. Prochaska se movió de pronto comprobando sus instrumentos. Agitación a pesar de su calma aparente, pensó Crag.

—Veinte segundos...

Se sorprendió a sí mismo revisando sus mandos como si pudiera obtener en el último segundo algún conocimiento más de las bancadas de palancas, esferas y botones.

—Diez... nueve... ocho...

Comprobó sus correas, sintiéndose algo hipnotizado por la magia de los números que salían del comunicador.

—Tres... dos...

Crag dijo:

—Listo a uno.

Apretó un botón. Un rugido amansado subió de la popa. Estuvo escuchando un momento. Satisfecho, movió el interruptor de corte. El rugido aumentó, haciéndose casi ensordecedor en la cabina, a pesar de estar construida a prueba de sonidos. Comprobó la radio y los cohetes de dirección y dirigió una última mirada de reojo a Prochaska. El jefe le hizo un guiño. Aquel detalle le hizo sentirse mejor. Debería estar nervioso, pensó, o mortalmente asustado. Pero las cosas estaban sucediendo demasiado aprisa. Ajustó su micrófono de labios y agarró los mandos, estudiando sus manos al hacerlo. Todavía firmes. Movió los mandos y el rugido se hizo infernal. Se mordió los labios, hizo una inhalación profunda y exhaló luego lentamente

Dijo:

—A la Luna.

Prochaska asintió. Crag movió los mandos. La cabina parecía hundirse, tambalearse, vibrar. Un alto zumbido llegaba de alguna parte. Miró hacia abajo por la lumbrera lateral El Azteca parecía estar colgado en mitad del aire justamente por encima del suelo del desierto. A uno de los costados pudo ver los refugios de cemento de los controles. Las figuras diminutas habían desaparecido.

Pensó: "Gotch habrá respirado ahora". En el pasado los cohetes habían ardido en la misma cuna... estallado en el aire... cambiado de curso, y habían tenido que ser destruidos. La idea le pasó por la cabeza como una avispa. ¿Habría allí abajo un oficial del Servicio de Seguridad, con un dedo sobre un botón... dispuesto a destruir al Azteca si éste vacilaba en su vuelo?

Desechó el pensamiento y movió el interruptor del cohete principal, ensanchando el control Je inyección hasta el máximo La nave cabeceó y el

desierto se alejó con una rapidez que le produjo una oleada de náuseas. Se apretó los músculos del estómago como le habían enseñado a hacer los doctores especializados en Medicina del Espacio.

El primer momento era malo. Había una increíble tormenta, una fracción de segundo en que su cerebro parecía quedarse en blanco, una rápida punzada de miedo. Arriba... arriba. La aceleración del Azteca iba aumentando vertiginosamente. En un momento determinado en el tiempo, el morro del cohete se movió ligeramente hacia el este para aprovechar la velocidad de rotación de la Tierra. Trepó con un salto de empinación imposible, alejándose disparado de la superficie terrestre. Crag pasó la mirada por las bancadas de instrumentos, notó las posiciones de los controles, trató de seguir lo que una voz débil le decía en el auricular. Esferas con agujas oscilantes... botones con números borrosos... una cacofonía de ruidos, luces y movimiento, todo esto y más, apretujado en unos pocos segundos.

El cohete seguía alzándose fragoroso, impulsado por la energía cinética en oleadas, generada, por la combustión de un carburante de alta velocidad de escape, en un infierno de miles de grados. Tras él, cámaras gigantescas de impulsión consumían el combustible volátil, vomitando los gases a alta presión a más de 15.000 kilómetros por hora. El aplastamiento aumentaba, empujándole contra el respaldo del asiento. Su corazón empezó a fatigarse, convirtiéndosele en un martillo alocado dentro de la caja torácica.

Había perdido toda sensación de movimiento. Lo único que dominaba era el peso casi intolerable que iba aplastando su cuerpo. Consiguió lanzar una ojeada al desierto a través de la lumbrera lateral. Estaba muy abajo, borrados sus detalles sobresalientes. El rugido de los gigantescos motores se amansó. En sus oídos percibió, como un cántico, un gimoteo agudo que no le gustó.

El Azteca empezó a inclinarse, cayendo hacia la derecha.

Lanzó una mirada rápida a los instrumentos de los motores. Parpadeaba una luz roja. El número tres estaba produciendo menos impulso que los otros. En algún sitio del complejo de la maquinaria, un selector mecánico reaccionó. Los motores uno y dos disminuyeron su impulso y el cohete se enderezó. Un segundo artefacto aceleró la inyección de mezcla en el motor tres, poniendo el impulso en equilibrio. Los tres motores recuperaron toda su potencia.

—Siete mil quinientos metros —masculló Prochaska

Su voz sonaba debilísima en el pequeño auricular insertado de que estaban provistos para las comunicaciones, especialmente en aquellos primeros momentos infernales en que todo el Universo parecía colapsarse en un monstruoso espectro de ruidos. De ruidos y de presión.

—Quince mil metros...

Estaban ahora subiendo como una flecha. Los grados de aceleración iban subiendo a razón de tres g, cuatro g, cinco g, El peso del cuerpo de Crag era ahora de trescientos kilos. Las densas capas de la troposfera, el cinturón del tiempo meteorológico donde se originan las tormentas, quedaron por debajo de ellos. Se precipitaban a través de la enrarecida estratosfera,

mortalmente fría y profundamente tranquila.

—Veinticinco mil metros...

Crag luchó por poner su cuerpo en movimiento. Su mano pesaba inerte sobre los mandos, como si hubiera escapado de ella toda vida. Un ardiente globo de metal le llenaba el pecho. No podía respirar. Pánico... hasta que se acordó de efectuar una rápida respiración superficial.

A los treinta mil kilómetros una racha de viento les empujó hacia el oeste. Los timones del Azteca realizaron la compensación necesaria, la astronave se inclinó ligeramente dentro de la ráfaga y corrigió la desviación. Los vientos cesaron... los timones recuperaron su posición... el cohete siguió lanzado cielo arriba. Rápido... cada vez más rápido

Prochaska iba citando las altitudes casi en todo momento, habiendo desaparecido de su voz toda vacilación. Crag estaba todavía luchando con el peso agotador cuando éste decreció de pronto, desapareció. La corriente de fuego de la tobera de cola produjo un estallido de humo y se extinguió. Se produjo el momento del *Brennschluss* (cierre de la combustión), el que podía significar el choque más fuerte para el organismo humano. Durante ocho minutos los músculos habían estado sometidos a una tensión formidable, debido a una aceleración de cuatro g.

El Azteca se elevaba hacia la ionosfera cargada de rayos cósmicos, impulsado solamente por las fuerzas de inercia generadas en las ahora silenciosas cámaras de retropropulsión Los componentes duros de los rayos cósmicos —mesones rápidos, protones y neutrones de alta energía— traspasarían la nave. *Si los perros y los monos han podido soportarlo, también el hombre podrá.* Eso era lo que había dicho Gotch. Crag esperaba que Gotch tuviese razón. En algún punto, ahora, el primer estadio se desprendería. Les seguiría a distancias cada vez mayores, hasta que finalmente su trayectoria lo llevaría de cabeza a la Tierra.

—Conecte.

La voz de Prochaska sonó como un tambor sordo en medio del silencio. Una voz estridente en el comunicador estaba tratando de decirles que se hallaban justamente en el punto crítico. Crag movió un segundo conmutador. La aceleración resultante le empujó contra el respaldo de su asiento, sacándole violentamente el aire de los pulmones. Luchó contra las molestias crecientes, dándose cuenta de la presión y del zumbido en sus oídos, presión y ruidos mezclados con fragmentos de voces. Sus labios se le pegaban a los dientes. El rumor sordo era su corazón. Apretó los músculos del estómago tratando de aliviar el peso que sentía en el pecho. Una mano poderosa se había engarfiado en torno a sus pulmones, sacándole todo el aire.

Pero no resultó tan terrible como la primera vez. Estaban atravesando la termosfera donde la temperatura exterior rebasaría los dos mil grados.

La voz de Prochaska sonó con naturalidad a través del micrófono de labios:

—Ochenta kilómetros.

Crag se maravillaba por el dominio de aquel hombre, por su calma. No, no tenía por qué preocuparse del jefe. El achaparrado hombrecillo sabía lo que tenía entre manos. Crag trató de sonreírle. El esfuerzo resultó una tortura.

El Azteca dio un respingo, alterando la dirección de las fuerzas sobre sus cuerpos una vez más, cuando un control automático lanzó a la nave por la larga espiral de escape. Se movía hacia arriba y más hacia el este, con el morro levantado hacia las estrellas, buscando su nuevo rumbo. De momento, Crag se sintió mareado. Su visión se empañó... El tablero de instrumentos se convirtió en un calidoscopio de figuras danzarinas y fugaces. Luego aquello pasó, pasó todo excepto la fuerza de las tres g que le clavaban al asiento.

Habló en el comunicador.

—¿Cómo nos portamos?

—Bien, comandante, muy bien —aseguró Gotch—. Lo más malo ha pasado.

Pasado como el infierno, pensó Crag. Un cohete de sólo ida a la Luna sin vuelta posible y me dice que la parte más difícil ha pasado. ¡Cielo santo, podría estar trabajando en una tienda de comestibles!

—Ciento veinte kilómetros y trescientos veinte kilómetros al este —salmodió el jefe.

Crag hizo una comprobación visual de los instrumentos. Todo parecía estar perfectamente. Nada de luces rojas. Sólo luces verdes. Maravillosos verdes que indicaban que todo iba sobre ruedas. Le gustaba el verde. Quería ver cómo se iban portando Larkwell y Nagel, pero no podía volver la cabeza. Ellos lo estarán pasando peor, pensó. No pueden ver los instrumentos, no pueden oír la pequeña voz de la Base Alpina. Tienen que seguir sentados y aguantar. Quedarse sentados y sentir las presiones y los pesos extraterrestres y esperar que todo salga bien.

—Ciento sesenta kilómetros... velocidad seis kilómetros por segundo —canturreó Prochaska poco después.

Así era de fácil la cosa, pensaba Crag. Años y años de planes y de entrenamiento. Luego uno se monta y sale. No es que hubieran llegado todavía. Recordaba los cohetes que habían ardido, que habían hecho explosión, los cuerpos metálicos que giraban perdidos alrededor de la Tierra. No, todavía no se había acabado. Ni muchísimo menos.

Volvió la calma. La Tierra, vista desde la lumbrera lateral, parecía hallarse tremendamente lejos. Era un estudio de verdes y pardos amarillentos con áreas de jirones blancos donde la vista chocaba con formaciones de nubes. En lo alto, el cielo estaba negro, estrellado. Prochaska se estiró y corrió la pantalla protectora de la claraboya delantera. El Sol, incluso visto indirectamente, era un orbe cegador, intolerable para el ojo no protegido. Noche arriba... día abajo. Un sol que deslumbraba sin romper los cielos de ébano. Extraño, caviló Crag. Estaba preparado para el espectáculo, preparado por largas horas de instrucción. Pero ahora, al confrontarse con un día que era noche, sólo le cabía el asombro. Por un momento se sintió pequeño e

insignificante, y se asustó por la audacia del hombre. ¿Quién se había atrevido a llegar hasta aquí? Yo me he atrevido, pensó. Un sentimiento de orgullo crecía dentro de él. Yo me he atrevido. Las estrellas son mías...

En comparación, el estadio tres resultó fácil. Empezó con un rugido amansado de las cámaras de propulsión que tenían casi a las espaldas, un espectro de ruido casi exclusivamente confinado al interior del cohete. Afuera no había ya suficientes moléculas de aire para trasladar ni siquiera un susurro de sonido. Ni había una estructura de presión. El motor del estadio tres estaba diseñado para una propulsión extremadamente baja extendiéndose en un tiempo proporcionalmente mayor. Les impulsaría por la espiral de escape, una trayectoria orbital alrededor de la Luna durante cuyo recorrido irían disminuyendo lentamente en altitud y en velocidad.

El cuerpo de Crag se sentía ligero; no es que hubiera una total falta de peso, pero sí una extrema ligereza. Sus instrumentos le dijeron que estaban alcanzando la exosfera, donde la materia molecular casi cesaba de existir. Los átomos de la exosfera eran partículas aisladas, solitarias, sin compañía. Era la parte superior del océano del aire a la que, hasta ahora, sólo habían subido monos, perros y pequeños animales de experimentación. Era el reino de los Sputniks, de los Explorers... de los Vanguards, de todos los cohetes de prueba que habían hecho posible al Azteca. Todavía seguían girando en sus órbitas silenciosas, constreñidos dentro de las oleadas espaciales de velocidad; tumbas eternas de perros y monos. Y después del mono, el hombre

El comunicador hizo una advertencia. Una voz se abrió camino a través del estático. El zángano Capaz estaba en el aire. Había abandonado su cuna llameante en Arenas Ardientes pocos momentos después del Azteca. Prochaska se inclinó sobre el radarscopio y pulsó algunos botones. El tubo fosforeció y parpadeó; luego quedó captado; un piar diminuto.

La Base Alpina proporcionó más datos. Estaban vigilando su ruta. En algún sitio bajo ellos y a centenares de kilómetros al oeste, mentes humanas estaban guiando al zángano por telecontrol, vectorándolo a través del espacio para que fuese al encuentro del Azteca. Era, pensó Crag, una cuestión de matemáticas aplicadas. Se maravilló por la ciencia que les permitía hacer eso. Por un momento el zángano había sido un simple piar en la radio de alcance, levantándose de la Tierra marchita, llevando un arroyo de fuego a los cielos; al momento siguiente era toneladas de metal desgarrando el espacio, cortándolo en su camino volador, un gigante que se alzaba aullando de su cuna.

Le tocaba a Prochaska el turno de sudar la gota gorda. La tarea de mantener al zángano en el redil le correspondía a él. Estaba inclinado sobre sus instrumentos con los oídos atentos al comunicador y los nerviosos dedos sobre los telecontroles del zángano. Este se precipitaba hacia ellos con una velocidad aterradora.

Crag tenía sus dedos sobre los mandos de dirección, para el caso de que

fuera necesario actuar, mientras con el pensamiento iba siguiendo el manejo del jefe. Las manos de éste empezaron a moverse con mayor firmeza. Prochaska meneaba la cabeza con impaciencia, agachándose más y más sobre el tablero de instrumentos. Crag luchó con sus ataduras para poder lanzar una mirada por la lumbrera lateral. El zángano era ahora visible, una flecha de plata que se iba haciendo más y más grande con una rapidez aterradora. Una delgada estela de vapor colgaba de su cola, disolviéndose en el vacío.

Si el ángulo de incidencia permanece constante, están ustedes en rutas de colisión. Las palabras del Manual para la Seguridad del Vuelo tableteaban en su mente. Examinó al zángano.

¡El ángulo de incidencia se mantenía constante!

Crag vacilaba. Un simple roce en los cohetes de dirección del Azteca podría resultar desastroso. Peligrosísimo. El cambio más insignificante en el rumbo, a la velocidad que ahora llevaban, sometería a sus cuerpos a tremendas fuerzas, quizá más grandes que las que podrían resistir. Miró al jefe y se humedeció los labios con la lengua. El otro estaba concentrado en sus instrumentos, al parecer ausente del mundo. Sus dedos habían interrumpido el más mínimo gesto fortuito. Cada movimiento tenía un significado preciso. Estaba ahora pendiente de los cohetes de dirección del zángano

Capaz, manipulando los mandos con meticulosidad extrema. Era un pianista de concierto interpretando la música estridente del espacio: una obertura escrita en metal y gas llameante. Diminutas correcciones iban sucediéndose en el camino de vuelo del zángano.

—Creo que lo he metido en el carril —anunció Prochaska sin mover sus ojos del objetivo.

Gradualmente fue reduciendo la distancia entre los cohetes hasta que se vieron lanzados por el espacio en rumbos paralelos separados por escasos kilómetros. Lanzó una ojeada final de comprobación y miró a Crag. Simultáneamente exhalaron hondos suspiros.

—Llegué a estar preocupado —confesó Crag.

—Yo también. —El jefe miró por la lumbrera lateral—. ¡Caramba! Tiene el aspecto de un furgón.

Crag lanzó una ojeada por la lumbrera. El zángano Capaz era una bala de plata en el espacio, un gemelo del Azteca excepto en el color. Un zángano con claraboyas. Sonrió pensativamente. Todo el aspecto exterior del zángano estaba planeado para que diera la impresión de ser un vehículo tripulado. Gotch había sido el forjador de aquel último engaño, pensó complacido. Al coronel no se le había escapado un solo detalle.

Miró a la Tierra. Era como un mastodonte en el espacio, una inmensa superficie curvada derramándose en todas direcciones; un mosaico de grises puntuado por vetas de verdes azulados y manchas de blanco donde jirones de nubes se alzaban en lo alto de la troposfera. Su entusiasmo momentáneo desapareció y fue remplazado por una depresión extraña. El mundo estaba muy lejos; se retiraba entre neblinas cósmicas. La caída del péndulo de su

optimismo, pensó. Un presentimiento lúgubre entró en su mente: la premonición de un desastre en puertas.

IV

El comunicador cobró vida facilitando datos acerca de Pickering. El sateloide estaba elevándose con más rapidez que el Azteca, subiendo hasta el confín de la exosfera, donde la atmósfera ya no puede distinguirse del espacio absoluto. Crag se sentía agradecido de que no le hubiesen escogido a él para la tarea. El sateloide era una cosa frágil comparada con el Azteca: una polilla en comparación con un halcón. Era un montoncito de metales ligeros y de delicados componentes electrónicos, pero se movía a velocidades espantosas por la ruta que los astronautas de laboratorio habían denominado "Avenida de los Sputniks". Era un vehículo pilotado, una pequeñez con diminutas alas en muñones que le permitieran deslizarse por el océano del aire hasta un refugio de seguridad después de dar la vuelta a la Tierra. Pickering estaría acurrucado en aquel vientre exiguo, en un espacio poco mayor que su cuerpo, inmovilizado en un traje de presión que le imposibilitaría todo movimiento. Su menor error significaría la muerte. Gotch permaneció silencioso. Crag vigilaba la pantalla. Los tres puntitos eran visibles. El sateloide estaba todavía sobre ellos, lanzado, rapidísimo. El cohete interceptor estaba más bajo hacia el noroeste, cortándoles el camino. Pensó que era una nueva edición de la dificultad habida con el zángano Capaz. Unicamente que esta vez no se trataba de un cohete de provisiones. Era un proyectil con cabeza de guerra, una situación que ellos no podían controlar.

¿No podían? ¿O podían? Debatió la cuestión, luego informó brevemente a Prochaska y le unió al circuito emisor del comunicador.

—Podemos usar al zángano Capaz como interceptor—le dijo a Gotch.

—¡No!

La palabra llegó explosivamente. Crag disparó por su parte:

—El zángano Capaz no servirá de nada sin el Azteca.

—¡No! Este es el control de Tierra, comandante.

Gotch cortó abruptamente. Crag soltó una maldición.

—Llaman a Paso Uno... llaman a Paso Uno. S-dos llamando a Paso Uno. ¿Están recibiendo? Cambio.

La voz llegaba débil por el comunicador, alzándose y cayendo.

—Paso Uno—dijo Crag ajustándose su micrófono de labios.

Reconoció la señal de clave mientras su mente registraba el hecho de que no era la Base Alpina. Hubo un estallido de parásitos atmosféricos. Aguardó un momento, desconcertado

—S-dos llamando...

¡Pickering! Crag se reprochó el haber estado lento en reconocer la llamada en clave del sateloide. La voz se desvanecía, se perdió por fin. Sus pensamientos giraban frenéticamente. Pickering estaba allá arriba en el sateloide moviéndose a mayor altura y con más rapidez que el Azteca,

lanzado a lo largo del borde del espacio en un gran círculo alrededor de la Tierra. La nave cohete de diminutas alas era una partícula insignificante en la infinitud, pero representaba un papel en la gran aventura. Era la mano de Michael Gotch que se alargaba hacia ellos. De momento, aquella certidumbre le dio un rayo de esperanza, que se desvaneció con la misma rapidez. El S-dos era tan sólo una plataforma de "relay" y de observación a alta velocidad; un vehículo tripulado viajando por la órbita de comunicación establecida por los primeros proyectiles Explorers del Ejército. Se volvió hacia Prochaska y le expuso su plan de utilizar al zángano Capaz como interruptor.

—Podría ser. —El jefe se mordió los labios reflexivamente—. Podríamos conducirlo mediante sus cohetes de dirección, pero tendríamos que hacerlo con una precisión matemática. Sólo dispondríamos de un segundo.

—La esperanza es que el interceptor estará, seguramente, provisto de espoleta de proximidad —razonó Crag—, Todo lo que tenemos que hacer es que el zángano maniobre por su ruta de vuelo. Podríamos hacer uso de nuestros propios cohetes de dirección para concedernos un mayor margen de seguridad.

—¿Qué significaría la pérdida de Capaz?

Crag se encogió de hombros.

—Me preocupa más lo que significaría la pérdida del Azteca.

—Podría hacerse. —El jefe le miró escrutadoramente—. ¿Qué dice la Base?

—No dice más que tonterías.

Crag miró la pantalla. El interceptor estaba mucho más cerca. También lo estaba el S-dos. Pickering se acercaría probablemente para poder informar como testigo ocular, pensó con amargura. Probablemente tendría una cámara fotográfica para que Gotch pudiese presenciar el espectáculo. Miró a Prochaska burlonamente. El jefe tenía puesta una máscara de hielo. Crag volvió al comunicador y repitió su propuesta. Cuando hubo acabado, se produjo un silencio de muerte en el vacío.

La respuesta del coronel no podría imprimirse. Crag miró pensativamente a Prochaska. La última vez que había quebrantado una orden se le invitó a abandonar las Fuerzas Aéreas. Pero Gotch le había elegido a pesar de eso. Miró por encima del hombro tratando de formarse un plan. Larkwell estaba tendido en su asiento con los ojos cerrados. Un tipo feliz, pensó. No sabe en lo que está metido. Dobló la cabeza un poco más. Nagel le miraba con ojos entornados. Apartó de su mente al hombre del oxígeno y se volvió hacia la pantalla. El puntito que representaba a Pickering se había movido un largo trecho en la rejilla. La aguja de altitud enlazada con la rejilla de imágenes mostraba que el sateloide estaba descendiendo a toda prisa. El interceptor estaba más cerca también. Muchísimo más cerca Prochaska vigilaba la escena en su radarscopio.

—Viene a toda prisa —murmuró.

Su rostro había palidecido.

—Demasiado aprisa —dijo Crag rechinando los dientes.

Se dirigió al comunicador y llamó a la Base. Gotch acudió inmediatamente. Crag anunció en tono de desafío:

—Vamos a utilizar al zángano Capaz como interceptor. Es la única esperanza.

—Comandante, soy yo quien tengo el control desde tierra.

La voz del coronel era helada y mordiente.

—Tierra no puede controlar esta situación — disparó Crag enojado.

—He dicho que el control es de Tierra, comandante. Con eso basta.

—Voy a utilizar al zángano Capaz.

—Comandante Crag, le aseguro que va a pasarlo muy mal aquí en la Base —le amenazó con rabia—. No mueva al zángano lo más mínimo.

Por un momento la situación le pareció humorística. Con lo que le gustaría que en aquellos momentos le garantizaran que iba a pasarlo mal en la Base Alpina. Aquello sonaba muy bien, deliciosamente. Hubo otra descarga de parásitos atmosféricos. La voz de Pickering intervino, más fuerte y más clara, un latigazo a través del éter.

—¡No sacrifique al zángano, comandante!

—¿Se le ocurre un remedio mejor?

La voz de Pickering dio una respuesta lacónica.

—Véalo usted mismo.

Crag miró a la pantalla y dio un respingo sobresaltado. El sateloide estaba más bajo, moviéndose con mayor rapidez a lo largo de una ruta que le colocaría oblicuamente en el camino que estaba siendo atravesado por el Azteca. Si en el espacio hubiera algo así como un poste de señales, podría decirse que el sateloide había virado para dirigirse hacia el interceptor. Está haciendo uso de su fuerza, pensó; utilizando la pequeña cantidad de combustible que necesitaría para aterrizar. Pero, si lo consume...

Desechó el pensamiento y se precipitó hacia el comunicador.

—Paso Uno a S-dos... Paso Uno a S-dos.

—S-dos —contestó Pickering inmediatamente.

Crag aulló:

—No puede usted...

—Esto es cosa mía —interrumpió Pickering—. Usted encárguese de llevar ese armatoste a la Luna.

Crag se quedó mirando pensativamente al comunicador.

—Está bien —dijo por fin—. Gracias, muchacho

—No hay de qué. La Fuerza Aérea está siempre lista para el servicio —dijo Pickering— Adiós.

Cortó. Crag se quedó mirando la pantalla, mordiéndose los labios y sintiendo que la emoción se alzaba en su pecho hasta convertírsele en una oleada.

— ¡Patrón! —dijo la voz sobresaltada de Prochaska—. ¡Por el amor de Dios... mire!

Crag clavó sus ojos en la pantalla. El puntito que representaba a Pickering había cortado el rumbo de vuelo del Azteca, deslizándose oblicuamente. A su tremenda velocidad, sólo la ausencia casi total de moléculas de aire impedía que el satélite se convirtiese en una antorcha llameante. Hacia abajo... hacia abajo..., precipitándose al encuentro de la muerte que se elevaba aullando desde el Pacífico. Siguieron la escena silenciosamente. Una corta llamarada se dibujó en la pantalla. Se quedaron mirándola un largo instante.

—Era un valiente —dijo Prochaska con sencillez.

—Un hombre bragado.

Crag se dirigió al comunicador. Gotch escuchó. Cuando hubo acabado, Gotch dijo:

—Después de esto, comandante, siga las órdenes de tierra. Casi echa a perder usted toda la labor. No quiero que eso vuelva a suceder.

—Sí, señor, pero yo no podía contar con ese movimiento.

—¿Para qué cree usted que Pickering estaba allá arriba? —preguntó Gotch suavemente—. El sabía muy bien lo que tenía que hacer. Su misión era esa. Lo mismo que sabía su misión la pareja a la que acribillaron en la Puerta Azul. Es duro, comandante, pero algunas personas tienen que morir. Ya han muerto muchas y tendrán que morir muchísimas más.

Añadió bruscamente:

—Usted aproveche sus oportunidades. —El comunicador quedó silencioso—. Bueno, siga adelante.

—Sí, sí, señor —repuso Crag.

Miró por encima del hombro. Larkwell estaba recostado sobre su asiento, doblando el cuerpo para ver por la lumbrera lateral. Su rostro estaba lleno del asombro que le producía el espacio. Nagel no se movía. Sus ojos eran como grandes platillos en su rostro blanco y delgado. Crag casi esperaba ver cómo sus labios temblaban y se preguntó por un momento cómo habría tenido el otro valor para presentarse como voluntario. No encamaba en absoluto el tipo de héroe. Sin embargo, pensemos en Napoleón. Nunca se podía decir lo que era un hombre hasta que el individuo no había dado de sí lo que podía. Bueno, ahora era la ocasión de probarlo. Nagel tendría también esa ocasión. Se volvió pensativamente hacia la lumbrera de delante, pensando que durante los dos próximos días todo sería bastante monótono. Nada parecería difícil ya. Sobre todo después de lo que habían pasado.

Prochaska volvió a su rutina de salmodiar la altitud y la velocidad. Crag escuchaba con una parte de su mente absorta en el sacrificio de Pickering. ¿Habría tenido él el valor necesario para conducir al sateloide contra la cabeza de guerra? ¿Era preciso tener para eso más reaños que para suplantar como dobles a una pareja condenada a ser asesinada? Las preguntas le daban vueltas. Indudablemente Paso Uno estaba empedrado de héroes.

—Altitud 1.600 kilómetros, velocidad 35.680 kilómetros.

Prochaska susurró la cifra con un tono de terror en su voz. Se miraron

sin decir palabra.

—Lo hemos conseguido —exclamó Crag jubilosamente—. Estamos en la trayectoria de nuestra vieja amiga la Luna.

El rostro del jefe expresaba su inmenso asombro. Crag estudiaba sus instrumentos. La velocidad era un poco mayor de 35.680 kilómetros por hora. El altímetro de radar ponía de manifiesto que el Azteca estaba a una altura un poco superior a la de mil seiscientos kilómetros sobre la superficie de la Tierra. Vaciló y luego cortó la corriente del motor del tercer estadio. El indicador de combustible mostraba que apenas quedaban unas cuantas decenas de litros. Aquella pequeña cantidad, él lo sabía, significaba un error en las computaciones precisas del escape. Bueno, el peso extra era insignificante. Al mismo tiempo, no podían suministrarse aceleración de sobra. Se dio cuenta de que el último vestigio de pesantez había desaparecido. Movió la mano Ningún esfuerzo. Nada de esfuerzo en absoluto. El espacio, pensó, la primera nave espacial tripulada con éxito por el hombre.

El entusiasmo le inundó. El, Adam Crag, estaba en el espacio. No precisamente en la capa superior de la atmósfera, sino en el espacio absoluto, en el enorme vacío que rodeaba al mundo. Aquel había sido el objetivo... el sueño, la meta. ¡Y tan rápidamente!

Rememoró los sucesos. Parecía no haber transcurrido tiempo alguno desde que los alemanes asombraron al mundo con los V-2, un cohete primitivo que a duras penas alcanzaba una altitud de ciento diez kilómetros, arrastrándose a sólo unos cinco mil kilómetros por hora.

Los americanos habían añadido un segundo escalón al prototipo alemán, creando la V-2 Wac Corporal de dos fases y enviándola hasta una altura de 400 kilómetros en el alto azul a velocidades superiores a los 8.000 kilómetros por hora. Se había iniciado la batalla en aquel preciso momento, pensó, recordando el amargo día en que los rusos derrotaron al Occidente con el Sputnik I, superando y completando el triunfo al parecer con el Sputnik II, hasta que el Ejército de los Estados Unidos entró en liza con el Explorer I. Aquello había sido el comienzo verdadero. Habían nacido la IRBM y la ICBM. Proyectiles y contra-proyectiles. Perros, monos y ratones se habían elevado hasta los confines del espacio. Pero nunca el hombre.

Le invadía un profundo sentimiento de satisfacción. El Azteca había sido el primero. El Azteca al mando del comandante Adam Crag. La sensación completa de triunfo estaba empezando a apoderarse de él. Hemos derrotado al enemigo, pensó. Hemos ganado. Había sido una batalla sañuda reñida en un frente tecnológico; una batalla entre naciones en la que, irónicamente, cada victoria de cualquiera de los bandos hacía dar a la Humanidad un paso adelante en el camino de la emancipación del mundo. El hombre podría, en lo sucesivo, mirar al futuro, a una senda brillante y luminosa que conducía hasta las estrellas. Aquel era el paso final. El Gran Paso, el paso que uniría a dos mundos. Dentro de pocos días el Azteca llegaría a su solitario destino: a Arzachel, un punto sombrío en el universo. Adam

Crag, el hombre en la Luna. Esperaba. Se volvió hacia los otros, tratando de borrar de su rostro la expresión de complacencia.

Lo raro de la falta de peso era muy distinto de lo que había esperado, a pesar de que los síntomas se lo habían explicado cuidadosamente durante el programa de adoctrinamiento. Estaba sentado en el asiento del piloto, pero no lo estaba. No tenía sensación alguna de presión contra el asiento, ni contra ninguna otra cosa, a decir verdad. Era, pensó, como estar sentado en el aire, y ser ya tan ligero como una mota de polvo meciéndose en la brisa. Desde luego, había experimentado la falta de peso antes, cuando, al impulsar a un retro-propulsor estratosférico de investigación, en una trayectoria de alta velocidad, con el propósito de computar la fuerza de la gravedad, había pasado por esta prueba, pero sólo durante breves segundos.

Para acostumbrarse movió la mano hacia arriba, movimiento que acabó como el coletazo de una serpiente. Sí, iba a costarle algún trabajo aprender a dominar sus movimientos. Miró a Prochaska. El jefe estaba proporcionándole datos a la Base Alpina. Concluyó y le dirigió a Crag una ancha sonrisa. Sus ojos resplandecían de satisfacción.

—Resulta esto bastante chocante, ¿verdad?

—Desde luego —admitió Crag—. Casi tengo miedo de aflojar mis correas.

—La Base dice que vamos muy bien, lo mismo en cuanto al horario que en cuanto al rumbo y la velocidad. Ahora está a la escucha un compañero operador.

—Buena señal. Eso significa que hemos vuelto a la rutina.

Crag aflojó sus correas y dio media vuelta en su asiento. Larkwell estaba moviendo las manos en plan de prueba. Miró a Crag y sonrió bobamente. Nagel parecía estar enfermo. Tenía la cara afilada *y* sin sangre y los ojos enrojecidos. Captó la mirada de Crag y asintió inexpresivamente.

—Ha sido un buen trago —dijo Crag en tono compasivo.

Su voz, en el recién nacido silencio, poseía una curiosa cualidad de tono acolchado.

—Ya hemos pasado lo peor —añadió.

Los labios de Nagel se contrajeron en una mueca sardónica.

—¿Si?

El tono burlón le produjo a Crag el efecto de una raspadura y volvió la espalda hacia los mandos. *La menor causa de irritación asumirá proporciones desmesuradas.* Eso era lo que le había advertido el doctor Weldon. Bueno, maldito sea, que Nagel se las compusiera como pudiese. Además, ¿a qué venía su enfado? Todos estaban en el mismo bote. Se volvió hacia el tablero de instrumentos, comprobando el centenar de esferas, indicadoras y pantallas. Todo parecía estar normal, si es que se podía hablar de normalidad en el espacio. Dijo pensativamente, sin hablar con nadie en particular:

—Quizá debiera haberme portado más sinceramente con el coronel

antes de admitir este maldito empleo de piloto lunático. Hay una cosa qua no le confesé nunca.

—¿El qué? —le preguntó Prochaska con expresión de sobresalto.

—No he estado en la Luna en mi vida

V

—La Base quiere tener una conversación privada —anunció Prochaska.

Su voz sonaba ominosa.

—Probablemente otro cerdo —añadió.

—¿Todavía?

Crag conectó en su oreja el auricular de inserción, pensando que no iba a gustarle lo que tendría que oír. Precisamente cuando las cosas habían empezado a parecer resueltas. Desligó a Prochaska del circuito y se puso al habla.

—¿Crag?

La voz de Gotch sonaba áspera y dura. Crag miró de reojo a Prochaska que estaba examinando afanosamente uno de los instrumentos, tratando de manifestar ante el otro que no le interesaba la conversación. Luego Crag giró la cabeza. Larkwell estaba en pie junto a la lumbrera lateral y le tenía vuelta la espalda. Nagel seguía tendido en su asiento, con los ojos cerrados.

Crag contestó suavemente:

—Diga.

—Más malas noticias —informó Gotch con tono sombrío—. Arenas Ardientes sacó un paquete del zángano Capaz momentos antes del lanzamiento. Acaba de ser identificado.

—Le escucho —replicó Crag, tratando de asimilar lo que Gotch le estaba diciendo.

Gotch declaró con sencillez:

—Era una bomba con mecanismo de relojería. He aquí los detalles. La bomba estaba colocada en una caja plana de plástico negro de un tamaño aproximado de dos centímetros por diez. Probablemente no lo bastante grande para inutilizar al zángano, pero sí para destruir los mandos. Se la encontró empotrada en el interior del tablero de mando central. ¿Comprende?

—Le oigo.

—La sección de artificieros no ha dado todavía los detalles completos. Si encuentra usted una igual, no trate de desarmarla. ¡Arrójela, pronto!

—No puedo. Tendrá que quedarse con nosotros.

—Su tamaño indica que no resultaría fatal si estallase fuera de la armazón de la nave —explicó Gotch con voz rasposa—. Es una bomba destinada a estropear los mandos. Si encuentra una, arrójela. Es una orden.

Los auriculares quedaron en silencio. Crag se volvía ya hacia Prochaska cuando la comunicación se reanudó.

—Otra cosa.

Luego Gotch permaneció silencioso un momento.

Crag se lo imaginó pensando cuidadosamente cada una de las palabras que había de decir.

—Esto significa que la situación es peor de lo que creíamos —dijo

Gotch finalmente—. No han dejado nada al azar. Si tienen ustedes ahí una bomba, es que fue llevada después de la última revisión del Servicio de Seguridad. ¿Me comprende?

—Sí —contestó Crag pensativamente.

Se quedó parado un momento meditando qué le convenía hacer. Prochaska no hacía preguntas. Lo que Gotch le estaba diciendo era que el Azteca podía estar minado. Esperaba, ¿qué otra cosa le había dicho? *La bomba habría sido introducida después de la última revisión del Servicio de Seguridad.* Aquello significaría la existencia de un traidor en el cuarteto de tripulantes. El Azteca había sido revisado lo bastante a menudo y con la suficiente meticulosidad para que al Servicio de Seguridad se le hubiera podido escapar lo más mínimo. Tendría que haber sido colocada en el último momento. Si es que se trataba de una bomba. Lo mejor sería no hacer nada mientras las sospechas de Gotch no se comprobaran o, por el contrario, resultasen ser ciertas.

Se volvió hacia Prochaska y le habló en voz baja.

—Registra las mesas de los cuadros de mando, pulgada a pulgada.

Miró en torno. Nagel y Larkwell estaban recostados en sus asientos. Nagel parecía estar dormido, pero el rostro de Larkwell daba que pensar. Los ojos de Crag recorrieron la cabina. Tubos de repuesto de oxígeno, paquetes de trajes de presión, barriles de agua, el estante de productos químicos, la cámara de algas y los productos químicos de repuesto para absorber el anhídrido carbónico en caso de que fracasara el sistema de las algas; estas y más cosas llenaban todas las paredes y armarios, ocupando hasta el último centímetro cúbico de espacio aparte del volumen indispensable para el movimiento humano. ¿Dónde estaba el lugar más vulnerable? En los mandos. Suspiró y se volvió hacia los tableros.

Prochaska estaba pasando sus manos metódicamente por la complejidad de cables colocados bajo los paneles de los instrumentos. Su rostro era una pura pregunta, el rostro de un hombre que no sabe lo que está buscando. Decidió no decírselo... todavía. Sus auriculares produjeron un estallido de parásitos atmosféricos y siguió la voz apresurada del coronel.

—Arenas Ardientes informa que el paquete está preparado para las ocho quince —comunicó con un trallazo—. Eso quiere decir que les quedan ocho minutos. Hágase con el objeto. Si hay ahí una, debe ser gemela

—Está bien —contestó Crag—. Adiós, vamos a trabajar.

Se volvió hacia Nagel.

—Abre los paquetes de los trajes de presión —gritó—. Echale una mano, Larkwell.

Los ojos de Nagel se abrieron.

—¿Los trajes de presión?

—Eso he dicho. Podemos necesitarlo dentro de un momento.

—Pero...

—Venga —ordenó Crag con voz áspera—. Puede ser cuestión de vida

o muerte.

Dio media vuelta. Prochaska estaba todavía examinando los cables. No había tiempo para buscar en el resto de la cabina, pensó Crag. Podía estar en cualquier parte. Tendría que ser en los paneles o ya no habría remedio. Además, era el sitio más lógico. Acudió en ayuda del jefe, registrando en los tableros de 1a parte de babor, metiendo los dedos suavemente entre el laberinto de cables. No había nada bajo la pantalla, los instrumentos del motor, ni el altímetro de radar. Miró al cronómetro y empezó a sudar Las manecillas de la esfera parecían estar lanzadas en una carrera frenética. Prochaska acabó con su parte de la mesa de instrumentos y le miró de reojo. Sería mejor decírselo, pensó Crag.

Explicó con calma:

—Bomba de relojería. Arenas Ardientes dice que, si nos han metido una, puede estallar —miró apresuradamente al cronómetro— dentro de cinco minutos.

Prochaska lanzó una mirada ansiosa a la serie de palancas alineadas en la bancada.

—Si tenemos una, estará probablemente en los mandos —completó Crag.

Luego terminó de revisar los paneles de su parte, sin suerte alguna. A toda prisa Prochaska comenzó a revisar de nuevo los cables. Crag le seguía registrando también. Un momento después sus dedos dieron con ella; una caja lisa y chata empotrada profundamente entre los alambres. ¡Y Prochaska había pasado por aquel panel un momento antes! La idea le golpeó en el mismo momento en que sacaba el objeto, empuñándolo cautelosamente. Prochaska mostró su sorpresa. Crag miró a Nagel y a Larkwell. Habían desempaquetado los trajes. Depositó la bomba sobre la mesa de instrumentos. Larkwell la vio. Su rostro demostró que comprendía de qué se trataba. Le alargó uno de los trajes a Prochaska y otro a Crag. A toda prisa se lo fueron poniendo. Las limitaciones de espacio convertían aquello en una tarea difícil. Crag tenía los ojos fijos en el cronómetro. La manecilla parecía haberse vuelto loca corriendo por la esfera. Sudoroso, notó que su respiración se estaba haciendo cada vez más pesada

—Exposición breve —advirtió con voz ronca—, presión mínima.

Se encasquetó la escafandra, se la aseguró al anillo del cuello y se precipitó contra la placa del frente. Movió la válvula de oxígeno y comprobó el efecto de la presión dentro del traje y del casco. El cronómetro mostraba que sólo quedaban ya dos minutos. Crag lanzó una mirada en torno. Nagel le contemplaba fijamente a través de su gruesa pantalla facial con expresión preocupada. Los labios de Larkwell aparecían apretados con firmeza contra los dientes. Sus mandíbulas temblaban de manera espasmódica. Los dos estaban aguardando, vigilando, tensos.

Prochaska fue el último en acabar. Crag aguardaba impacientemente que el jefe terminase de abrir su válvula de oxígeno antes de lanzar la bomba.

Les hizo señal a los otros para que retrocedieran y abrió los fiadores que aseguraban la compuerta de lanzamiento. Vaciló al llegar al último. El aire al escapar podría sorberle al espacio en un santiamén. Eso mismo les había ocurrido a tripulantes de globos estratosféricos, cuyas cabinas se habían roto a gran altura. ¡Uf! ¡Desaparecería! Era posible que la cabina entera se quedase monda lironda. Afortunadamente, los goznes estaban asegurados como protección contra las altísimas fuerzas de escape. Demasiado tarde para asegurarse con las correas del asiento. El tiempo urgía. El pánico rozaba su cerebro. Cálmate, Crag, se dijo a sí mismo. Obra con sangre fría, muchacho.

En el mismo instante, Prochaska vio el dilema ante el que se encontraba su patrón. Se lanzó sobre la cubierta y puso las piernas en línea recta con las caderas, amarrándose a uno de los soportes del asiento. Larkwell y Nagel se apresuraron a seguir el ejemplo. Crag lanzó una mirada de reojo al cronómetro; ¡quedaba un minuto y diez segundos! Se lanzó contra uno de los lados de la compuerta, se arrodilló y dobló un brazo afirmándolo en una de las mesas de instrumentos, esperando que ésta fuera lo bastante fuerte. Colocó la bomba sobre la parte de cubierta próxima a la escotilla y la cogió luego con su mano libre, contuvo el aliento, vaciló, y tiró del último fiador de la compuerta.

La escotilla se abrió con una explosión. Unas garras gigantescas parecieron tirar de su cuerpo, empujándole hacia la abertura. Aquello terminó tan rápidamente como había empezado, y le dejó débil, sin aliento. La bomba había sido lanzada al espacio. Se puso en pie y miró por el hueco de la escotilla. Fue un momento de vértigo y de náuseas. Ante él bostezaban unas grandes fauces de un negro purpúreo, un púrpura más negro que el que se veía por las lumbreras. Estaba sembrado de estrellas de una increíble brillantez, reluciendo con el esplendor duro de los diamantes, blancos diamantes y azules zafiros.

Algo brillante centelleaba en el espacio.

Vaciló. El frío estaba ya penetrando a través de su traje. Recordó que no había conectado ni el elemento de calefacción ni el sistema interfónico. Hizo girar el cierre del portillo y lo bajó, conectando luego ambas cosas. Los otros observaron sus movimientos y procedieron de acuerdo con éstos.

—¿Viste algo?

Prochaska fue el primero en preguntar. Su voz sonaba delgada y lejana. Crag ajustó su amplificador y dijo con rabia:

—Estalló.

—¿Cómo... cómo entró aquí?

Identificó la voz de Nagel.

—Eso es lo que voy a averiguar ahora —disparó Crag bruscamente.

Larkwell se quedó callado. Nagel empezó a abrir las válvulas de los tubos de aire comprimido. Los demás aguardaron plácidamente, absorto cada uno en sus pensamientos, hasta que Nagel indicó que ya no había peligro en quitarse los trajes. Los pensamientos de Crag galopaban frenéticamente mientras se iba despojando de la pesada indumentaria. Ya ha pasado, pensaba,

pero el saboteador está todavía aquí. ¿Quién? Dejó resbalar sus miradas sobre los hombres. ¿Quién?

Aquello era lo que tenía que descubrir, y pronto.

Una vez que se quitó el traje, hizo a toda prisa una llamada a Gotch e informó sobre lo sucedido.

El coronel escuchó sin hacer ningún comentario. Cuando Crag hubo acabado, permaneció silencioso un momento. Por último replicó:

—Bueno, pues así están las cosas. Vamos a revisar inmediatamente la ficha personal de todos los agentes del Servicio de Información que han tenido que ver algo con este asunto. Revisaremos también las fichas de la tripulación del Azteca, incluso la de usted mismo. Tengo que decírselo así porque esto es serio. Si hay un saboteador a bordo, y yo creo que lo hay, toda la operación está entonces en peligro. Le recomiendo que tenga los ojos bien abiertos y vigile a sus hombres.

Hemos procedido con el mayor cuidado posible, hemos investigado la vida de cada uno desde el nacimiento mismo. Pero siempre hay los durmientes. Ya ha sucedido otras veces.

—Comprendo —dijo Crag—. Pero espero que no tome muy en serio mis pecadillos de juventud.

—Este no es momento de broma. Tengo más noticias que darle. Washington informa que el enemigo ha lanzado otro proyectil esta mañana.

—¿Otro?

Crag suspiró suavemente. Esta vez no habría ningún sateloide, ningún Pickering dispuesto a dar su vida. El coronel continuó con voz sombría.

—El radar indica que se trata de una nave espacial. Su manera de subir y su trayectoria indican que está tripulado. Así es que la cosa se ha convertido ahora en una carrera.

Crag se quedó un momento pensando.

—¿Hay algún indicio de que vaya acompañado por un zángano?

—No, y eso es lo más sorprendente, si se trata de un intento de envergadura de establecer una base en la Luna. Y creemos que se trata de eso.

Crag preguntó con rudeza:

—¿No podría tratarse del aparato que tengan ya con propulsión atómica?

Aquella posibilidad le llenaba de alarma.

—Desde luego que no. Tenemos el asunto muy vigilado y sabemos que les queda todavía un año largo para poder lanzarlo. No, este es un cohete convencional, aunque quizá más avanzado de lo que hubiésemos creído... —Su voz se extinguió—. Le mantendremos informado —añadió al cabo de un minuto.

—De acuerdo.

Crag suspiró. Se quitó el auricular con aire meditabundo. Todavía no les diría nada a los otros. Ahora que estaban en el espacio podría suceder que él tuviera tiempo para resolver el asunto. Maldito sea, no habían previsto una

cosa así en el Curso de Adiestramiento. El proyectil interceptor... la bomba de relojería... un posible traidor en la tripulación. ¿Qué más cosas raras podrían pasar? Por un segundo sintió una intensa hostilidad hacia Gotch. Teniendo unas Fuerzas Aéreas llena de pilotos, había de ocurrírsele elegirle a él, que no estaba ni siquiera en Aviación por aquella época. ¡Cielo Santo! debería haberse contentado con pilotar cualquier avión a chorro en un sitio tranquilo. Como, por ejemplo, entre San Francisco y Pearl Harbour, con una muchacha en cada extremo del trayecto.

Pensaba rencorosamente en la perspectiva mientras hacía la inspección rutinaria de los instrumentos. La presión de la cámara, normal; la temperatura, 36 grados...; nada alarmante en los indicadores de impactos de radiación cósmica y de meteoritos. El contenido de anhídrido carbónico, normal. Después de todo, las cosas seguían su rutina, pensó malhumorado. Excepto en un punto. Aquel nuevo cohete que avanzaba echando llamas desde el este del Caspio. De una cosa estaba seguro. Aquello significaba que iba a haber jaleo.

VI

La estación detectora de radar número 5 de la Armada de los Estados Unidos captó a la nueva nave cohete antes de que estuviera muy alta en el espacio. Se pegó a ella con una estela electromagnética, extrayendo datos. La información era llevada a computadores, digerida, analizada y transferida a la Base Alpina, y de allí teletransmitida al Azteca donde apareció como un puntito, en la pantalla del radar. La rejilla se había ajustado automáticamente a una escala de 800 kilómetros con las posiciones del intruso y del Azteca separadas casi por toda la anchura del plano del instrumento. El Azteca parecía tener una ventaja indudable en la carrera hacia la Luna. Prochaska se dio cuenta de la presencia del recién llegado, pero se abstuvo de hacer preguntas, sin que Crag, por su parte, se brindara a dar ninguna clase de información.

De momento, no era el cohete del mundo oriental lo que le preocupaba. No era eso. Con el zángano Capaz navegando a estribor, el Azteca se estaba moviendo con una velocidad decreciente. Esta continuaría disminuyendo, rebajada por la atracción de la Tierra al moverse hacia afuera, avanzando sólo por la fuerza de inercia desde que sus motores se quedaron silenciosos. Cuando llegase a la zona neutral, donde las gravisferas de la Luna y la Tierra se compensaban, el Azteca tendría todavía el remanente de velocidad preciso para costear dentro de la zona de atracción de la Luna. Luego se aceleraría de nuevo, aumentando la velocidad hasta que llegase el momento de rebajarla mediante los cohetes freno. Y aquel momento era el que le hacía pensar: el tiempo en que se vería urgido por la necesidad de tomar en oleadas decisiones trascendentales en milésimas de segundo.

Trataba de prever cualquier contingencia. La proporción de masa necesaria para colocar al Azteca en su trayectoria lunar había excluido el combustible hasta el mínimo absolutamente necesario. El cohete se aproximaría a la Luna en una órbita elíptica, corregiría su dirección de velocidad en una espiral cerrada. En un punto preciso del espacio, él, Crag, tendría que empezar a hacer uso de los cohetes de freno, retardar la nave hasta que llegasen a un punto exacto del continuo infinito espacio-tiempo, y luego descender hasta el hoyo, erizado de cantiles, Arzachel, una tierra desértica, lúgubre, sin aire y absolutamente extraña, pero con una única virtud: el uranio. Eso, y el hecho de que representaba el arco de entrada para el Sistema Solar.

En su imaginación había contemplado la escena centenares de veces. Haría esto y lo otro y lo de más allá. Calculaba cada paso, cada operación, cada momento fugitivo en el que todos los largos años de planeamiento se resumirían en victoria o desastre. El era la X en la ecuación en la que la Y estaba representada sólo por los altímetros de radar. Tendría que hacer juegos de manos con la velocidad de aceleración, la altitud, la masa y una docena de

otras variables manteniéndolas en delicado equilibrio. Y ni un solo segundo debería olvidar la arquitectura hostil del sitio de destino.

Para todos los propósitos prácticos, Arzachel era un enorme agujero abierto en la Luna, una vasta depresión interrumpida sin duda por rocas, barrancos, cortezas de lava. La tarea le parecía similar a la de tratar de aterrizar con un avión a chorro en el brocal de un pozo. Bueno, casi tan difícil.

Procuraba prevenir todas las contingencias posibles, formulándose sus respuestas a cada una. Era, pensaba, como un actor que se prepara para su primera noche de actuación. Sólo que esta vez no habría segunda función. Los críticos serían los dioses de la suerte en una representación estrictamente única.

Gotch era el hombre que le había colocado aquí. Pero la responsabilidad era toda suya. ¡Gotch! Maldito lo que le importaba la Luna, el pingajo de una posesión regia despreciado por su Creador. Crag se mordió los labios rencorosamente. Deja de sentir pena por ti, muchacho, pensó. Fuiste tú quien lo pediste, quien verdaderamente llegaste a suplicarlo. Ahora lo tienes.

Al acabarse el segundo día la novedad del espacio se había agotado. Crag y Prochaska comprobaban rutinariamente la infinidad de instrumentos insertados en los tableros de mando: contadores de impactos de micrometeoritos, contadores de radiación, contadores de todas clases. Numeritos en esferas e indicadores que decían cómo el hombre iba viajando por los desiertos del Universo. Nagel se ocupaba en especial del indicador de la presión del oxígeno. El daño que pudieran causar los meteoritos había sido uno de los temores de Gotch. Un agujero del tamaño de una cabeza de alfiler podría significar la muerte definitiva por pérdida de oxígeno, por lo que Nagel apenas dejaba pasar media hora sin controlar las lecturas.

Crag y Prochaska se turnaban en pequeñas siestas. Larkwell, sin ninguna obligación entre manos, permanecía inmóvil. Al principio se había pasado largas horas junto a las mirillas, lanzando exclamaciones de sorpresa y delicia de vez en vez. Pero la visión del cielo de ébano con sus campos de joyas desparramadas, a la larga había terminado por ponerle de mal humor. Se pasaba la mayor parte del día durmiendo.

Nagel se mantenía en una constante actividad manipulando las válvulas de los tubos del oxígeno, probando las conexiones y haciendo ajustes de poca importancia. Su ostentosa preocupación por el equipo fastidiaba a Crag. El margen estrechísimo de escape con la bomba de relojería le había quitado toda confianza en la tripulación. Se decía a sí mismo que la bomba pudo ser colocada durante la última revisión del Servicio de Seguridad. Pero que en Seguridad hubiese un "durmiente" parecía altamente improbable. Claro que también era improbable que lo hubiese en el Azteca. Cada uno de ellos, él lo sabía, había sido examinado bajo el más severo microscopio de la Seguridad casi desde el nacimiento hasta el momento en que cada uno había empezado a subir por la alta escalerilla que conducía a la cabina espacial.

Disimuladamente vigilaba a Nagel, preguntándose si su actividad no sería una forma de escape, un esfuerzo por olvidar sus temores. Estaba empezando a comprender la cruda realidad del pánico de Nagel. Se le había reflejado en el rostro un miedo descarado y terrible, durante la última emergencia. No... no tenía el tipo de saboteador.

Larkwell, tal vez. Quizá Prochaska. Pero no Nagel. Un saboteador tendría nervios de acero, un fanatismo frío y helado que nunca tomase en cuenta el peligro. Pero, ¿y si se suponía que el individuo fuera un actor consumado y su miedo una máscara para ocultar su propósito?

Debatía los pros y los contras. Al final decidió que no sería político prohibirle a Nagel que manejara las válvulas durante el vuelo. Después de todo, era él el especialista encargado del equipo de oxígeno. Se contentó con mantener una severa vigilancia sobre las actividades de Nagel, situación de la que éste parecía no darse cuenta. Daba la impresión de que había perdido algo de su miedo de un principio. Su rostro se mostraba alerta, casi jovial a veces, pero mantenía el aire de una ansiosa espera.

A pesar de su simpatía hacia Prochaska, Crag no podía olvidar que el otro no encontró la bomba de relojería en un panel que había registrado dos veces. Claro que el complejo laberinto de cables y tubos de la consola constituía un sitio excelente para ocultar algo. Tenía que admitir que tuvo mucha suerte al dar con el objeto. Trataba de borrar de su mente las sospechas, pero sin aflojar la vigilancia. Era un trabajo penoso.

Al tercer día la nave enemiga se convirtió en un factor de primera importancia entre las cosas de las que tenía que preocuparse. El cohete intruso se había acercado más. La Base Alpina advertía que la carrera era codo a codo. O bien aquel cohete había despegado de la Tierra a una velocidad inicial mayor o había continuado acelerando más de lo necesario para conseguir la velocidad de escape. Crag consideraba la cuestión puramente académica. El hecho cierto era que terminaría por rebasar al Azteca, que todavía iba disminuyendo su velocidad. Ahora el cohete enemigo era ya un puntito en la pantalla, un puntito que dentro de poco se haría tan grande como el zángano Capaz y que tal vez se pondría tan cerca como éste. Crag trataba de calibrar su significado, molesto porque la Base parecía estar haciendo muy poco en el asunto.

Más tarde, Larkwell descubrió el puntito marcado en la pantalla por el cohete oriental. Aquello hizo saltar al gato de la talega por lo que a Crag se refería. Concisamente informó a sus hombres sobre el origen de aquello. Larkwell se mordió los labios con aire pensativo. Nagel frunció la frente con expresión meditabunda. El rostro de Prochaska continuó impasible. Crag vigilaba la reacción de cada uno. Para ser imparcial, vigilaba también sus propios sentimientos hacia los hombres. Experimentaba una profunda antipatía hacia Nagel y una gran simpatía a Prochaska. Larkwell era neutral. Parecía ser un hombre bonachón y abierto que llevaba el corazón en la mano. Pero, por otra parte, había en él algo que no se llegaba a aprehender, por más

que se intentase.

Se dijo que Nagel debía de tener muchas cosas en la cabeza. Después de todo, había sufrido el examen de un tribunal riguroso de selección. El que la personalidad de aquel hombre entrara en conflicto con la suya, no era motivo suficiente para sospechar. Pero el mismo razonamiento podía aplicarse a los otros. Permanecía en pie el hecho, o por lo menos Gotch parecía estar seguro, de que entre la tripulación se hallaba un espía. Estaba rumiando el asunto cuando el comunicador cobró actividad. El mensaje estaba en código lunar.

Llegó lentamente, muy espaciado, como si Gotch se diera cuenta de las dificultades de Crag para manejar el intrincado sistema de cifra creado especialmente para esta operación única. El aprenderlo le había costado muchas noches de insomnio. Cogió el mensaje letra a letra, sin captar su sentido por el esfuerzo que tenía que hacer al descifrarlo. Terminó y luego leyó rápidamente la corta línea:

"*El canal a la Base Alpina cerrado excepto necesidad supervivencia.*"

Se quedó estudiando el mensaje un largo momento. Gotch le decía que no se pusiera en contacto con la Base Alpina, a menos que se tratara de una cuestión de vida o muerte. O sea, que se pensaba que no todo lo relacionado con la operación era cuestión de vida o muerte, reflexionó con sarcasmo. Decidió que el mensaje tenía algo que ver con la presencia del cohete que ahora cabalgaba a popa y al costado del Azteca y de su zángano. Sospechó que el código lunar había sido usado para impedir la posible captación por el intruso más bien que para guardar el secreto ante la propia tripulación.

Tranquilamente informó a Prochaska de lo que sucedía. El jefe escuchó asintiendo y con los ojos clavados en la pantalla.

Crag calculó que, según sus cálculos, el cohete enemigo, al que Prochaska había bautizado con el nombre de Bandido, pasaría por el través de Zángano Capaz, poco después de que hubiesen entrado en el campo gravitatorio de la Luna, a 38.0 kilómetros sobre la superficie de nuestro satélite. ¿Y entonces, qué? Apretó los labios con irritación. Bandido era un factor que había que tener en cuenta, pero él no sabía de qué forma. Una cosa estaba clara. El Este estaba enterado del yacimiento de uranio que había en el cráter Arzachel. Por tanto, ese sería también el destino del otro cohete. Entre las muchas X desconocidas que tenía que resolver, había que contar ahora con esta nueva X: la nave de detrás del telón de acero. Algo le decía que aquella sería la incógnita más difícil de todas.

VII

Si el coronel Michael Gotch estaba preocupado, no lo demostraba. Con aire complacido daba chupadas a su negra pipa de brezo, mirando y escuchando al hombre cetrino que tenía frente a él. Su visitante era un tipo anguloso de unos sesenta años, con el cabello negro y gris y ojos duros y furtivos. Una cicatriz lívida le corría por la frente; su boca era una raja fría y delgada en su rostro. Llevaba el uniforme de general de División del Arma de Aviación de los Estados Unidos. El uniforme no denotaba el hecho de que su portador perteneciera a los Servicios de Información Militar. Se llamaba Leonard Telford.

—Por tanto así es como están las cosas —estaba diciendo el general Telford—. El enemigo está dispuesto a llegar a Arzachel a toda costa. Si fracasa en eso, hará todo lo posible para que no lleguemos nosotros tampoco.

—No se arriesgarán a una guerra —declaró Gotch con calma.

—No, pero tampoco nosotros. Eso es lo más fastidioso del caso —concedió el general—. La próxima guerra implica la aniquilación total. Pero precisamente por ese motivo pueden permitirse toda clase de sabotajes y actos hostiles con la seguridad que les da el conocimiento de que no iremos a la guerra. Mire lo que han hecho ahora: el ataque con el proyectil al Azteca, la colocación de la bomba de relojería, la manera como introducen sus redes en todos nuestros Departamentos. Una pura audacia. ¡Demonios, si hasta tienen un agente en ruta a la Luna! ¡Y en nuestro cohete además!

El coronel asintió embarazado. La presencia de un saboteador en el Azteca representaba un fallo en su Departamento. El general se lo estaba diciendo de una manera no demasiado suave.

—Creo recordar que yo mismo estuve en Astracán hace unos cuantos años —indicó suavemente.

—¡Oh, desde luego! También nosotros sabemos echar bonitas redes —contestó el general con blandura.

Miró a Gotch y una sonrisa rara cruzó por su rostro.

—¿Qué le parecieron a usted las bailarinas de Gorek, allí junto a la costa?

Gotch le miró sorprendido y luego sonrió.

—No sabía que hubiese usted llegado tan lejos, mi general.

—Hum, en la misma época que estuvo usted.

—Que me aspen —profirió Gotch en un susurro.

Había una nota de respeto en su voz. El general se quedó callado unos momentos.

—Pero el Caspio está ahora que arde.

—¿Qué quiere usted decir?

—Cohetes teledirigidos con cabezas atómicas y el nombre de Arzachel escrito en los morros. — Miró a Gotch oblicuamente—. Si somos los

primeros en llegar a Arzachel, ellos raerán aquel sitio de la faz de la Luna.

Se miraron silenciosamente. Fuera, el motor de un avión a chorro empezó a rugir.

La Luna llenaba el cielo. Era algo gigantesco que cortaba el aliento, una monstruosa esfera de rocas cratiformes moviéndose en el silencio eterno del espacio con resplandor espectral, sin importarle que una mota diminuta portadora de vida extraña hubiese entrado en su campo gravitacional. Se movía majestuosamente a lo largo de su órbita a razón de 3.680 kilómetros por hora, aproximándose y retirándose alternativamente de su madre Tierra hasta una distancia mínima de kilómetros y una máxima de 407.000 kilómetros, en un bamboleo medido por algún extraño reloj cósmico.

Los Apeninos, una arrugada cordillera que se alzaba más de 6.000 metros sobre la superficie del satélite, eran claramente visibles. Surgía cerca del cráter de Eratóstenes, corriendo hacia el noroeste unos 320 kilómetros para formar el límite suroeste del Mare Imbrium o Mar de las

Lluvias. Las alturas de los montes de Leibnitz y Dorfel eran visibles cerca del filo del disco Sur, abajo del terminator, el borde entre el día y la noche, estaban Ptolomeo, Alfonso y Arzachel.

Crag y Prochaska estudiaban su superficie, reconociendo las áreas planas que los antiguos astrónomos habían tomado equivocadamente por mares y que todavía llevaban los nombres de mares. La concavidad gigante de Clavio, la de Platón en forma de laguna y la cubierta de ceniza de Copérnico llamaron su atención. Crag estudiaba la línea Norte-Sur a lo largo de la cual se extendía Arzachel, preguntándose una vez más si podría identificar un área tan pequeña relativamente en la retorcida y apelotonada masa de rocas llena de grietas que yacía bajo ellos.

A unos 336.000 kilómetros de la tierra, el Azteca había decelerado a poco más de 4.800 kilómetros por hora. Poco después de entrar en la gravisfera de la Luna empezó a acelerar de nuevo. Crag estudiaba al cohete enemigo que viajaba a popa. Estaría junto a ellos dentro de poquísimo tiempo, al costado del zángano de plata. También él estaba acelerando.

—Esto va a ser la carrera de *el último pierde* —le dijo a Prochaska.

El jefe asintió.

—No me gusta el aspecto de ese bicho —gruñó, cambiando de tema.

Crag miró un momento la pantalla antes de volverse hacia la claraboya de cuarzo. Sus ojos se llenaron de asombro. Durante épocas incalculables, los amantes habían cantado a la Luna, los filósofos habían ponderado sus misterios, los astrónomos habían estudiado y cartografiado cada milla visible de su superficie, hasta que la Selenografía consiguió una exactitud comparable a la Cartografía terrestre. Los científicos habían probado, sin duda de ninguna clase, que la Luna no estaba hecha de queso verde. Pero ningún ojo humano había contemplado nunca su superficie como Crag estaba haciéndolo ahora, Crag, Prochaska, Larkwell y Nagel. Los dos últimos estaban mirando por las

lumbreras laterales. Prochaska y Crag se repartían la claraboya del frente. Como tributo al acontecimiento no se habló ni una sola palabra. Aparte de las comprobaciones ocasionales del jefe sobre el zángano Capaz y el Bandido, aquel nombre que se le había quedado para siempre a la astronave oriental, los cuatro pares de ojos raramente se apartaban de la superficie del satélite.

El plan de alunizaje exigía dar vueltas a la Luna para, mientras tanto, maniobrar con el zángano Capaz y colocarlo en órbita independiente. La misión de Crag era poner al Azteca en un punto preciso del cráter Arzachel y la tarea del jefe era lograr el alunizaje del zángano, un trabajo tan peliagudo como el alunizaje del mismo Azteca.

El lugar escogido para el alunizaje estaba en un área donde el suelo del cráter se hallaba roto por una serie de grietas, hendiduras profundas que los científicos de la Tierra esperaban que ofrecieran protección contra la caída de meteoritos. Debido a la falta de atmósfera, las partículas que caían del espacio, oscilando desde granos de polvo a enormes masas de rocas, eran más mortíferas que las balas en la Tierra. Constituían otro factor desconocido en aquel juego de azar en torno a la Luna. Un impacto directo, incluso de una simple partícula del tamaño de un perdigón, horadaría el traje espacial y produciría la muerte instantánea. Un impacto mayor podría averiar gravemente al cohete mismo. La tarea de Larkwell consistía en construir una cámara de descompresión en una de las grietas, con duraderos y ligerísimos bloques de plástico llevados en los zánganos. Semejante cámara de descompresión les protegería contra todo menos contra los meteoritos que cayeran verticalmente.

Crag se sentía casi humilde frente a la tarea que estaban emprendiendo. Sabía que su mente sólo podía captar una pequeña parte de los conocimientos que habían sido necesarios para hacer posible la expedición. El papel que ellos desempeñaban de hecho era el de ser meros agentes, extensiones protoplásmicas de un complejo de computadores, científicos y planes que habían tardado años en formularse, y de un hombre llamado Michael Gotch que había dicho:

“Alunizarán ustedes en Arzachel.”

Inició la fase cero ordenando a la tripulación que se pusieran sus trajes de presión. Prochaska tomó el mando mientras él se embutía en su mastodóntica indumentaria, haciendo una mueca cuando se encasquetó el pesado globo sobre los hombros. Más tarde, en los últimos momentos del descenso, se bajaría la mirilla y pondría presión en el traje. Hasta entonces necesitaba toda la libertad que la pesada indumentaria pudiera permitirle.

—Es posible que nos acostumbremos a esto —comentó Prochaska con una sonrisa mientras flexionaba los brazos en plan de prueba.

Larkwell gruñó:

—Espera hasta que te inyecten la presión. Entonces creerás que te ha entrado la rigidez cadavérica.

Crag se echó a reír.

—Nada de rigideces.

—Así sea.

Larkwell dio un pequeño salto de prueba y se dio un golpe con la cabeza en el bajo techo. Estaba riéndose tontamente cuando Nagel le advirtió en forma cortante:

—Otro trastazo de esos y tendrás que andar por la Luna sin traje de presión.

Insistió tercamente en examinar la parte superior del casco para ver si se había hecho algún daño.

Crag esperaba con fervor que no tuvieran necesidad de los trajes para el alunizaje. Cualquier daño que hiciera que el oxígeno del Azteca se escapase, significaría en sí una sentencia de muerte, aunque ésta pudiera aplazarse durante todo el largo período de tiempo que haría falta para morir de inanición forzosa. Una cabina espacial que se conservara intacta, representaba el único puerto de refugio en que podrían escapar de los embarazosos trajes el tiempo suficiente para satisfacer sus necesidades biológicas.

Imperceptiblemente, la sensación de peso fue volviendo, pero ya no era el peso del cuerpo en la

Tierra. Incluso sobre la superficie de la Luna no pesarían más que la sexta parte de su peso normal.

—Patrón, mira.

La exclamación de sorpresa de Prochaska hizo que los ojos de Crag se clavasen en el radarscopio. Bandido había hecho algunas ligeras correcciones en su rumbo.

—Están usando cohetes de dirección —murmuró Crag tratando de comprender el significado de aquello.

—Eso no tiene sentido —dijo Prochaska—. No pueden tener tanta fuerza como para permitirse ese lujo. Necesitarán toda la potencia para el alunizaje.

—Están haciendo travesuras —dijo Larkwell mirando por encima de los hombros de los otros dos y contemplando el radarscopio.

Crag reprimió una respuesta airada. Larkwell presintió el sofión y se alejó. Prochaska y Crag siguieron con los ojos pegados a la pantalla. Bandido maniobró hasta colocarse en una posición ligeramente a retaguardia y a un costado del zángano plateado. Crag miró por la lumbrera lateral. Bandido era claramente visible, un monstruoso cilindro perforando el vacío con fría precisión. Había algo ominoso en el aparato. Sintió que se le poma la carne de gallina y se le formaba un nudo en la garganta. Larkwell se colocó a su lado.

Bandido hizo otra pequeña corrección. Un vapor blanco salió disparado de su cola y el aparato empezó a moverse hacia adelante.

—Está usando fuerza de cohetes —gruñó Crag. —Maldito si sé lo que se proponen.

—A mí me parece que están locos. Se diría...

La voz de Prochaska se heló. Un punto diminuto se apartó de Bandido,

perforando el espacio hacia el zángano de plata.

—¡Una cabeza atómica! —rugió Crag con fría cólera.

Prochaska lanzó una maldición en voz baja.

Un segundo antes el zángano Capaz estaba allí, surcando serenamente el espacio. Al segundo siguiente se había desintegrado, estallando en fragmentos por explosiones internas. Segundos más tarde sólo algunos trozos del zángano eran todavía visibles.

Prochaska se quedó mirando a Crag con la cara lívida. El cerebro de Crag trabajaba al galope. Mentalmente examinó lo que había sucedido, barajando sus pensamientos hasta que quedó un hecho desnudo.

—Error en la identidad —dijo suavemente—. Han creído que se trataba del Azteca.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora esperemos que no tengan más cabezas atómicas —Crag rumió la posibilidad—. Considerando factores de peso, creo que no la tienen. Por otra parte, no tendría objeto alguno desperdiciar una cabeza atómica en un zángano.

—Esperémoslo así —Prochaska estudiaba a Bandido a través de la lumbrera y se humedecía los labios nerviosamente—. ¿No crees que deberíamos establecer contacto con la Base?

Crag pensó el asunto. A pesar de lo estrecho del canal de ondas, cualquier comunicación podría significar delatarse sin remedio. Pero, por otra parte, o Bandido tenía capacidad para destruirles, o no la tenía. Si era lo primero, ellos nada podrían hacer. Tomó una decisión y asintió mirando a Prochaska; luego empezó a poner en clave sus pensamientos.

Le costó trabajo hacer funcionar el comunicador. Finalmente obtuvo una débil señal de respuesta y envió entonces un breve informe. La Base se dio por enterada y cortó la comunicación.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Prochaska cuando Crag hubo terminado.

Crag se encogió de hombros y se volvió a la lumbrera lateral sin contestar. Bandido aparecía inmenso, un cohete ancho y largo de extraña nariz chata. Un monstruo que era tan mortífero como parecía.

—Es grande —admitió—. Mucho más grande que esta cáscara de nuez.

—Sí, es una verdadera nave de guerra —asintió Prochaska.

Añadió luego con una sonrisa torcida:

—En más de un aspecto.

Crag percibió un movimiento a su espalda y volvió la cabeza. Nagel estaba estudiando el radarscopio por encima de su hombro. La sorpresa iluminó su rostro estrecho.

—¿Y el zángano?

—Destruido —contestó Crag bruscamente—. Bandido tenía una cabeza atómica.

Nagel se quedó mirándole asombrado y luego se retiró a su asiento sin

decir palabra. Crag volvió su atención hacia el cohete enemigo.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Prochaska.

La respuesta fue solemne.

—Creo que habrá jaleo.

VIII

En un punto preciso del espacio, fijado por los computadores de la Base, Crag aplicó los primeros cohetes de freno. Se dio cuenta de que el acto había sido una inmediata llamada de atención para los ocupantes del otro cohete. No importaba, pensó. Más tarde o más temprano tendrían que descubrir que era el zángano lo que habían destruido. Lenta, casi imperceptiblemente, el recto vuelo fue disminuyendo en velocidad. Manejaba los cohetes con cuidado. No había combustible alguno de respeto, no se podía desperdiciar ninguna energía, no existía margen para el error. Todo había sido previsto con enorme anticipación; él era tan sólo el agente ejecutante.

La sensación de peso iba incrementándose gradualmente. Ordenó a Larkwell y a Nagel que se pusieran en sus asientos en la posición de cinturones ceñidos. El y Prochaska les siguieron poco después, pero dejó libres sus hombros para que sus brazos tuvieran la soltura que necesitaba indispensablemente al efectuar las intrincadas maniobras que tenía por delante.

La Luna se precipitaba hacia ellos a una velocidad aterradora. Su superficie era un áspero enrejado de blancos y negros, un paisaje de pesadilla de abismos y montañas retorcidas y rocas distorsionadas punteando las planas llanuras cercadas.

Era, pensó, la geometría de un maníaco. No había blandura alguna, ninguna transición de luces a sombras, sólo grietas terribles entre el blanco y el negro. Sin embargo, aquello tenía una belleza que le agarrotaba el espíritu, la salvaje y fuerte belleza de una naturaleza que no ha sido tocada por la vida. Ningún ojo había visto el dosel del cielo desde la lívida superficie de allá abajo; ninguna flor se había mecido nunca en una brisa lunar.

Prochaska le dio un golpe en el brazo y señaló a la pantalla. Bandido estaba casi frente a ellos. Crag asintió comprendiendo.

—No tienen más cabezas atómicas.

—Creo que hemos tenido mucha suerte —corroboró Prochaska con una mueca.

Miraban... aguardaban... sin pensar en el tiempo. Crag sentía la tensión que iba creciendo en su interior. De cuando en cuando, miraba el cronómetro deseando que llegara el momento de actuar. La espera parecía interminable. ¿Minutos u horas? Había perdido la noción del tiempo.

De pronto, sus manos y su mente se vieron ocupadas con los cohetes de freno, las esferas, los contadores... Un momento antes la Luna había sido un gigante pálido en el cielo; al momento siguiente llenaba el horizonte. El efecto resultaba asombroso. El limbo de la Luna, visto como un bajo horizonte curvado, no tenía ya nada de disco. Aparecía como un áspero arco de dientes de sierra que le recordaba un poco la Pista de Golf del Diablo en el valle de la Muerte de California. Era lúgubre y maravilloso, y ligeramente aterrador.

Prochaska manipuló la cámara automática para registrar las fases orbitales y de alunizaje. Enfocó primero el cráter de Ptolomeo, cerca de la línea central del disco. Crag hizo una pequeña corrección con los cohetes de dirección. El cohete enemigo procedió de la misma forma. Prochaska soltó una breve y áspera carcajada sin alegría alguna.

—Parece como si fuéramos nosotros quienes les estuviésemos pilotando. ¡Caramba! lo menos que podía esperarse de ellos era que supiesen realizar su propia navegación.

—Eso demuestra la confianza que tienen en nosotros —replicó Crag.

Iban deslizándose velozmente por encima de Ptolomeo, un cráter de ciento cuarenta kilómetros de diámetro cercado por paredes de mil metros de altura. El cráter huyó bajo ellos. Al sur estaba el cráter Alfonso; y un poco más al sur, Arzachel, con paredes altas de tres mil quinientos metros bordeando su enorme interior deprimido.

Prochaska observó complacido:

—Bonita arruga esa. Va a darnos algo que hacer.

—Y que lo digas.

—Empiezo a experimentar la sensación de ¿qué diablos estoy yo haciendo aquí?

—Yo ya la he pasado —confesó Crag.

Sólo consiguieron dar un vistazo pasajero a Arzachel antes de que se les quedara a popa. Crag palpaba de cuando en cuando los mandos de los cohetes de freno, suave, meticulosamente, pasando sus miradas del altímetro de radar al velocímetro, mientras que el jefe le iba proporcionando los datos de rumbo.

El lado de atrás de la Luna estaba empezando a mostrarse a la vista, la cara de la Luna no contemplada jamás por ojos humanos. Prochaska lanzó un débil silbido. Una gigantesca fila de montañas, entrelazadas con valles y abismos, se alzaba hasta unos diez mil metros de altura en el paisaje lunar. Largas rayas de ocre y marrón marcaban sus costados, el primer color que habían visto en la Luna. Planas mesetas almenadas entre los picos veíanse moteadas con extrañas estructuras monolíticas, casi geométricas en su distribución.

Prochaska estaba registrando la escena con la cámara automática. Crag se volvió varias veces para dirigir a Nagel y a Larkwell algún gesto tranquilizador, pero en todo momento les vio ocupados con las lumbreras laterales, sin que tuvieran en cuenta sus miradas. Para sorpresa suya, el rostro de Nagel tenía una expresión embelesada, casi soñadora, completamente absorto por los fuertes paisajes de abajo. Larkwell también estaba paralizado por el asombro.

Las melladas montañas iban a descender a un gran mar, mayor incluso que el Mare Imbrium, y, como el Mare Imbrium, despojado de toda vida. Un enorme cráter surgía de su centro, alzándose hasta seis mil metros de altura. Más allá se extendían nuevas montañas. El terreno existente entre ellas era un

salvaje amasijo de rocas, un lugar de profundísima desolación. Crag se sentía fascinado y deprimido al mismo tiempo. El Azteca estaba cerrándose en torno a la Luna en una apretada espiral.

El exótico paisaje se hacía más visible por momentos. Tuvo que repartir su atención entre los cohetes freno y los diversos instrumentos, tratando de lanzar una que otra mirada rápida a la pantalla. Prochaska se dio cuenta de su gesto.

—Bandido está por encima de nosotros —confirmó.

Crag soltó un taco y Prochaska sonrió. Le gustaba oírle gruñir y tenía eso por un buen síntoma.

Crag miró preocupado el altímetro de radar y pulsó con más fuerza los mandos de los cohetes de freno. La rápida deceleración les produjo el efecto de haber aumentado de peso, empujándoles con fuerza contra sus correajes de pecho.

Halló difícil realizar los precisos movimientos de la mano que eran necesarios. El Azteca estaba cayendo con una rapidez aterradora. Iban rebasando muchas más montañas, algunos mares, pocos cráteres, y varios grandes abismos. El tiempo había perdido toda significación, había cesado de existir. La profunda lobreguez de la otra cara de la Luna arrebataba su imaginación. La veía como el desafío supremo, cuya magnitud le cortaba el aliento. El era Hernán Cortés adentrándose en el país de los aztecas. Más aun, puesto que en este áspero terreno solitario nunca se había sentido el soplo de la vida. Ningún Hacedor benévolo parecía haber creado aquel caos. Era un infierno sin fuego, un infierno de una especie jamás conocida en la Tierra. Era la obra de una Naturaleza extravagante, una Naturaleza enloquecida cuya arcilla de moldear hubiera sido la lava en fusión.

Agitó los mandos, moviéndolos más aprisa, manteniéndolos firmes. Los cohetes-freno sacudían a la nave pasando sus chorros bajo los mamparos con un débil rugido. El terreno se iba alzando rápidamente. Pero todavía el paisaje huía, seguía huyendo en instantes que semejaban días.

Prochaska anunció con asombro:

—Ya hemos recorrido la cara oculta. Estamos en la zona de alunizaje, patrón.

Crag asintió ceñudamente, pensando que la cosa iba a ser muy difícil. Cada segundo, cada fracción de segundo habría de ser tomada en cuenta. No cabía margen para el error. No había ninguna segunda oportunidad. Comprobaba y volvía a comprobar los instrumentos, haciendo juegos de equilibrios entre la velocidad y la altitud.

Ptolomeo, ancho de ciento cuarenta kilómetros, venía de nuevo en su busca. Crag lanzó una mirada a través de la claraboya del suelo. Era un inmenso platillo, nivelado en el fondo, cercado por bajos acantilados que parecían estar esculpidos en obsidiana. El suelo estaba resquebrajado por abismos irregulares y puntuado por finos y altos pináculos. Se alejó y Alfonso se precipitó a encontrarles. El Azteca estaba descendiendo aprisa. ¿Demasiado

aprisa? Crag miraba preocupado el radaraltímetro y accionó con más fuerza los mandos de los cohetes-freno. Alfonso desfiló con más lentitud. Volaban hacia el sur, una delgada aguja en los cielos lunares.

—¡Arzachel...!

Exhaló el nombre casi con un suspiro reverente.

Prochaska lanzó una mirada por la lumbrera de babor antes de consultar precipitadamente los instrumentos. ¡Diez mil metros! Miró inquieto a Crag. El suelo pasaba bajo ellos a una velocidad fantástica. Parecían estar cayendo cada vez con mayor rapidez. La dura faz del satélite se alzaba rabiosa a su encuentro.

—¡Cinco mil metros! —susurró Prochaska.

Crag asintió con la cabeza.

—¡Cuatro mil... tres mil quinientos... tres mil...!

El jefe continuaba cantando las lecturas de altitud con voz reprimida. Hasta entonces había parecido que era la faz de la Luna la que se alzaba hacia el Azteca. De repente, todo cambió: ahora era el Azteca el que se precipitaba a lo largo del terreno hostil, lanzado en una caída frenética.

—¡Mil... ochocientos...!

Pasaron disparados sobre un blanco acantilado que descendía sus buenos tres mil metros. A su base empezaba la llanura de Arzachel.

Con el rabillo del ojo, Crag vio que Bandido estaba en la misma línea que ellos. Pero más alto... mucho más alto. Ahora estaba aguzándose en el cielo negro púrpura, exactamente por encima de sus cabezas. Realizó una rápida y automática comprobación de los instrumentos. Los cohetes-freno estaban llameando vivamente. Colocó una mano en los mandos de los cohetes de dirección.

El minuto cero estaba echándosele encima. Bandido les precedía, pero a mayor altura. Pensó que aquello podría ser un final instantáneo. De repente, se acordó de la placa facial y la cerró de golpe, abriendo luego la válvula de aire. El traje se le puso rígido sobre el cuerpo y le entorpeció las manos. Maldijo en voz baja y miró de reojo a Prochaska. Este parecía luchar con la misma dificultad. Crag se las arregló para lanzar un rápido vistazo por encima del hombro a Larkwell y a Nagel. Todo parecía estar perfectamente.

Hizo una inhalación profunda y aplicó la deceleración total con los retro-propulsores de frenado, al mismo tiempo que empezaba a manipular los mandos de los cohetes de dirección. La nave vibró de popa a proa. La parte delantera de babor se movió hacia arriba; la cara de la Luna resbaló y desapareció. Bandido se había perdido de vista. La nave tembló, se estremeció y dio un respingo violento. Crag se vio arrojado hacia adelante.

El Azteca empezó a descender, primero la cola. Fue un momento turbador. Los cohetes-freno de popa, expulsando humo, tronaban a través de la cubierta. El humo ponía una cortina a las lumbreras. La cabina vibraba. Enderezó el morro con los cohetes de dirección, dejando que la nave cayese en actitud vertical, la cola primero. Lanzó una mirada al radaraltímetro y

pulsó un botón.

Un servomecanismo instalado en alguna parte de la nave puso en marcha un pequeño motor. Un andamiaje metálico tubular fue proyectado por detrás de la cola, extendiéndose unos seis metros antes de quedar en una posición fija. Era un mecanismo amortiguador destinado a absorber la energía generada por el choque del alunizaje.

Prochaska miraba preocupado por la lumbrera de babor. Crag siguió la dirección de sus miradas. Pequeños detalles en la llanura de Arzachel iban aumentando de tamaño: pozos, grietas, bajos lomos de roca... De pronto, la llanura se convertía en una realidad impresionante. Dedos rocosos se alzaban para atraparles. Dobló la cabeza hasta conseguir ver a Bandido. Estaba bajando, la cola primero, pero todavía se hallaba alto en el cielo. Demasiado alto, pensó. Dirigió una rápida mirada al radaraltímetro y pulsó de nuevo toda la batería de los cohetes de freno. La fuerza ejercida sobre su cuerpo le pareció intolerable. La sangre se le agolpó en la cabeza, empañándole la vista. Sus oídos zumbaron y su columna vertebral pareció estar soportando un peso gigantesco. La presión fue disminuyendo y el suelo empezó a ascender más lentamente. Los cohetes estaban funcionando con regularidad.

Durante una fracción de segundo, la nave pareció colgar en mitad del aire. Luego aquello fue seguido por un choque violento. La cabina se tambaleó, luego quedó inmóvil sobre la llanura, al ser lanzada cuando funcionó el andamio que les proyectó desde la cola. El choque les empujó duramente contra sus asientos. Se quedaron aturdidos unos segundos antes de darse cuenta de lo que había sucedido. ¡Estaban en el suelo, vivos!

Crag y Prochaska comenzaron simultáneamente a desatarse los cinturones de seguridad. Crag fue el primero. Dio un salto hacia la lumbrera de babor con el tiempo justo para ver los últimos segundos del alunizaje de Bandido. Este descendió con demasiada rapidez, una aguja perpendicular clavándose en la superficie de la Luna. Las llamas brotaron de sus cohetes-freno; un humo blanco envolvió su morro.

A prisa... con demasiada prisa, pensó. De pronto, la llama reventó hacia fuera. Error en el combustible. El pensamiento pasó por su mente en un relámpago. El combustible que Bandido había desperdiciado en el espacio al maniobrar para destruir al zángano, le había dejado corto de potencia su sistema de cohetes freno. La nave pareció quedarse colgada en el cielo durante una fracción de segundo antes de precipitarse de golpe, estrellándose en el duro paisaje lunar. El jefe se había puesto a su lado con el tiempo justo para presenciar el aplastamiento.

—Ya van bien servidos —dijo—. No puedo tenerles lástima.

—Se lo tienen muy merecido —gruñó Crag.

Se dio cuenta de que Nagel y Larkwell se acercaban para echar una mirada y cortésmente se retiró a un lado, sin apartar sus ojos de la escena. Trató de calcular la distancia a que estaba Bandido.

—Des tres a cuatro kilómetros —apreció en voz alta.

—No puedes calcular en este vacío —le advirtió Prochaska—. Los ojos gastan bromas. Espera; probaré con el radar.

Un momento más tarde volvió del instrumento con expresión admirada.

—Cerca de los cinco kilómetros. Un poco lejos para una visita.

Crag se echó a reír con una plácida risa de complacencia, y dijo:

—Me gustaría estirar un poco las piernas. ¿Hay algún voluntario?

—La libertad nos llama —se puso a cantar Prochaska—, A tierra los que vayan a tierra. Esperan los amigos.

—También yo estoy un poco cansado de esta lata de sardinas —dijo Larkwell—. Vamos a echar una cana al aire. Me gustaría ir a la ciudad.

Se produjo un murmullo de asentimiento. Nagel, que estaba comprobando el indicador de la presión de oxígeno, expuso afirmativamente:

—No hay filtraciones.

—Magnífico —dijo Crag aliviado.

Durante un momento pareció sentirse alegre, pero el buen humor desapareció pronto. Se presentaba un duro trabajo por delante, una gran fatiga.

—Comprobad la presión de los trajes —ordenó.

Aguardaron un momento mientras comprobaban la presión, ajustaban los interfonos y se acostumbraban a la disminución de peso del cuerpo antes de que Crag se dirigiese a la portilla. Prochaska les recomendó insistentemente que tuviesen cuidado con sus controles de temperatura.

—Va a hacer bastante calor ahí afuera.

Crag asintió, leyó la temperatura que marcaba su esfera y empezó a abrir el portillo. La palanca de cierre resistió sus esfuerzos unos momentos. Tanteó los pernos que aseguraban la puerta. Varios de ellos parecían estar aplastados. El pánico rozó su mente. Estiró el cuerpo apretando con toda su fuerza contra una de las palancas del cierre. La palanca funcionó, luego la otra. Aflojó el último tomillo encajado contra la manguera de escape del aire. El portillo se abrió con una explosión.

Permaneció un momento de pie mirando al suelo, distante unos seis metros. El armazón metálico, encogido ahora bajo la cola, había realizado su misión. Había chocado al caer y de esa forma había absorbido una gran cantidad de energía de impacto que, de otra forma, habría sido absorbida por el cuerpo del cohete con posible daño para la cabina espacial.

Las aletas de cola del Azteca estaban enterradas en lo que parecía ser una ceniza pulverulenta. El cohete estaba ligeramente escorado, pero no en forma peligrosa, pensó. Larkwell sacó la escalerilla de cuerda prevista para el descenso y empezó a dar signos de actividad. Ahora le tocaba a él el turno de lucirse. Afianzó la escalera en dos ganchos y dejó caer al suelo el otro extremo. Probó la resistencia, tensó la escalera y se volvió hacia Crag.

—Cuando el señor guste —dijo con aire burlón.

Crag esbozó una mueca y empezó a descender por la escala. Era un trabajo incómodo. El volumen y la rigidez de su traje hacían que sus movimientos resultaran inciertos y difíciles. Descendió lentamente, tanteando

con el pie cada peldaño. Vaciló en la última barra, pensando: *¡Ahora es!* Dejó que su pie rozara la superficie un momento antes de posarlo en la blanda capa de ceniza, luego anduvo unos cuantos pasos, metiéndose hasta el tobillo en un fino polvo gris. El primer pie humano que tocaba a la Luna, pensó. El primer pie humano que daba un paso fuera del mundo. Sí, la raza humana estaba en marcha, guiada por Adam Philip Crag. Se sintió satisfecho.

Se le ocurrió luego la idea de que no era él el vencedor verdadero. Aquel honor correspondía a un hombre situado a 384.500 kilómetros de distancia. Gotch había conquistado a la Luna. Había sido el coronel de ojos opacos el que había dirigido la conquista. El, Crag, era un mero soldado de Infantería. Alguien de la tropa. Inmediatamente se sintió humilde.

Prochaska fue el que bajó a continuación, seguido por Nagel. Larkwell fue el último. Permanecieron en un semicírculo, mirándose unos a otros, impresionados por lo que acababan de hacer. Ninguno de ellos hablaba. Lanzaban sus miradas en torno, ávidamente, sobre la llanura, maravillándose por el mundo del que acababan de tomar posesión. Era un mundo lúgubre y hostil, encajado dentro de un cuenco cuyo interior, enormemente hundido, estaba alternativamente helado y abrasado. Al norte del punto donde se hallaban, el lomo de Arzachel se elevaba hasta los tres mil metros, derramándose luego curvadamente sobre el horizonte al este y al oeste. La llanura que corría hacia el sur era una llana extensión gris puntuada de vez en cuando por alguna que otra loma rocosa y por sombríos y aguzados pináculos, algunos de los cuales se erguían hasta alturas aterradoras.

Al sudeste un largo y estrecho espinazo de rocas se alzaba y se arrastraba sobre el suelo del cráter durante varios kilómetros antes de hundirse de nuevo en su lecho de ceniza. Crag calculó que una línea recta hacia Bandido pasaría justamente por el extremo sudoriental de aquel espolón. Otra formación rocosa dominaba la extensión de la llanura dirigiéndose ya hacia el sur. Se alzaba, curvándose sobre el suelo del cráter, como la columna vertebral de un lagarto gigantesco: una gran media luna con los cuernos apuntando hacia donde ellos se encontraban. Prochaska la bautizó inmediatamente con el nombre de “Lomo Espinazo”, apelativo que prevaleció.

De pronto, Crag se acordó de lo que tenía que hacer, y carraspeó significativamente en su micrófono labial. El grupo guardó silencio. El comandante dirigió la mirada a los distantes acantilados del norte y empezó a recitar:

—Yo, Adam Crag, por la autoridad que me ha sido conferida por el Gobierno de los Estados Unidos de América, proclamo que este terreno, así como todos los terrenos de la Luna, son territorio legal de los Estados Unidos de América, dominio de los Estados Unidos de América, sujetos a su Gobierno y a sus leyes.

Cuando hubo acabado, permaneció inmóvil unos momentos.

—Para el expediente, éste será el Campo Pickering. Creo que a él le

habría gustado eso —añadió.

Tenía un nudo en la garganta. Prochaska dijo con calma:

—A Gotch también le gustará. ¿No será mejor registrar todo esto y transmitirlo a la Base?

—Ya está todo registrado —repuso Crag con una sonrisa—. Todo menos lo referente al Campo Pickering. Gotch lo escribió personalmente.

—Vaya un tío confiado —sonrió Larkwell—. Tenía mucha más fe que yo.

—Especialmente en cuanto a la forma que tendría el patrón de colocar en el suelo a este cacharro —intervino Nagel.

Se produjo un silencio embarazoso que Prochaska cortó diciendo con frialdad:

—Esperemos que tu cometido en cuanto al oxígeno sepas cumplirlo con la misma perfección.

Nagel le miró provocativamente pero no replicó.

Larkwell había estado estudiando el terreno.

—Me gustaría que el Capaz hubiera conseguido alunizar —dijo pensativamente—. Quisiera poder empezar ya a construir la cámara de descompresión. Va a ser un trabajo de mil pares de demonios, pero bonito.

—Amén. —Crag paseó su mirada por la llanura cubierta de cenizas— Los científicos aseguran que la caída de meteoritos puede ser nuestro mayor peligro.

—No, si seguimos el plan de construir la cámara en una grieta —replicó Larkwell—. Entonces el peligro vendría sólo de los trozos de roca que vinieran exactamente desde arriba.

—De acuerdo. Pero sigue en pie el hecho de que hemos perdido el Capaz. Tendremos que vivir en el Azteca hasta que llegue el zángano Panadero.

—Si lo hace.

—Lo hará —contestó Crag muy convencido.

El alunizaje perfecto que habían hecho le había llenado de confianza. Conseguirían que Panadero y Carlitos, por ese orden, alunizaran con la misma perfección. Localizarían una cornisa a propósito, luego construirían allí un refugio para protegerlos contra el peligro de los meteoritos. Eso era lo que tenían que hacer: primero uno, luego otro y otro.

—Lo cierto es que les hemos derrotado —observó Prochaska, pero su voz no iba de acuerdo con la certidumbre expresada en sus palabras.

Crag dijo por su parte:

—Me pregunto si no podríamos calibrar ese peligro. Puede que no sea tan grave...

—¿A qué te refieres? —preguntó Prochaska con curiosidad.

—No hay viento, no hay aire, no hay ninguna fuerza externa que pueda alterar la capa de ceniza, excepto los meteoritos. Cualquier impacto dejaría una huella. Podríamos jalonar una zona determinada y comprobar al cabo de

un par de días si se había producido alguna variación por caída de cuerpos extraños. Eso nos daría una idea de hasta qué punto el peligro es grande o insignificante. —Se quedó mirando a Prochaska cara a cara—. ¿Qué te parece?

—Pero es que la ceniza misma es, en parte, polvo de meteorito —protestó Prochaska.

—Lograríamos, al menos, registrar los golpes más grandes, los que podrían destruir al cohete.

—Ya nos daremos cuenta si hay algún golpe. Y estoy seguro de que lo habrá —profetizó Larkwell sombríamente.

—Pero también puede ser que no nos demos cuenta —dijo Nagel—. Supongamos que lo que cae tiene el tamaño de una cabeza de alfiler. El aire se nos escaparía y no nos daríamos cuenta hasta que fuese ya demasiado tarde.

Crag replicó con tono decisivo:

—Eso significa que tendremos que mantener una vigilancia constante sobre el manómetro.

—Eso no servirá de nada si es un pedrusco grande —objetó Prochaska pasando las suelas sobre las cenizas—. Esto es tan desconcertante como un cálculo de probabilidades.

—Demasiados azares para mí —opinó Larkwell—. Debí de tener serrín en la cabeza cuando me presenté voluntario para este viajecito.

—Mucho músculo y poco cerebro —replicó Crag con una sonrisa torcida—; eso es lo que se necesita para el espacio.

Prochaska sugirió entonces:

—Deberíamos comunicarle a Gotch que ya tiene unas cuantas hectáreas más.

—Tienes razón. —Crag vaciló un momento—. Luego iremos a reconocer a Bandido.

—¿Para qué? —preguntó Larkwell.

—Puede que haya algunos supervivientes.

—Déjalos que se pudran —gruñó Nagel.

—Eso soy yo quien tengo que decidirlo —repuso Crag fríamente.

Se quedó mirando con dureza al hombre del oxígeno.

—Todavía somos humanos —añadió.

Nagel contestó con brusquedad.

—No son más que unos malditos asesinos.

—Razón de más para que no lo seamos nosotros.

Crag se volvió hacia la escalerilla. Cuando llegó a ella se detuvo y miró al cielo. El Sol era un círculo preciso de intolerable luz blanca colocado en medio del ébano del espacio. Las estrellas parecían estar muy próximas.

La cabina espacial parecía una cámara de vacío. Por sugerencia de Nagel, habían puesto la presión a un mínimo vital para preservar el oxígeno. Cuando se despojaron de sus trajes, Prochaska se ocupó de la radio. Le costó trabajo ponerse en comunicación con la Base Alpina, teniendo que trabajar

varios minutos antes de conseguir una señal de escucha. Cuando se logró la conexión, Crag se colocó en el puesto de Prochaska y conectó su auricular-micrófono de inserción. Estuvo escuchando unos momentos la débil voz ligeramente metálica, antes de identificarla como la de Gotch. Pensó: *El Viejo debe estar viviendo en el cubil de la radio.* Se ajustó el casco y envió un largo informe.

Si Gotch estaba contento por el cumplimiento de sus sueños, fue cosa que ocultó cuidadosamente. Felicitó a Crag y a la tripulación, expresándose en términos solemnes y precisos, y casi inmediatamente se lanzó a considerar una serie de cuestiones relacionada con la conducta a seguir. Crag se quedó asombrado por la reacción del coronel. ¡Cielo santo! Debía estar loco de alegría, dando brincos, bailando en la centralilla. En lugar de eso, estaba hablando con el tono profesional de siempre. Gotch dejó a elección de Crag el intentar o no una expedición de salvamento.

—Pero de ninguna manera si han de correr ustedes algún peligro —añadió.

Le informó de que el zángano Panadero había despegado sin novedad.

—Estén dispuestos a recibirlo —advirtió—. Y una vez más mi enhorabuena, comandante. —Hubo una pausa—. Creo que Campo Pickering es un nombre adecuado.

La voz en los auriculares se extinguió y Crag se halló escuchando los parásitos radiofónicos del espacio. Se quitó el auricular de casco y se volvió hacia Nagel.

—¿Cuánto oxígeno necesitaría un hombre para llegar a Bandido y volver, suponiendo una distancia total de doce kilómetros?

—No está tan lejos —le recordó Prochaska.

—Pero puede haber rodeos.

—Con un cilindro extra habría suficiente.

—Muy bien; iremos Larkwell y yo. Tú y Proschaska os quedáis aquí—. Captó la expresión de sorpresa en el rostro del jefe—. Puede haber mensajes —explicó.

Particularmente, había decidido que ningún hombre de la tripulación se quedaría solo mientras el misterio de la bomba de relojería no estuviese aclarado.

Prochaska asintió. El acuerdo le parecía sensato. Nagel estaba complacido de que no le obligaran a darse aquella caminata. En cambio, Larkwell parecía alegrarse de que le hubieran elegido.

IX

En la Luna no hay ni alba ni ocaso, no hay atmósfera que recoja y expanda la luz del Sol. Cuando acaba la noche lunar, una noche que tiene la duración de dos semanas terrestres, el Sol, simplemente, sale disparado por encima del horizonte aportando su calor intolerable. Pero el cielo permanece negro, negro y salpicado de estrellas que brillan con una luz desconocida en la Tierra. Por las noches la temperatura es de 117 grados bajo cero; de día reina el calor más que suficiente para hace hervir al agua. Sin embargo, el Sol no es más que un intenso círculo de blancura alzado en un cielo negrescente. Era un mundo con el que Crag apenas había podido soñar, un mundo extraño, hostil, de fantástica arquitectura, un mundo extravagante, distorsionado por una Naturaleza rebelde.

Crag se detuvo para ajustar el control de temperatura en su traje. Empezó a fruncir la frente cuando se acordó del casco. Larkwell vio el gesto, y tras la gruesa lámina facial sus labios esbozaron una mueca.

—Anda, olvídatelo aquí —desafió.

—En esta maldita Luna va a haber que acostumbrarse a un montón de cosas —dijo Crag lanzando una mirada por la lúgubre llanura—, ¡Y han enviado a cuatro hombres a conquistarla!

—Todavía no está conquistada —objetó Larkwell con presteza.

La respuesta de Crag fue una reflexión sobria.

—No, no lo está —dijo plácidamente.

Contempló el cielo cargado de hollín, admiró sus farolillos mágicos y luego bajó nuevamente la vista hacia la llanura.

—¡Vámonos!

Era el amanecer, amanecer en el sentido de que el Sol acababa de trepar sobre el horizonte. El alunizaje había sido planeado para la salida del sol, la línea que dividía la noche del día, con objeto de darles el beneficio de un día de dos semanas, antes de otro asalto instantáneo de la noche.

Se movían lentamente sobre el suelo cenizoso del cráter, dando, de vez en cuando, algún rodeo a pequeñas lomas o enrevesadas formaciones de rocas. A pesar de los embarazosos trajes y de la carga del cilindro extra de oxígeno que cada uno de ellos llevaba, avanzaban a buen ritmo. Crag abría camino con Larkwell a su zaga, dirigiéndose hacia el lugar donde el cohete enemigo había caído desde el cielo. Tuvieron que detenerse varias veces para descansar y regular sus controles de temperatura. A pesar de la indumentaria protectora, pronto empezaron a sudar y a jadear, cortándoseles el aliento con la sensación del a asfixia. Crag sentía cómo el sudor le corría a chorros por el cuerpo, y empezó a sentir picores, sensación que era casi una tortura.

—Esto no va a tener nada de “picnic” —se quejó Larkwell.

Su voz sonaba agotada en los auriculares. Crag gruñó sin responder.

Sus pies levantaban montoncitos de polvo que caían con la misma rapidez que se alzaban. Como gotas de agua, pensó. Se preguntó cuánto tiempo podrían resistir aquel calor. ¿Les sería posible adaptar sus cuerpos a aquel ambiente? ¿Qué pasaría con el frío nocturno? Las preguntas le tenían preocupado. Trataba de imaginarse lo que sería pasar del hirviente calor diurno al frío mortal de la noche en el espacio de pocos segundos. ¿Podrían soportarlo? Se sonrió a sí mismo con una mueca. ¡Ya lo verían!

En el alto siguiente se volvieron para mirar el Azteca.

—Parece que no avanzamos nada —observó Larkwell.

Crag contempló el cohete. El otro tenía razón. La nave aparecía tan ancha y próxima como siempre.

—Es que te engaña la vista —dijo—. Es otra de las cosas a las que tendremos que acostumbrarnos.

Dejó que sus ojos resbalaran por la llanura. Estaba bañada en una luz cegadora que ni siquiera sus pantallas antideslumbrantes lograban disminuir. Cada roca, cada ribazo, arrojaba largas sombras negras perfilándose como siluetas de ébano contra la ceniza blanca. No había grises, no había ninguna sombra intermedia. Todo era o blanco o negro. Los ojos empezaron a dolerle y apartó la vista del espectáculo. Dirigió a Larkwell un signo de asentimiento y reanudó la marcha. Avanzaba con la cabeza gacha cuando, súbitamente, se detuvo. Una grieta bostezaba a sus pies.

—Demasiado ancha—observó Larkwell acercándose con precaución.

—Sí —contestó Crag indeciso.

La hendidura tenía cerca de seis metros de ancho y su fondo se perdía en negras sombras.

Larkwell estudió la grieta con profunda atención y después anunció:

—Podría ser el barranco que necesitamos para la cámara de descompresión. Si no es demasiado profundo —añadió.

Cogió un pedruzco y lo arrojó por encima del filo, aguardando expectante. Crag soltó una risita. El hombre encargado de la cuestión de las construcciones se había olvidado de que el sonido no puede transmitirse en un medio ambiente vacío.

Larkwell escuchó en sus auriculares el sonido de la risa y sonrió turbado. Dijo sencillamente:

—Una cosa más que hay que aprender.

—¡Tendremos que aprender muchísimas!

Crag miró a uno y otro lado. A la derecha, el abismo parecía estrecharse y, aunque esto no era seguro, acabar allí.

—Probemos por ese lado —sugirió.

Larkwell asintió expresando su conformidad. Caminaron a lo largo del filo de la grieta, andando lentamente para ahorrar energías. La llanura se iba haciendo más desigual. Pequeños montones de negras rocas cristalinas moteaban las cenizas, haciéndose más numerosos a medida que el avance progresaba. De vez en cuando, agujas que parecían dientes de sierra se

alzaban hacia el cielo. Varias veces se detuvieron para volver la mirada hacia el Azteca. Era un negro cilindro, más pequeño, pero que parecía estar igual de cerca que antes.

La suposición de Crag resultó acertada. El barranco se estrechaba abruptamente y terminaba en la base de una pequeña loma. Las dos naves-cohete estaban ahora ocultas por las rocas intermedias. Vaciló antes de seguir andando y de dejar el Lomo Espinazo a su derecha. El terreno se iba haciendo gradualmente más desigual. Tuvieron que avanzar cerca de dos kilómetros antes de poder ver de nuevo al Azteca. Se detuvo con la sensación de que había algo que estaba mal. Larkwell lo expresó en palabras.

—Estamos perdidos.

—Perdidos no, pero sí fuera de ruta.

Crag se tomó un momento para ordenar su carga y luego siguió andando sin dejar de pensar que la provisión de oxígeno no podía permitirles muchos errores de esta clase.

—¿Cómo le va, patrón?

Crag se sobresaltó antes de acordarse que Prochaska y Nagel estaban enlazados con ellos por los interfonos.

—Hecho polvo —le contestó.

Le hizo un breve relato.

—Se me ocurrió pensar que podría ayudaros guiándoos. Colaboraré empleando la pantalla —dijo Prochaska.

—Es verdad —exclamó Crag asombrándose de que no se les hubiera ocurrido antes una cosa así.

Una cosa era cierta: tenían que empezar por recordar un montón de detalles. Después de aquello, fueron haciendo rectificaciones de rumbo con Prochaska cada cuatro o cinco minutos.

El terreno iba cambiando constantemente a medida que progresaban. Había momentos en que estaba nivelado y polvoriento de ceniza; al siguiente, se veía surcado por pequeños lomos rocosos y grietas entrelazadas. Los minutos se extendían en lo que parecían ser horas y era preciso detenerse de vez en cuando a descansar. Crag iba abriendo camino a lo largo de una pequeña quebrada cuando la voz de Larkwell le dejó clavado en el sitio.

—Comandante, estamos olvidándonos de una cosa.

—¿De qué?

—De los contadores de radioactividad. El mío está cantando una cancioncita que no me gusta nada.

—No es cosa para preocuparse —le aseguró Crag—. Los minerales brutos no son tan potentes como para eso.

Sin embargo, desenroscó su contador y examinó el indicador. Larkwell tenía razón. Estaban en terreno caliente, pero la indicación era baja.

—No nos molestará mucho —afirmó jovialmente con tono decidido.

La respuesta de Larkwell fue un gruñido. Crag inspeccionó el instrumento varias veces, pensando que no transcurriría mucho tiempo —

cuando se hubiesen asentado en algún sitio— en que pudieran marcar los límites del venero. Gotch necesitaría aquel dato. El indicador subió ligeramente. Hubo un momento en que Crag sorprendió a Larkwell consultando nerviosamente su contador. Estaba claro que el hombre de las construcciones no se sentía muy contento en aquella posición. Crag estuvo a punto de decirle que había leído demasiados suplementos dominicales, pero se contuvo.

Prochaska se puso al habla.

—Estáis acercándoos —Su voz era un débil susurro en los auriculares —. Quizá sería mejor que os aproximarais con cautela.

Crag se acordó del final del zángano Capaz y asintió silenciosamente. A partir de entonces, mantuvo los ojos bien abiertos. Treparon por una pequeña loma y vieron a Bandido. Hizo alto bruscamente, aguardando a que Larkwell se pusiese a su lado.

El cohete estaba en la base de la cuesta que descendía ante ellos. Estaba escorado en un ángulo violentísimo y con la base estrujada. Una amplia hendidura claramente visible partía del centro y llegaba hasta el morro. Crag estudió el cohete cuidadosamente.

—Es posible que todavía tengan oxígeno en la cabina espacial —se aventuró por fin a decir—. La rotura en la cubierta puede que no haya llegado tan lejos.

—Sí ha llegado —le contestó Larkwell.

Sus ojos, adiestrados en los trabajos de construcción, habían notado pequeñas fisuras en el metal que se extendía a los lados de la escotilla.

—Ahí dentro no hay supervivientes —gruñó.

Crag replicó reflexivamente:

—Podría haberlos si se hubieran puesto a tiempo los trajes de presión. Y seguramente se los pusieron —añadió.

Vaciló antes de lanzarse por el claro, luego empezó a bajar la cuesta. Larkwell le fue siguiendo con lentitud. Cuando se acercó al cohete, Crag vio que éste carecía de todo tipo de artefacto amortiguador para absorber el impacto del alunizaje. Por lo menos, aquello había podido mantenerse en secreto, pensó. Estaba preguntándose cómo conseguiría llegar hasta la cabina espacial cuando Larkwell se encargó de resolver el problema. De uno de los bolsillos de la pierna sacó una delgada cuerda de nylon y empezó a desenrollarla. Crag sonrió aprobadoramente.

—Nunca se puede ir sin una de estas cosas en los trabajos de construcción —explicó Larkwell.

Se puso a estudiar el cohete.

—Quizá consiga amarrar esto en la parte alta de esa aleta de cola que está doblada y luego abrirme camino aprovechando la grieta de la envoltura.

—Déjame probar a mí —se brindó Crag, en vista de que la trepa parecía arriesgada.

—Esto es asunto mío —gruñó Larkwell.

Alzó la mirada hacia la nave antes de arrojar la cuerda. Se mostró sorprendido al ver que la había arrojado muy por encima del blanco previsto.

—Otra vez me he olvidado de lo escasa que es aquí la gravedad —se disculpó.

Probó de nuevo. Al tercer intento logró afianzar la cuerda por encima de la desgarrada aleta de cola. Se frotó las manoplas contra el traje y luego empezó a subir, trepando torpemente, viéndose exagerado cada movimiento por la indumentaria voluminosa. Subía despacio, tanteando cada paso. Crag le miraba conteniendo el aliento. Larkwell iba agarrado a la cuerda, con el cuerpo hacia adelante, en un suave balanceo, plantados los pies contra la vertical envoltura metálica, recordándole a Crag la exhibición de un hombre mosca. Se detuvo a descansar justamente bajo el nivel de la cabina del espacio.

—Yo creía que en la Luna era posible dar saltos de diez metros —se quejó.

—Y podrías hacerlo si te quitaras toda esa ropa —replicó Crag jovialmente.

Paseó sus miradas por la rotura, notando los filos del metal resquebrajado.

—Ten cuidado con el traje.

Larkwell no contestó. Estaba ocupado tratando de impulsar su cuerpo hacia arriba, usando la grieta de la envoltura para conseguir afianzar sus manos. Sólo la escasa gravedad de la Luna le permitió realizar lo que parecía un trabajo imposible. Por fin, llegó a un punto cerca de la escotilla y se detuvo, respirando afanosamente. Descansó un momento y luego, con mucho cuidado, insertó su mano en la hendidura de la cubierta. Un instante después la retiró y rebuscó en su bolsillo de pierna de donde extrajo una navaja de muelles de apertura automática.

—Voy a cortar el forro interior —explicó, apretando el botón de la navaja.

Trabajó con la navaja alrededor de la grieta por la parte de dentro durante algunos minutos, luego cerró la hoja y volvió a meter la mano, tanteando en torno hasta que localizó el cerrojo.

Estiró. El hierro no cedía. Arqueó el cuerpo y aplicó toda su fuerza. Esta vez el cerrojo cedió. Descansó un momento y luego dedicó su atención a los pernos que quedaban. En breve tiempo logró abrir el portillo. Luego, cuidadosamente, introdujo su cuerpo por el negro rectángulo y desapareció en el interior.

—¿Ves algo? —preguntó Crag moviendo los pies con impaciencia.

—Hombres muertos. —La voz de Larkwell sonaba con tono de alivio a través del micrófono—. Tienen rotas las mirillas.

Hubo un largo momento de silencio. Crag aguardaba impaciente.

—Un momento —informó por fin el otro—. Parece que hay uno vivo.

Hubo otro intervalo de silencio mientras que Crag se asaba al fuego

lento. Finalmente, Larkwell apareció en la abertura con una escala de cáñamo.

—Ya sabía yo que tenía que haber algún medio para salir de esta trampa —anunció triunfalmente.

Se arrodilló y afianzó uno de los extremos en la escotilla, dejando caer el otro a tierra.

Crag trepó para reunirse con él. Larkwell extendió una mano y le ayudó a entrar. Una mirada al interior de la cabina le dijo que si quedaba algo de vida sería por milagro. El hombre que estaba en el asiento del piloto yacía con la mirilla rota contra el tablero de instrumentos. La parte superior de su casco de cristal fibroso se había aplastado y lo alto de la cabeza no era más que una masa sanguinolenta. Un segundo tripulante estaba derribado sobre la mesa de transmisiones, con la cara aplastada sobre el radarscopio. Su traje había quedado desgarrado desde el hombro a la cintura, y una pierna estaba doblada en un ángulo inverosímil. Crag apartó la mirada.

—Aquí —gruñó Larkwell.

Estaba inclinado sobre el tercero y último tripulante, amarrado con correas en el asiento situado inmediatamente detrás del piloto. Crag se trasladó a su lado y miró la figura reclinada. El traje del hombre parecía haber resistido el terrible impacto. Su casco estaba intacto y la mirilla la tenía empañada.

Larkwell inclinó la cabeza afirmando.

—Respira —dijo.

Crag se arrodilló y examinó al hombre inconsciente lo mejor que pudo antes de ponerse otra vez en pie.

—Va a ser una faena difícil la de sacarle de aquí.

—¿Quieres decir que vamos a llevarnos a este tipo al Azteca?

—Eso es lo que vamos a hacer.

Larkwell no replicó. Crag desató las correas que sujetaban al hombre inconsciente. Larkwell se quedó mirando un rato antes de decidirse a ayudar. Cuando las últimas correas quedaron desamarradas, le empujaron hasta el filo de la escotilla abierta. Crag hizo un inventario mental de la cabina mientras Larkwell desatornillaba dos tiras de metal de una bancada y entretejía correas con los cinturones de seguridad, formando así una especie de camilla rudimentaria. Crag abrió un estrecho panel empotrado en la bancada trasera, e involuntariamente, dejó escapar un silbido por su micrófono de labios. Contenía dos rifles automáticos y una gran cantidad de municiones. Larkwell examinó las armas pensativamente.

—Parece como si esperaran realizar por aquí muy buenas cacerías —observó.

—Sí —admitió Crag ceñudamente.

Cerró el portillo de panel metálico y miró con antipatía al individuo inconsciente.

—Me dan ganas de dejarlo aquí.

—Eso es lo que yo pienso también.

Crag reflexionó, y por último, se encogió de hombros.

—Me parece que hemos sido elegidos como ángeles de la guarda. Bueno, vamos.

—Sí, Florence Nightingale Larkwell —escupió el maestro de construcciones.

Amarró una cuerda bajo los brazos del desmayado y lo colocó al borde de la abertura.

—Debería darle un empujón y dejarlo caer de golpe —gruñó.

Crag no contestó. Amarró el otro extremo de la cuerda a un garfio de metal y le indicó a Larkwell que empujara la figura inerte por el agujero. Fue soltando cuerda hasta que se puso tirante. Larkwell se enderezó apoyándose en la curvatura de la escotilla con una expresión de alelamiento en su rostro. Crag sorprendió aquella imagen desorbitada.

—Oxígeno —gritó.

Larkwell tenía un aspecto de atontamiento. Crag le quitó a Larkwell el cilindro extra de su cinturón y enroscó el tubo al traje del mismo, haciendo girar la válvula. El otro empezaba a desvanecerse y casi estaba a punto de caerse por la escotilla cuando Crag logró salvarle.

Sólo al cabo de unos momentos apareció en el rostro de Larkwell señales de que había comprendido. Crag comprobó rápidamente su propio estado en cuanto al oxígeno. El indicador estaba bajo. Demasiado bajo. El tiempo que habían perdido tomando la ruta equivocada... el tiempo empleado en abrir la escotilla de Bandido... todo aquello había trastornado los cálculos de oxígeno de Nagel. Era una precaución que convendría recordar en el futuro. Cambió su cilindro y luego hizo un cálculo rápido. Era evidente que no podrían transportar al herido con la cantidad de oxígeno que les quedaba. Habló por el interfono y le explicó el problema a Nagel.

—Prueba con uno de los cilindros de Bandido —le sugirió el otro—. Puede que las boquillas sirvan.

—No van. Ya los he mirado.

Le dio vueltas al problema en su imaginación.

—Haremos lo siguiente —le dijo—. Tú sal a nuestro encuentro con un par de cilindros extra. Nosotros nos llevaremos dos de los de repuesto de Bandido para alimentar a este tipo mientras consigues modificar las válvulas de su traje para que se adapten a nuestro equipo. Prochaska puede guiarnos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —intervino Prochaska.

Nagel lanzó un gruñido de aprobación.

Crag bajó la camilla y dos de los cilindros de Bandido al suelo del cráter y luego dirigió una última mirada circular a la cabina. Sabía que Gotch le haría infinidad de preguntas técnicas relacionadas con la construcción del cohete, el equipo y las provisiones. Tomó varios cuadros mentales para un posterior análisis y se volvió hacia Larkwell.

—¡Vámonos!

Descendieron a la llanura y metieron al tripulante inconsciente en la camilla. Crag soltó un gruñido al izar el extremo que le correspondió. No iba a ser una tarea fácil.

El regreso resultó una pesadilla. A pesar de la baja gravedad en la superficie de la Luna —un sexto de la de la Tierra— la camilla parecía un peso intolerable que les tiraba de los brazos. Caminaron lentamente hacia el Azteca con Crag en cabeza, alzando con sus pies pequeños surtidores de polvo.

Antes de caminar un kilómetro iban ya sudando profusamente y los brazos y los hombros les dolían bajo la carga. Larkwell caminaba en silencio y con firmeza, pero su aliento se estaba convirtiendo en un ronquido áspero en los auriculares de Crag. Este pensó que no saldrían vivos de aquella aventura si Nagel no daba con ellos. Pero era imposible que éste se perdiese, estando Prochaska para guiarles.

Llegaron al extremo de la loma y se pararon a descansar.

Crag revisó su contador de oxígeno. Nada bueno. Nada bueno en absoluto, pero se abstuvo de decírselo a Larkwell. El muchacho de las construcciones paseó las miradas perezosamente por la llanura y lanzó una maldición.

—Hay nueve planetas y treinta y un satélites en el sistema solar y hemos tenido que venir a esta porquería —gruñó—. Gotch debía de estar miope.

Crag suspiró y agarró su extremo de la camilla. Larkwell hizo lo mismo con el suyo y prosiguieron su marcha. Cuando iban moviéndose junto a la base de una pequeña loma, Larkwell tropezó con un pedrusco enterrado en la ceniza y dio un traspiés. Al tratar de recobrar el equilibrio se le escapó la punta de la camilla. El extremo cayó al suelo con un golpe sordo que repercutió en los hombros doloridos de Crag. Este bajó el otro extremo de la camilla, temiendo que el golpetazo hubiera dañado el casco del hombre inconsciente. Larkwell miraba con acritud mientras su comandante examinaba los posibles desperfectos.

—No creo que importe mucho —dijo.

Crag esbozó una mueca que quería ser una débil sonrisa.

—Recuerda que somos ángeles de la guarda.

—Sí, transportando a Lucifer.

El casco resultó estar sin daño alguno. Crag suspiró e hizo una señal para continuar. Izaron la camilla y reanudaron su lenta caminata hacia el Azteca.

El cuerpo de Crag era un puro escozor. Tenía la cara ardiente y arrebolada y el corazón le zumbaba en los oídos. En los interfonos la respiración de Larkwell se había convertido en un jadear rasposo. De vez en cuando, Prochaska comprobaba sus avances. Crag pensó que Nagel estaba caminando a un ritmo lentísimo. Miró varias veces su contador de oxígeno y terminó por preocuparse en serio. Larkwell expresó sus propios temores en

palabras.

—Sería mejor que soltásemos a este tipo y nos diésemos prisa para llegar al Azteca —gruñó—. De esta manera no vamos a llegar nunca.

—Nagel nos alcanzará pronto.

—Pronto puede no ser lo bastante pronto.

—¡Nagel! Date prisa —ordenó Crag con brusquedad por el interfono.

—Estoy andando.

La voz del hombre del oxígeno sonaba con un tono imperturbable. Crag tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir un estallido de cólera. La calma de Nagel resultaba enloquecedora. Pero eran ellos los que tenían la cabeza en peligro. Contuvo su rabia, preguntándose una vez más si sería prudente tratar de salvar la vida al tripulante del cohete enemigo. ¿Qué iban a hacer con él estando vivo?

Al poco rato Larkwell volvió a lanzar un gruñido. Crag estaba a punto de decirle que cerrara el pico cuando Nagel apareció en la lejanía. Se movía despacio, abrumado por el peso de los cilindros de repuesto de oxígeno. En cierto modo tenía el aspecto de un robot repelente, moviéndose con pasos mecánicos, con movimientos más bien de una máquina que de un hombre. Crag mantenía la vista clavada en él. Nagel ni aflojaba ni apresuraba el paso; iba siempre igual. Su figura se iba aproximando gradualmente, una oscura mancha de andar mecánico contra la ceniza blanca. De pronto, Crag se dio cuenta de que Nagel no estaba remoloneando; simplemente, carecía de fuerzas para lo que se esperaba de él. En cierto modo, aquel conocimiento vino a aumentar su desesperación.

Se reunieron poco tiempo después. Nagel soltó su carga en la ceniza y se retorció para enderezar el cuerpo. Miró con curiosidad a la figura que estaba en la camilla. Luego miró a Crag.

—No me parece que esto tenga mucho sentido —dijo con tono de crítica—. ¿Qué vamos a hacer para conseguir oxígeno con el que mantener vivo a este pájaro?

—Eso es cosa mía —disparó Crag con brusquedad.

—Me parece que es mía —indicó Nagel—, Soy yo el responsable del oxígeno.

Crag trató de percibir en la voz un tono de reto. No había ninguno. Nagel estaba simplemente enunciando un hecho, una preocupación natural en su puesto. El malhumor de Crag subsistía cuando Larkwell tomó la palabra.

—Nagel tiene razón. Este tipo es un parásito. Debemos dejarle aquí. ¡Demonios, ya tenemos preocupaciones suficientes sin necesidad de que...!

—¡Cierra el pico! —mascculló Crag con dureza.

Se hizo un breve silencio durante el cual los dos le miraron en plan de desafío.

—Dejaos ya de cháchara y sigamos adelante —ordenó Crag.

Se sentía al borde de una explosión y necesitaba desahogarse. Tómalo con calma, se dijo a sí mismo.

Con oxígeno fresco y tres hombres, el resto del viaje resultó más sencillo. Prochaska estaba aguardándoles. Ayudó a subir al tripulante del Bandido a la seguridad de la cabina espacial. Cuando en ésta hubo la presión necesaria, se quitaron los trajes y Crag empezó a separar la pesada indumentaria espacial del cuerpo contusionado del intruso. Acabó y se echó atrás, dejándole sobre la cubierta.

Permanecían en un cerrado semicírculo, estudiando silenciosamente a la figura inerte que yacía a sus pies. Era la de un hombre extremadamente bajo, de metro y medio de altura aproximadamente, calculó Crag, y muy delgado. Una delgadez que no tenía nada de debilidad. Su rostro era pálido, indómito y, como el de los tripulantes del Azteca, estaba cubierto con una barba hirsuta. Parecía frisar en los cuarenta años, pero Crag supuso que era mucho más joven; su pecho se alzaba y descendía irregularmente y su respiración era afanosa. Crag se arrodilló y le tomó el pulso. Este era débil y rápido.

—No sé —dijo poniéndose en pie—. Puede que tenga heridas internas o que haya recibido un mal golpe.

—Que se vaya al diablo —escupió Larkwell.

Prochaska dijo:

—O vivirá o morirá. En ninguno de los dos casos podremos hacer mucho.

Su voz no tema nada de cruel; era una simple exposición de hechos. Crag asintió con una inclinación de cabeza. El jefe se volvió de espaldas. Estaba rumiando acerca de las posibles complicaciones de tener a un enemigo en medio de ellos, cuando su nariz captó un aroma familiar. Giró sorprendido. El jefe empuñaba una cafetera.

—Entré de contrabando esta medicina —confesó.

Crag se quedó mirando pensativamente la vasija humeante.

—Debería hacerte comparecer ante un Consejo de Guerra. Sin embargo...

Alargó la mano para recoger la taza que el jefe le ofrecía.

Se bebieron el café despaciosamente, saboreando cada gota, mientras que Larkwell les esbozaba la tarea con la que habrían de enfrentarse. Era una cuestión por la que Crag se sentía preocupado.

—Como ustedes saben, el plan es vivir en el Azteca hasta que dispongamos de una cámara de descompresión a cubierto que funcione como es debido —explicó Larkwell—. Para eso, tenemos que poner a la criatura en la horizontal, de forma que yo pueda aflojar la sección del postquemador y limpiar el tanque. Con eso tendremos instalada y en funcionamiento la primera cámara de descompresión. Eso nos dará tiempo suficiente hasta tanto que podamos construir un agujero seguro, quizás en aquella grieta que hemos pasado.

—Hemos de hacerlo todo a prisa —intervino Nagel—. Ahora estamos perdiendo la presión total de la cabina cada vez que tenemos que salir de esta

trampa. No podemos hacerlo muchas veces.

Crag asintió. Nagel tenía razón. La cámara de descompresión era el asunto más urgente. Los planes tenían previsto un paso semejante y, en consecuencia, el cohete había sido diseñado con vistas a semejante conversión. Con la diferencia de que se había contado con que sirviera tan sólo como una estación transitoria por poco tiempo, mientras tanto se construía una cámara bajo la superficie del satélite. Pero ahora que el zángano Capaz se había perdido...

—¡Caracoles! ¿Qué vamos a hacer con tanto sitio? —preguntó Prochaska con tono de broma.

Paseó la mirada en torno a la cabina.

—Imaginaos lo que significará poder dormir tendidos del todo en lugar de acurrucados en un asiento.

Larkwell volvió a tomar la palabra y los otros le escucharon mientras iba delineando las fases sucesivas de la operación. Le tocaba a él la hora de lucirse, y le concedieron todo el escenario. Sugirió que podrían utilizar para la faena uno de los dos servomotores del Azteca que ahora no se utilizaban para nada. Cuando acabó, Crag lanzó una mirada al tripulante de Bandido. Unos pálidos ojos azules le devolvieron la mirada. Ojos de un azul de hielo, pero teñidos con un brillo burlón.

Crag y el desconocido cambiaron una larga mirada.

—¿Se siente mejor? —preguntó por fin Crag, pensando si el otro sabría, por ventura, inglés.

—Sí, gracias.

La voz que contestó tenía tan sólo un levísimo acento extranjero.

—Le hemos traído a nuestra nave...

Crag se detuvo preguntándose cómo continuar. Después de todo, aquel hombre era un enemigo. Y un enemigo peligroso a decir verdad.

—Ya lo veo. —La voz era lacónica—. ¿Por qué?

—Somos humanos —disparó Crag brutalmente.

Los pálidos ojos azules le miraron con intensidad.

—Soy Adam Crag, el comandante —añadió.

El tripulante de Bandido trató de incorporarse sobre el hombro. Su rostro palideció y cayó de espaldas.

—Me parece que estoy un poco débil —dijo disculpándose.

Miró al círculo de rostros que tema ante sus ojos antes de volver a posar sus pupilas en Crag.

—Me llamo Richter. Otto Richter.

Prochaska dijo:

—Ese es un nombre alemán.

—Soy alemán.

—¿En un cohete de más allá del telón de acero? —preguntó Nagel sarcásticamente.

Richter le concedió al hombre del oxígeno una larga y fría mirada.

—Eso parece —dijo por fin.

El grupo permaneció en silencio. Le tocaba la vez a Crag. Vaciló. Cuando habló su tono era decisivo.

—Nos hemos hecho cargo de usted. De momento, puede considerarse prisionero. No se le permitirá ninguna libertad... mientras no decidamos qué vamos a hacer con usted.

—Comprendo.

—Tan pronto como modifiquemos las válvulas de su traje para que se adapten a nuestros cilindros, le sacaremos afuera.

Dio instrucciones a Nagel para que se ocupase de lo de las válvulas, luego se volvió hacia Larkwell.

—Vamos ahora a atender a la criatura.

X

—¿Gordon Nagel?

El profesor revolvió el nombre en su cabeza.

—Sí, me parece recordarlo. Veamos, eso sería allá por el...

Hizo una pausa y se quedó mirando pensativamente en el vacío.

El agente indicó:

—Se graduó en 1955. Fue uno de sus alumnos distinguidos con premio extraordinario.

—¡Ah, sí! ¿Cómo puedo haberlo olvidado?

El profesor se cruzó las manos sobre su abultado vientre y se retrepó en su sillón.

—Me parece recordarlo como un tipo nervioso e intenso —dijo por fin—. Recogido en sí mismo pero, como usted decía, muy brillante. Ahora que pienso en eso...

Se detuvo abruptamente y se quedó mirando al agente con rostro sorprendido.

—¿Se refiere usted al hombre de la Luna? —preguntó de pronto.

—Sí, a ese mismo.

—¡Ah! No me extraña que el nombre me parezca tan familiar. Pero, naturalmente, tenemos tantos alumnos famosos... La Universidad de Ruthill se enorgullece de...

—Desde luego —cortó el agente.

El profesor le dirigió una mirada ofendida antes de empezar a hablar de nuevo. Se lanzó al fin. Cada una de las palabras que pronunció quedó registrada en el magnetófono de bolsillo del agente.

—¿Gordon Nagel, el joven del vuelo a la Luna? Naturalmente que me acuerdo del joven Nagel —dijo el director de la Escuela Técnica—. Un buen estudiante... uno de los mejores.

Con expresión escrutadora miró al agente por encima de su nariz larga y delgada.

—La Escuela Técnica Braxton se siente muy orgullosa de Gordon Nagel. Extremadamente orgullosa. Aunque esté mal que yo lo diga, hemos preparado a un equipo de jóvenes competentes para la lucha por la vida.

—Desde luego —concedió el agente.

—Este es un caso que pone claramente de relieve la importancia que dedicamos a las ciencias físicas y biológicas —continuó diciendo el director—. El objetivo de la Escuela Técnica Braxton es el de dar a todo estudiante cualificado la base que necesita para posteriores éxitos académicos. Esto es, estudiantes con un cociente lo bastante alto de inteligencia —añadió.

—Desde luego, pero, con respecto a Gordon Nagel...

—Sí, naturalmente.

El director empezó a hablar de nuevo. El agente escuchaba aliviado. La Luna no le importaba un comino, pero estaba muy interesado en los treinta años de vida de Nagel que había precedido a aquella aventura. Extraordinariamente. Abandonó la Escuela pensando que Nagel le debía muchísimo a aquel centro técnico de Braxton. Por lo menos, eso era lo que había inferido el director.

—Sí, tuve algo que ver con Gordon durante algún tiempo —contestó la señora LeRoy Farwell—. Pero, desde luego, nunca fue nada serio. Tan sólo algún que otro baile en la Escuela o algo por el estilo. Puede que fuera un muchacho muy inteligente, pero la verdad es que no era mi tipo. Era un latoso terrible.

Sus ojos se clavaron en el rostro del agente de una manera significativa.

—Me gusta que la gente esté viva, si comprende usted lo que quiero decir.

—Desde luego, señora Farwell —dijo el agente con gravedad—. Pero en cuanto a Nagel...

Había mucha gente relacionada con los tres decenios de la vida de Gordon Nagel, gente que había tenido contacto más o menos estrecho con él. Algunos le recordaban sólo vagamente. Otros, terminaban por lanzarse en amplias confidencias. Extraños asientos iban cobrando vida en el expediente. Se exhumaban fotografías y datos diversos. Gordon Nagel... Gordon Nagel...

El cartapacio relativo a Gordon Nagel iba creciendo.

Al coronel Michael Gotch no le gustó lo más mínimo la ocurrencia de un agregado a la tripulación del Azteca. No le gustó en absoluto Informó a Crag que aquel salvamento había sido completamente innecesario. Inconsistente, fue la palabra que empleó. Estaba muy interesado por el hecho de que Bandido albergara un arsenal. Sugirió, en vista de la pérdida del zángano Capaz, que no deberían pasar por alto los pertrechos y víveres de Bandido.

—Especialmente ahora que tienen ustedes otra boca que alimentar —dijo con blandura.

Crag se mostró de acuerdo. No lo dijo, pero ya tenía proyectado un movimiento de esa índole. El coronel inmediatamente se lanzó a un cañoneo de preguntas relativas al cohete desplomado. Pareció enfadarse por el hecho de que Crag no pudiese suministrar respuesta hasta el último detalle.

—Mire —dijo Crag estallando por fin—, denos usted tiempo... tiempo. Acabamos de llegar. ¿No lo recuerda?

—Sí... sí, ya lo sé. Pero la información es vital —replicó Gotch con firmeza—. Le agradecería mucho que procurara...

Crag lanzó una maldición y cortó la comunicación.

—¿Qué pasa? El cascarrabias del coronel te está asando a preguntas, ¿no?

—Me está desollando —corrigió Crag

Clavó en el jefe una mirada dolorida y profirió un epíteto relativo a los ascendientes del coronel. Prochaska soltó una risita.

Larkwell demostró bien pronto que conocía el interior y el exterior del Azteca mucho mejor que cualquiera de los demás. Aparte de varios cables gruesos montados expresamente con el propósito de bajar el cohete, obtuvo de la nave el resto del equipo necesario.

Bajo su dirección se instalaron dos cabrias a unos treinta metros de la nave y un cable corría hacia cada una de ellas formando una línea en V. Una segunda línea corría desde cada cabria a una hondonada próxima. Los grandes pesos, ahora partes inútiles de los motores de la nave, fueron arrastrados hasta dichos hoyos y enterrados allí. Los cables tenían por objeto anclar a los tornos durante el período crítico de tumbar el cohete. Por último, Larkwell colocó un cable guía desde el morro del Azteca hasta un tercer torno. Este era accionado por un motor eléctrico impulsado por las baterías de la nave. Mientras que Larkwell y Nagel se preparaban para bajar el cohete, Crag limpió un área de la superficie de la llanura y jalonó un cuadrilátero de unos siete metros cuadrados. Acabó y se quedó contemplando su obra con evidente satisfacción. Los ojos de Richter le vigilaban con interés.

—Es para comprobar la frecuencia con que caen los meteoritos —explicó Crag—. Nos gustaría formarnos una idea de la posibilidad de un impacto en una extensión determinada.

—Interesante —dijo Richter sucintamente.

Pareció a punto de añadir algo, pero se detuvo. Crag sintió el deseo de hacerle preguntas, pero se reprimió también. Cuanto menos relaciones tuvieran, tanto mejor, pensó. No se le pasaba por alto el hecho de que el alemán parecía haberse restablecido en forma muy notable. Eso era otra cosa que había que tener en cuenta. Richter imposibilitado era un fastidio. Pero Richter restablecido...

Alejó el pensamiento y se volvió hacia la base del cohete, indicando al alemán que debía seguirle. Larkwell estaba probando los tornos y la resistencia de los cables cuando ellos llegaron.

—Ya esto está casi listo —le dijo a Crag.

—Entonces adelante.

El encargado de las construcciones asintió y le gritó una orden a Prochaska y a Nagel, que estaban manejando los tornos de contención. Cuando contestaron, diciendo que estaban listos, se dirigió hacia el torno de tracción.

—Muy bien —dijo.

Su voz sonó como un crujido seco en los interfonos. El Azteca se estremeció en su base, vaciló y luego el morro empezó a inclinarse hacia abajo. Se movía lentamente en un arco a lo largo del cielo.

—Suban —aulló Larkwell en su micrófono.

Los cables guía se tensaron.

—Perfectamente.

Esta vez Prochaska y Nagel fueron soltando cable por los tornos con mayor lentitud. El morro del cohete había traspasado los sesenta grados de arco cuando su cola empezó a inclinarse hacia atrás, clavándose en la llanura.

—¡Alto!

Larkwell dio la vuelta alrededor del cohete y se aproximó por un lado a la base. Satisfecho al comprobar que ésta resistiría, ordenó que los tornos se pusieran en movimiento. El morro fue moviéndose poco a poco hacia el suelo, oscilando ligeramente a uno y otro lado. Un momento después, el cohete yacía con el vientre pegado sobre la llanura.

—Ahora es cuando empieza el verdadero trabajo —le dijo Larkwell a Crag—. Tendremos que sacar todo lo del tubo de la caldera y montar la cámara de descompresión.

Su voz sonaba quejumbrosa, pero su rostro indicaba la importancia que concedía a la tarea.

—¿Cuánto tiempo calculas que nos llevará esto?

Larkwell frotó su mirilla pensativamente.

—Cerca de dos días, con una que otra siesta y alguna ayuda.

Bueno. —Crag miró pensativamente a Richter—. ¿Hay alguna razón que impida que usted pueda ayudarnos? —preguntó secamente.

—Ninguna, en absoluto —contestó Richter solemnemente.

Mientras que Larkwell y Nagel trabajaban en !a sección de cola, Crag y Prochaska hicieron una nueva distribución de la cabina espacial. La cómoda de los productos químicos fue colocada en una de las esquinas, y una cortina de nylon fue fruncida a su alrededor; única concesión que hicieron a las normas civilizadas. Crag se daba cuenta de que los ojos de Richter les seguían —sopesando, analizando, haciendo cálculos. Se sorprendió a sí mismo volviendo la cabeza en los momentos más impensados para vigilarle, pero ¿Richter eso parecía tenerle sin cuidado.

La potencia eléctrica suministrada por las baterías era limitada. Por lo general, tendrían que vivir con raciones alimenticias espaciales, concentrados nutritivos adicionados con píldoras de vitaminas y una tableta diaria de chocolate por cabeza. Más tarde, cuando la cámara de descompresión estuviese instalada en el área ahora ocupada por los postquemadores y la maquinaria, podrían extender de manera apreciable su vivienda y mejorar su confort. Hasta entonces, pensaba Crag con irritación, tendrían que vivir como sardinas, con un enemigo en medio de ellos. Un enemigo por una parte y un saboteador por otra, corrigió mentalmente. Aparte de eso, había el peligro constante de la caída de meteoritos. Sacudió la cabeza con desesperación. La vida en la Luna era muy distinta de como debía ser. No tenía rada de envidiable.

Nagel estaba convirtiéndose en un perturbado por lo que se refería al consumo de oxígeno. Había colocado las pequeñas cubetas, que contenían algas, en una solución nutritiva, cuidándolas como una gallina clueca. A su debido tiempo, si el cultivo tenía éxito, la pequeña granja de algas convertiría

el anhídrido carbónico de la respiración en oxígeno. De momento, el anhídrido carbónico estaba siendo absorbido por productos químicos. Tal como estaban las cosas, era necesario que toda la tripulación se ajustara los trajes espaciales cada vez que uno de ellos salía de la cabina. Y cada una de las veces el aire de la cabina se perdía en el vacío de la Luna. Crag dijo que no cabía otra alternativa hasta tanto que se terminara la cámara de descompresión, un hecho que no evitaba que Nagel siguiera quejándose.

Otto Richter se restableció rápidamente. Antes de que transcurriera otro día —el Azteca continuaba operando con arreglo al reloj terrestre— parecía hallarse completamente recuperado. Era evidente que el golpe y el shock habían sido lo más grave de sus lesiones. Crag no sabía si entristecerse o alegrarse; en realidad, no sabía qué hacer con el individuo. Dio órdenes severas para que a Richter no se le dejase nunca solo, ni siquiera un momento. Personalmente le dijo:

—No se le permitirá a usted que se acerque lo más mínimo al equipo electrónico. La primera vez que intente hacerlo... —le indicó mirándole significativamente.

—Comprendo —contestó el alemán.

A partir de entonces, excepto ocasionales paseos hasta la cómoda o para ayudar en el trabajo, se mantenía en el rincón que le había sido señalado en la cabina espacial.

Larkwell subió para la comida de la noche, ostentando en su rostro una expresión ceñuda. Extendió la mano hacia Crag, sujetando un retorcido trozo de roca del tamaño aproximado de un balón.

Crag cogió el pedrusco y lo sospesó pensativamente.

—¿Meteoritos?

Los demás se apiñaron en torno.

—Sí. Vi un agujero en aquel trozo que habías limpiado y me agaché. Allí estaba, grande como la vida.

—Si eso cae encima de este cacharro ahora estaríamos todos muertos —observó Prochaska.

—Pero no ha caído —corrigió Crag tratando de cortar el nervosismo creciente—. Lo único que eso significa es que tenemos que montar la cámara de descompresión al abrigo de la quebraja lo más pronto posible.

—¿Hasta qué punto quedará eso afectado por la pérdida de Capaz? —preguntó Nagel con curiosidad.

—Sólo en la cuestión del tamaño —explicó Crag—. Ya se tuvo en cuenta la posible pérdida de un zángano. Los bloques de plásticos están construidos de forma que se puedan construir refugios de cualquier tamaño. Empezaremos en cuanto que alunice Panadero —Miró pensativamente a los hombres—. No nos preocupemos más de la cuenta.

—Sí, ya hay de qué preocuparse con lo que tenemos entre manos —confirmó Prochaska.

Sonrió jovialmente.

—Voto por que todos dejemos de preocuparnos y nos pongamos a comer —sugirió.

Surgió otra complicación. El zángano Panadero entraría en órbita a la mañana siguiente. Prochaska tenía que prepararse para bajarlo. Se tuvo que ocupar de trasladar su equipo a un rincón opuesto a la cómoda. Se tapó allí con una cortina, en parte para estar a solas, pero principalmente para señalar un área definida que Richter tenía prohibido cruzar.

El comunicador estaba convirtiéndose en otro problema que hostigaba a Crag. Un geólogo del Gobierno quería una descripción completa de la estructura rocosa de Arzachel. Un especialista en medicina del espacio formulaba un montón de preguntas acerca del funcionamiento del sistema de cambio oxígeno-anhídrido carbónico. Algún otro, que Crag no sabía a ciencia cierta quién era, necesitaba una descripción exacta de cómo se había comportado el Azteca durante el descenso. Al final, terminó por ponerse en el comunicador y reclamar ásperamente la presencia de Gotch.

—Mantenga a esa gente a raya hasta que consigamos bajar a Panadero —le dijo—. Este no es un campamento para un programa de lo toma o lo deja.

—Constituyen ustedes la última novedad —explicó Gotch con tono conciliatorio—. Todo lo que nos digan servirá para la construcción de cohetes futuros.

—¿También una descripción de los minerales del terreno?

—Incluso eso. Pero, anímese, comandante. Lo peor está todavía por llegar.

Cortó antes de que Crag pudiese disparar una réplica. Prochaska sonrió al notar su irritación.

—Eso es lo que pasa por ser famosos —dijo—. Somos estrellas de la opinión pública.

—¿Opinión pública en la Luna? —le preguntó Crag mirándole interrogativamente—. ¿Es correcto decir eso?

—Que me aspen si lo sé. No llevo aquí tiempo bastante para eso.

Crag se sorprendió al ver lo rápidamente que el trabajo iba progresando en la sección de cola. Larkwell había desmontado los motores gigantes y los depósitos de combustible, retirándolos de la nave con la energía suministrada por uno de los servomotores del cohete. Estaban ahora en el polvoriento suelo de la llanura, resultando incongruentes en su nueva situación. Pensó en el montón de cosas que quedaban por hacer. Un garaje de cohetes en el suelo del desolado Arzachel. Cuatro hombres tratando de construir un hangar para la envoltura de una nave del espacio. A su debido tiempo sería reemplazado por una cámara de descomposición en un barranco... una Base militar... una ciudad en forma de cúpula. El Campo Pickering se convertiría en un centro de transporte, quizás en el eje del Imperio de transportes del Sistema Solar. Primero, simples mercantes, luego, trenes de mineral viajarían por las rutas del espacio entre la madre Tierra y la hija separada desde hacía tanto tiempo. Suspiró. Los trenes de mineral distaban mucho en el futuro.

Larkwell se arrastró fuera de la caverna que había abierto en la envoltura y se desperezó.

—Es hora de comer un poco —gruñó.

Su voz sonaba cansada en los interfonos. Nagel le siguió con aire remolón. No quiso darse cuenta de la presencia de Crag.

Ya de noche por el reloj terrestre comieron su escasa pitanza. Estaban insólitamente silenciosos. El jefe parecía hallarse cansado por su larga vigilia frente al radar. El rostro de Larkwell estaba sudoroso, manchado de grasa. Comía rápidamente, con el aire de un hombre al que preocupasen graves problemas. Nagel estaba definitivamente derrengado. El ritmo rápido de Larkwell le había resultado excesivo. Tenía aire de irritación y de enfado y evitaba toda conversación. Richter estaba sentado solitario, aparentemente sin darle importancia al hecho de que era un prisionero virtual, confinado a un pequeño rincón de la cabina lo bastante grande tan sólo para proporcionarle un sitio en que dormir. Crag no sentía nada hacia él: ni rencor ni simpatía. El alemán era una incidencia, un peón en la guerra por Arzachel. O, más probablemente, pensó, en la guerra por la Luna.

Después de comer, los hombres fueron afeitándose por turno con la única navaja que tenían. Les había sido suministrada solamente por la necesidad de mantener libre la válvula del oxígeno en los cascos y para que pudiesen usar sin estorbos los micrófonos de labios.

—Un lujo escandaloso —dijo Prochaska cuando do llegó su turno—. Nada es demasiado bueno para el hombre del espacio.

—Así es —admitió Crag—. Esperemos que a la próxima tripulación le concedan una barra de jabón.

—Por su bien les deseo que elijan algo mejor que este asqueroso satélite —gruñó Larkwell.

El zángano Panadero había entrado en la gravisfera de la Luna en el momento preciso anunciado por los computadores de la Tierra. Su velocidad había disminuido hasta convertirse en la lenta de trescientos veinte kilómetros por hora. Empezó a acelerar, atraído por la Luna, moviéndose en una vasta trayectoria calculada para colocarlo en una órbita en espiral cerrada alrededor del desnudo satélite. Prochaska lo había captado y seguía su marcha en la pantalla. El telemando de la Base Alpina hizo funcionar los primeros cohetes de freno. El estallido compensó la atracción lunar. El zángano Panadero era todavía una motita en la pantalla, un viajero solitario precipitándose hacia ellos a través del vacío.

—Parece increíble que eso nos costara tanto tiempo —caviló Crag estudiando el tablero de instrumentos.

Se inclinó sobre él y manipuló en la rejilla del radar. En Tierra pantallas con el rostro alzado hacia el cielo iban siguiendo el camino del zángano. La información por ellas recogida entraba por distintos canales en las baterías computadoras, era integrada, analizada y enviada de vuelta al espacio. El tren de ondas acababa en una pantalla de rejilla, la misma que estaba

contemplando Crag.

—Cuando nosotros estábamos arriba parecía que se tardaba menos —observó en voz alta.

—Esa es una experiencia que alarga al tiempo —confirmó el jefe—. No me haría gracia ninguna tener que pasar otra vez ese trago.

—¿Cuándo nos hacemos cargo nosotros de él?

—Prochaska lanzó una mirada al cronógrafo guía.

—No podrá ser hasta las 8,10, minuto más minuto menos. Depende de las computaciones finales de la Base.

—Mejor será que durmamos un poco —sugirió Crag—. Vamos a sudar lo nuestro cuando tengamos que hacernos cargo del bicho.

—Tendremos una suerte loca si conseguimos situarlo en Arzachel.

—No nos quedará más remedio —dijo Crag con una sonrisa que era una mueca—. Si revientas este pájaro podemos adquirir la ciudadanía lunar.

—Gracias. No me interesa.

—¿Qué te pasa, Max, no tienes espíritu de pionero?

—Vete al cuerno —contestó Prochaska amistosamente.

—Vamos, señor Prochaska, esa no es manera de hablarle a su oficial comandante —reprochó Crag con burlona severidad.

—Está bien. Váyase al cuerno, señor —dijo el otro siguiendo la broma.

Richter constituía un problema. Siempre tenía que haber alguien despierto. Crag decidió repartir la tripulación en cuartos y fijó un horario de prueba. El haría el primer cuarto, Larkwell le relevaría a media noche, y Nagel se encargaría del servicio a las tres de la mañana. De esa forma Prochaska dispondría de toda una noche de sueño. Necesitaría tener los nervios bien firmes para la mañana siguiente. Explicó el horario a la tripulación. Ni Larkwell ni Nagel parecieron entusiasmarse por la perspectiva de tener que iniciar un régimen de cuartos, pero ninguno de los dos protestó abiertamente.

Cuando los demás se quedaron dormidos, Crag apagó la luz para ahorrar fuerza de la batería. Por la lumbrera examinó el paisaje lunar, pensando que, seguramente, era el sitio más lúgubre del Universo. Dobló la cabeza y miró a proa. El cielo era una enorme maraña de soles. A un lado el gigante Orión miraba, a través de los abismos del espacio, a Taurus y las Pléyades, las siete hijas de Atlas.

XI

—¡Comandante!

Crag se sobresaltó. Prochaska estaba inclinado sobre él. En su rostro se leía que se trataba de un asunto urgente.

—¡Ven en seguida! —insistió.

El jefe retrocedió y señaló con la cabeza al rincón de los instrumentos. Crag se puso en pie de un salto con una sensación de alarma. Richter y Larkwell estaban todavía dormidos. Miró el cronómetro principal, vio que eran las 6,10, y siguió al jefe hasta el rincón de los aparatos electrónicos. Nagel estaba en pie junto a la pantalla, con expresión de susto en la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Crag.

—Nagel me despertó a las seis —contó Prochaska—. Me dispuse a preparar todo lo necesario para el descenso de Panadero...

—Al grano —disparó Crag irritado.

—Sabotaje. —Señaló debajo del panel—. Todos los cables que se hallaban bajo la consola principal han sido arrancados de sus bornes.

Crag se sintió acometido por una oleada de pánico.

—¿Cuánto se tardará en la reparación?

—No lo sé; no he tenido tiempo de comprobar los daños.

—Averígualo —gritó Crag—. ¿Cómo está el comunicador?

—No lo he probado —confesó Prochaska—. Te he llamado tan pronto como he descubierto lo sucedido.

Cambió de postura y giró un botón. Al cabo de pocos segundos llegó un zumbido de la consola.

—Funciona —dijo.

—Mira a ver cuánto tardarás en hacer las reparaciones —ordenó Crag —. El zángano se nos echa encima.

Se volvió con impaciencia hacia Nagel.

—¿Se levantó alguien durante tu tumo? ¿Se acercó alguno al tablero?

Nagel contestó a la defensiva:

—No, y todo el tiempo estuve despierto.

Demasiado a la defensiva, pensó Crag. Pero nadie se había movido durante su vela. Por tanto, el sabotaje había ocurrido entre medianoche y el momento en que Nagel despertó a Prochaska. Pero, espera... Prochaska podría haber realizado el sabotaje en los pocos momentos que estuvo junto a la consola después que Nagel le despertó. Sólo habría sido cuestión de un tirón rápido, cosa de segundos. Eso le dejaba en la misma situación en que se hallaba con respecto a la bomba de relojería.

Miró a Nagel duramente:

—Llama a Larkwell y seguid con lo de la cámara de descompresión. Y no comentes nada de lo que ha sucedido —añadió.

—No diré nada —prometió Nagel nerviosamente.

Se retiró como si se sintiera contento al verse libre del escrutinio de Crag.

—Una cochinada —gruñó Prochaska.

Crag no contestó.

—Si no reparamos esto podemos darnos por muertos —prosiguió el otro.

Crag se volvió y le plantó cara.

—Puede ser cualquiera. Tú... yo.

—Sí, ya lo sé. —El rostro del jefe adoptó una expresión de dureza—. Solamente que no..., que no soy yo.

—Eso no puedo yo saberlo —replicó Crag.

Prochaska protestó con amargura:

—Sería mejor que lo averiguaras.

—Es lo que voy a hacer —contestó Crag lacónicamente.

Se dirigió al comunicador. Tardó algunos minutos en ponerse en contacto con la Base. No le sorprendió que fuera Gotch el que contestase, y brevemente le relató lo sucedido.

—¿Hay alguna posibilidad de teledirigir al zángano desde Tierra todo el camino?

Sabía que no la había, pero lo preguntó de todas formas.

—Imposible.

—Está bien; trataremos de hacerlo desde aquí.

El coronel añadió algunos comentarios. Tenían un rico colorido, pero, desde luego, no eran precisamente muy halagüeños. Crag sacó la impresión clarísima de que el coronel no estaba nada contento con lo que pasaba en la Luna. Cuando su voz desapareció del comunicador, Crag probó con la pantalla de radar. La rejilla cobró vida, pero estaba en blanco. Era natural, pensó. El zángano Panadero estaba interceptado de la Tierra, por la masa de la Luna. Su imagen no podría ser recogida en la pantalla mientras no saliera detrás de la otra cara y los detectores de la Tierra pudiesen nuevamente seguir y retransmitir su vuelo.

—Buenos días —dijo Larkwell empinando la cabeza sobre la cortina—. ¿Qué os parece si os ponéis los trajes para que nosotros dos podamos salir de esta marmita?

Crag estudió su rostro. Parecía desprovisto de todo engaño. Nagel estaba detrás del otro algo nervioso al parecer.

—De acuerdo —respondió Crag concisamente.

Le enfurecía tener que obligar a Prochaska a que perdiese aquellos minutos preciosos. A toda prisa se embutieron en los trajes y Nagel descompresionó la cabina; Larkwell abrió la escotilla y él y Nagel salieron. Crag cerró luego e inyectó aire fresco en la cabina. Richter se quitó el traje y volvió a su rincón. Los ojos le brillaban interesados. Lo sabe, pensó Crag.

A las 6,30 el comunicador dio signos de vida. Una voz en el otro extremo indicó la posición y la velocidad del zángano Panadero como a nada

hubiese sucedido. El zángano, en el borde visible desde la Tierra de la Luna, estaba decelerando, cayendo a medida que los servomecanismos al operar sobre ellos los dispositivos previamente regulados, activaban en el segundo exacto sus cohetes freno. Estaba guiado tan sólo por los servos controlados por radio, siguiendo una ruta de vuelo previamente determinada por bancos de computadores. Todo estaba perfectamente en regla, excepto el descenso en Arzachel, pensó Crag amargamente.

Prochaska trabajaba en silencio y con rapidez. Crag le miraba con una sensación de impotencia. No había sitio para que pudiesen trabajar los dos a la vez. La cabeza y los brazos del jefe ocupaban literalmente la abertura de la consola que había sufrido el sabotaje. Pidió secamente más luz y Crag encendió una linterna y dirigió su haz luminoso por encima de los hombros de Prochaska nervioso por la inactividad a que se veía obligado.

Llegaban sonidos de la popa donde Larkwell y Nagel estaban trabajando en la sección de cola. Crag no dejaba de pensar lo extraño que resultaba ver cómo, de acuerdo con las apariencias, cada miembro de la tripulación, era un trabajador intachable. Pero uno de ellos era un traidor. ¿Cuál? Eso era lo que había que descubrir. Richter habría sido el sospechoso lógico, a no ser por el episodio de la bomba con mecanismo de relojería. No, no había sido el alemán. Era, o el competente Prochaska, o el sombrío Nagel, o el jovial pero inescrutable Larkwell. Tenía que haber una pista. Si supiera, por lo menos, donde buscar. Bueno, ya lo encontrarían. Y cuando lo encontrara... Cerró los puños salvajemente.

A las 7,15 la Base transmitió la imagen del zángano en la pantalla. Quince minutos más tarde Prochaska sacó la cabeza de debajo de la consola y le pidió a Crag que probase con la rejilla. Funcionaba.

—Si pudiera ahora conectar estos malditos cables que controlan los cohetes de dirección y de freno...

Volvió a hundirse bajo la consola. Crag observó el cronómetro y luego dirigió su mirada a los instrumentos. Panadero se acercaba a toda velocidad. Los minutos se agolpaban. El comunicador empezó a funcionar aportando más datos. Panadero se iba aproximando a Ptolomeo en su vuelta final. La voz se cortó y Gotch se puso luego al habla.

—Estamos dispuestos a transferirles el control.

Prochaska meneó la cabeza negativamente sin alzar la vista.

—¿Cuál es el plazo máximo? —preguntó Crag.

—0812; faltan exactamente tres minutos, diez segundos— indicó Gotch con voz áspera.

Prochaska movió la cabeza dando a entender que había algunas posibilidades. El comunicador guardó silencio. Crag vigilaba el cronómetro principal.

A las 0812 Prochaska estaba todavía hundido bajo el panel. La depresión de Crag aumentó; la depresión y un cierto sentimiento de culpa por el sabotaje. Gotch le había prevenido contra esa posibilidad innumerables

veces. Ahora ya había ocurrido. La pérdida del zángano Capaz había sido un mal golpe; la pérdida de Panadero podía ser fatal, no sólo para el éxito de la expedición sino para la supervivencia de todos los que estaban en la Luna.

Para sobrevivir se necesitaba una cámara de descompresión y la facultad de seguir aguantando con sus escasas provisiones hasta que Arzachel quedase equipado para recibir a nuevos cohetes en una Base más segura que la actual. Bueno, cada cosa a su tiempo, pensó. Borró de su mente toda preocupación innecesaria. Ahora se trataba de hacer todo lo posible por Panadero.

A las 0813 Prochaska se puso en pie de un salto y dijo que sí con la cabeza. Crag gritó *okay* en el comunicador mientras el jefe se hacía cargo de los instrumentos. Crag esperaba que el minuto perdido no resultara fatal. A las 0814 Prochaska tenía al zángano bajo control. Estaba a 30.000 metros sobre Alfonso, viajando a poco más de mil seiscientos kilómetros por hora. Manipuló con fuerza en la palanca de los cohetes de freno.

—No vamos a conseguirlo —gimió.

Torció la mirada. Tenía el rostro tenso, duro.

—Aplícale toda la potencia de freno.

—No hay bastante combustible.

—Entonces estréllalo lo más cerca que puedas.

Prochaska asintió y movió del todo una de las palancas. Los cohetes de freno del zángano llameaban sin cesar. Crag estudió los instrumentos. Iba a caer cerca. Por los datos registrados en los indicadores se veía que no podrían conseguir un alunizaje correcto. El zángano Panadero parecía condenado. Estaba excesivamente alto y se movía demasiado aprisa a pesar del frenético despilfarro de potencia de los cohetes de freno. Las manos de Crag se crisparon sobre el respaldo del asiento de Prochaska. No podía apartar sus ojos de la rejilla. Panadero rugía en la caída.

De pronto, el zángano apareció sobre ellos. Cruzó el lomo de Arzachel a 1.000 metros. Demasiado alto, pensó Crag. La diferencia estribaba en el minuto perdido. Prochaska empujaba y retenía los mandos. Crag captaba la imagen del cohete, encabritado, vibrante, desgarrado por el conflicto de energías desatadas dentro de su cuerpo frágil.

Prochaska pulsó los mandos de los cohetes de dirección y empujó el morro del zángano hacia arriba. Crag lo vio por la claraboya. Se precipitaba a través del espacio como si estuviese deslizándose, antes de moverse hacia arriba con relación a la cara de la Luna. Prochaska aplicó los cohetes de freno con toda la potencia. Crag dobló la cabeza para seguir el vuelo. Con el rabillo del ojo veía a Nagel y a Larkwell en la llanura, con sus cabezas, recubiertas por los cascos, vueltas hacia el cielo. Pegó la cara a la lumbrera y vio al zángano en el cénit de su subida.

Era una fina aguja con luz cruda brotando a chorros de su cola; era la espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas. Estuvo colgado... suspendido en el espacio... luego empezó a caer, apuntando primero con la

cola mientras llamas y vapores blancos salían de sus toberas de cola. Venía a prisa. Chorros intermitentes de los propulses radiales en torno a su morro mantenían su cuerpo perpendicular a la llanura. El vapor de la estela se condensaba alrededor ocultando el cuerpo del cohete. Las llamas lo lamían mientras el cohete estaba aún a treinta metros en el aire.

Prochaska profirió una maldición en voz baja. El cohete pareció quedarse pegado en el cielo negro durante una fracción de segundo antes de empezar a caer. Aprisa... aprisa. Se estrelló en la superficie lunar, en un sitio que no se podía ver desde el Azteca.

—Fin de Panadero —dijo Prochaska sombríamente.

Con mucha calma, Crag se dirigió al comunicador e informó a Gotch. Se produjo un breve siendo después que hubo acabado. Por último, Gotch dijo:

—El zángano Carlitos será lanzado con arreglo al programa. Pero, de todas maneras, tenemos que reajustar nuestra logística. Quizá tengamos que despedirnos de la idea de la cámara de descompresión en la grieta y en su lugar enviar oxígeno y provisiones. ¿Cómo se presenta el problema de los meteoritos?

—Mal —dijo Crag irritado—. Casi nos aplasta uno de ellos. No me atrevería a apostar a favor de nuestra vida si estamos mucho tiempo al descubierto.

Se produjo un nuevo silencio.

—Pues tendrán que estarlo ustedes —dijo Gotch lentamente— a menos que puedan salvar la carga de Panadero.

—Ya nos lo imaginamos.

—Puede usted estudiar la posibilidad de cubrir al Azteca con ceniza.

—Seguro... seguro —interrumpió Crag—. Es una buena idea. Haré que los muchachos se pongan a trabajar ahora mismo con la excavadora

—Déjese de bromas —amonestó Gotch—. Tenemos un problema por delante.

—¡Y a mí me lo dice!

—Mientras, trate de aclarar la otra situación.

Por "otra situación" Crag sabía que estaba refiriéndose al sabotaje. Claro, había que ser ingeniero, agente de contraespionaje, hombre espacial y superhombre, todo en una pieza. Arrugó la cara con amargura. Con todo, tenía que admirar la tenacidad del coronel. Era un hombre dispuesto a conquistar la Luna.

—Lo haré —dijo Crag al fin—. Mientras tanto, iremos a echarle un vistazo a Panadero. Puede que se haya salvado algo.

—Hágalo —dijo el coronel secamente antes de cortar.

XII

—Max Prochaska era un muchacho muy querido —dijo la señora de Arthur Bentham firmemente—, amigo de toda la ciudad. Naturalmente, por aquel entonces Vista no era más que un pueblecito —añadió con tono de reminiscencia—. No como ahora, especialmente desde que se montó aquí la fábrica de helicópteros. Estoy segura de que nadie reconocería ahora este sitio, con todas las casas nuevas que han hecho y el Supermercado que se acaba de inaugurar y que...

—Desde luego —interrumpió el agente—, pero, hablando de Max Prochaska...

—Sí, claro. —La señora Bentham se mordió los labios reflexionando —. Mi marido siempre dijo que Max llegaría muy alto. Me gustaría que hubiese vivido para verlo.

Por un momento, los ojos se le empañaron. Luego se sonó la nariz y de paso se la frotó coquetamente. El agente aguardó hasta que la señora se compuso.

—El pequeño Max, porque yo siempre pienso en él como en el pequeño Max —explicó ella—, era muy elegante y agradable y en la Escuela se le tenía muchísima simpatía. Y *siempre* iba a la iglesia.

Recalcó la palabra siempre.

—Y ahora, figúrese usted, ahora dicen que está en la Luna. —Sus ojos contemplaron al agente con vivo interés—. ¿Cree usted que se habrá mareado?

El agente casi disfrutaba siguiendo el rastro de la historia de Max Prochaska. Era una historia limpia y regular y la tarea no tenía nada de dificultosa, ya que sólo había que moverse a lo largo de una rutina prevista. Hablar con el maestro... con el ministro espiritual... con el médico de cabecera... con el farmacéutico... con el jefe de los Exploradores... con el director del Gimnasio... con todos los cargos que pueden tener relación con la vida de un muchacho en una ciudad pequeña. Todo aparecía clarísimo y sólido. Expedientes, hazañas, conocimientos, formaban un paquete manejable. El recuerdo de un hombre que se había criado en una ciudad pequeña persistía fijo en las mentes de las personas cuyos mundos, por lo demás, eran más bien reducidos. El periódico de Vista se había sentido obligado a publicar la biografía de Prochaska en la primera plana, bajo el titular: UN VISTANO DESEMBARCA EN LA LUNA. El bar local de mayor importancia tenía en proyecto una fiesta Prochaska y el alcalde de la ciudad acababa de proclamar la Semana de MAX PROCHASKA.

Evidentemente, Vista estaba orgullosa de su hijo nativo, pero no tan orgullosa como la anciana pareja que todavía administraba una granja avícola en las afueras de la ciudad.

—Max es un buen muchacho —dijo la señora Prochaska con sencillez.

Su esposo dio su conformidad.

Superficialmente, la ficha de Prochaska parecía estar limpia: un buen estudiante, muy querido por todo el mundo, con las relaciones corrientes con muchachas y pecadillos tan insignificantes que apenas si merecían ser nombrados. La última visión del agente fue un cartel colgado en el límite de la ciudad y que decía: VISTA, EL HOGAR DE MAX PROCHASKA.

El zángano Panadero parecía ser un completo desastre. Se había estrellado por la cola en la cenizosa llanura a unos seis kilómetros y medio al sudeste del Azteca, a la altura del borde oriental de la curvada media luna que Prochaska había bautizado con el nombre de Lomo Espinazo.

Crag calculó que las posiciones de Bandido, del zángano Panadero y de su propio cohete, formaban burdamente un triángulo equilátero en el suelo del cráter. La sección inferior del cohete estaba deshecha y su envoltura rasgada de arriba abajo.

Crag y Larkwell estudiaron la escena desde una pequeña loma. El zángano se hallaba en un área relativamente llana a unos diez metros del filo de una profunda fisura. Estaba escorado en un ángulo muy pronunciado. Sólo el hecho de que su cola se hubiese clavado profundamente en el suelo impedía que se hubiera tumbado.

—Sería mejor echarle un vistazo más de cerca —dijo Larkwell por fin.

Crag asintió y le hizo una seña a Richter, que estaba aguardando al pie de la loma. Desde el incidente del sabotaje había dividido a la tripulación en dos secciones que variaban según la tarea a realizar. Richter era empleado por una u otra de las secciones según conviniera. No era un arreglo que le gustase a Crag, pero tampoco le parecía prudente ni seguro el permitir que alguien disfrutase del privilegio de estar a solas.

Richter dio un rodeo a la base de la loma y se les unió. Cuando llegaron al cohete, Larkwell dio vueltas a su alrededor unas cuantas veces, estudiándolo desde todos los ángulos.

—Podríamos sacar algo —dijo por fin.

Su voz comportaba una nota de duda. Alzó la cabeza y contempló al cohete una vez más.

—Es posible que parte del cargamento se haya salvado.

—Así lo esperamos —dijo Crag.

—Pero yo no estaría muy seguro.

—¿Crees que podríamos entrar?

Larkwell contestó con tono tajante:

—En este cacharro no. Primero hay que bajarle los morros. La criatura está a punto de caerse.

Estaban discutiendo lo que tendrían que hacer cuando Prochaska llamó por el interfono.

—La Base quiere un informe sobre Panadero

Maldita Base, pensó Crag con malhumor. Se quedó mirando al cohete.

—Diles que todavía está aquí.

Inmediatamente se sintió deprimido. La torsión, se dijo. Desde que despegaron, su vida había sido una sucesión de momentos críticos, cada uno un poco más difícil que el precedente. No era él el único que reaccionaba de aquella manera. Su mente se volvió hacia Nagel. El hombre del oxígeno se había hecho sombrío, irritable, y estaba casi totalmente separado del grupo. Crag pensó que se trataba de un pobre hombre solitario y amargado. Incluso Larkwell estaba empezando a mostrar los efectos de la lucha de todos ellos por la supervivencia. Su jovialidad normal se veía interrumpida por períodos de murria. Solamente Prochaska se las arreglaba para mantener su actitud de calma imperturbable, pero los efectos desmoralizadores se estaban acusando en él físicamente. Su rostro era una máscara de pergamino pegada fuertemente a una calavera, acentuándose así el cansancio de sus ojos hundidos.

En cambio, Richter parecía prosperar a ojos vistas. ¿Por qué no? Era un hombre condenado al que, de pronto, se le concede un nuevo plazo de existencia y que no tiene responsabilidad ni carga alguna sobre sus hombros. De momento, estaba dándose una buena vida. Claro que no se hallaba en una situación muy envidiable. Nagel le manifestaba una abierta hostilidad. Su conducta y sus miradas se encaminaban siempre al propósito de hacerle ver al alemán que era un intruso indeseable. La actitud de Larkwell era de distanciamiento. Sencillamente, actuaba como si el alemán no estuviese en la Luna. Cuando, en el curso del trabajo, se le hacía necesario darle una orden a Richter, se limitaba a dirigirle un gruñido sombrío. Prochaska ocultaba cualesquiera pensamientos que pudiese tener con relación al alemán. No, pensó Crag, la situación de Richter no tenía nada de fácil.

Trató de sobreponerse a su mal humor. Pero su mal humor no cedía. Comprobó sus existencias de oxígeno, y decidió alargarse hasta Bandido antes de regresar. Cuanto antes empezaran la tarea de salvar lo aprovechable, tanto mejor. Comunicó el plan a su compañero.

Larkwell protestó:

—Es más importante abrir a esta criatura. Nunca empezaremos la construcción de la cámara de descompresión si nos ponemos a dar vueltas por este maldito desierto.

—Ya nos ocuparemos de eso también —prometió Crag luchando por mantener su cólera bajo control—. Yendo desde aquí andaremos tres kilómetros menos que haciendo un viaje ex profeso al Panadero.

—Como quieras —dijo el encargado de las construcciones con tono áspero.

Crag inclinó la cabeza secamente y empezó a andar hacia el cohete enemigo, oculto ahora a la vista por formaciones de roca que se interponían. Por un convenio tácito, Larkwell marchaba en retaguardia, dejando a Richter emparedado entre los dos. El alemán vivía bajo la vigilancia constante de uno u otro miembro de la tripulación. El propósito de Crag era conservar este

sistema en todo momento.

El viaje resultó más difícil de lo que había previsto. Dos veces se vieron obligados a dar un rodeo en torno a profundas grietas. No habían avanzado mucho cuando el contador de radiactividad de Crag dio signos de vida. Tomó nota del lugar, pensando que más tarde tendrían que trazar un croquis con los límites del área radiactiva. Una o dos veces computó su rumbo con Prochaska. Su medidor de oxígeno le decía que era preciso que se diesen prisa en el momento en que rebasaron una pequeña loma de roca cristalina y vieron la nave.

Se detuvo y se volvió mirando a Richter. Si esperaba alguna manifestación emocionada por parte del alemán, sufrió un desengaño. Su rostro seguía impasible. A Crag le dio la impresión de que no estaba viendo realmente el cohete, que estaba mirando más allá, a la nada. Tras la placa facial, sus ojos eran charquitos vacíos.

—No tuvimos tiempo de enterrar a sus compañeros —dijo Crag con tono prosaico.

Señaló al cohete con un movimiento de la cabeza y su voz se hizo cruel al informar:

—Todavía están ahí.

La expresión de Richter siguió imperturbable.

—Aquí eso no importa mucho —dijo por fin el alemán.

Se volvió y se quedó mirando a Crag cara a cara.

—Es preciso que sepa usted una cosa. Ellos —y enderezó el brazo hacia Bandido— eran los militares.

—¿Y usted?

Richter dijo secamente:

—Yo soy un científico.

—Que destruyó nuestro zángano creyendo que éramos nosotros.

Se quedaron mirando el uno al otro a través del lúgubre desierto lunar. Los ojos del alemán se habían convertido en fuegos azules, carbones de zafiros estallando en llamas.

—No me importa lo que usted piense —dijo al cabo de un momento—. Mi conciencia está limpia.

—¡Un cuerno!

Larkwell escupió la palabra con disgusto. Richter se encogió de hombros y se volvió de espaldas al cohete. Crag se le quedó mirando con emociones diversas. Una cosa estaba clara, pensó. Richter era un tipo frío. Había visto nuevas profundidades en sus ojos azules cuando se quedaron mirando el uno al otro cara a cara. Eran ojos duros, engastados en hielo... los ojos de un fanático... o de un santo. Borró aquel pensamiento.

Prochaska se puso al interfono para preguntarle cómo estaban de oxígeno. Crag hizo la comprobación y se irritó al ver que tenían lo suficiente nada más que para el regreso y para permanecer pocos minutos en el cohete. Abrió el portillo pensando que había que deshacerse de las armas. Podrían ser

peligrosas en manos hostiles. No había podido llevárselas en el primer viaje. Entonces las había considerado como algo completamente inútil en la Luna. Ahora no estaba tan seguro.

A toda prisa estudió la cabina espacial, buscando la información que Gotch había solicitado. El suelo y las paredes estaban pesadamente acolchados con un material de caucho de tipo espumoso destinado a absorber la vibración y a atenuar los ruidos. En los lados de los controles no había superficies metálicas proyectadas hacia adelante, ni ángulos bruscos... las lumbreras para la visión eran más grandes... los cojincillos de la aceleración más estrechos y más gruesos. Por lo demás, las cabinas de los dos cohetes eran totalmente similares. Estaba examinando el contenido del cuarto de las provisiones cuando Larkwell le recordó que el oxígeno disminuía. A toda prisa, se cargaron seis cilindros de oxígeno de Bandido e iniciaron el regreso a través de la desolada llanura de Arzachel.

Crag había dividido arbitrariamente el día lunar en períodos de veinticuatro horas que correspondiesen al tiempo terráqueo. Doce horas se consideraban como "día"; y las otras doce horas se tenían por "noche". Estableció períodos regulares de comunicación con objeto de fijar un horario para sus actividades. En virtud de aquel convenio, la Base Alpina comunicaba exactamente media hora después del desayuno, a las 0500 por el reloj terrestre, volviendo a comunicar después de la comida de la noche. Prochaska se encargaba de vigilar el canal durante el trabajo del día, con objeto de atender a posibles mensajes urgentes. El horario les permitía un período de doce horas de trabajo durante el día y otro período de tres horas, de siete a diez de la "noche", inmediatamente después de la cena. Los períodos de comunicación degeneraron rápidamente en sesiones rutinarias, lo cual no dejaba de parecerle a Crag un buen síntoma, pero Gotch seguía ocupándose de todo. Crag sentía la satisfacción de reconocer en todo la mano del coronel. En consecuencia, cuando el comunicador dio signos de vida a mitad del período regular de doce horas de trabajo, sospechó que se estaría amasando algo, algo que no iba a gustarle. Lo mismo pensó Prochaska. Su voz al llamar a Crag para que acudiese al comunicador, presagiaba jaleo.

Crag usó los micrófonos de labio y auriculares de oreja para obtener así el mayor secreto y contestó a la señal de llamada con una clara sensación de inquietud. Como esperaba, quien había llamado era Gotch.

—El zángano Carlitos ha sido lanzado a las 0600 —le dijo a Crag—. Le proporcionaremos los datos por los canales regulares. —Se produjo un breve silencio—. Este llegará a su destino —añadió significativamente.

Crag replicó con frialdad:

—Haremos todo lo posible.

—Sé que lo harán, comandante. En ese aspecto no tengo temor alguno. ¿Cómo van las cosas?

La voz nasal, a través de los abismos del espacio, adoptaba un tono

solícito que le puso los nervios de punta. Algo debe ir mal, algo se ha fastidiado, pensó. El coronel daba la impresión de un médico preguntándole a un moribundo cómo se siente.

—Muy bien, todo parece estar en regla. La nave está ya colocada en forma y Larkwell piensa que podremos arreglárnoslas bastante bien con el zángano. Parece que está en mejor forma de lo que pensamos en un principio.

—Bueno, bueno, me alegro de saberlo. De vez en cuando se necesita que le regalen a uno los oídos, ¿verdad?

—Sí; pero estoy seguro de que usted no me ha llamado para darme ánimo —dijo Crag secamente—, ¿Qué se trae entre manos?

El silencio se impuso de nuevo, esta vez un poco más largo.

XIII

—Están ustedes en un aprieto. —Gotch hablaba como un hombre que elige cuidadosamente sus palabras—. El Servicio de Información nos comunica que otro cohete ha sido disparado desde el este del Caspio. Los detectores de la Marina le siguen el rastro.

Crag aguardó en silencio.

—Hay dos posibilidades —continuó Gotch—. La primera suposición, que es la más lógica, es la de que vaya tripulado. Deducimos eso del hecho de que su primer cohete tripulado tuvo éxito, por lo menos en lo que se refiere a llegar a la Luna. La conjetura se ve apoyada, además, por su trayectoria y por su ritmo de aceleración.

Su voz se debilitó.

—¿Cuál es la segunda posibilidad? —urgió Crag.

—Cabeza atómica —replicó Gotch sucintamente—. El Servicio de Información nos comunica que el enemigo está dispuesto a borrar a Arzachel de la faz de la Luna si no consiguen hacerse con ese territorio. Y por ahora han fracasado.

Crag dio vueltas en su cabeza a aquella idea. Dijo animosamente:

—Dudo de que puedan colocar una cabeza atómica en Arzachel. Eso requiere mucho trabajo. ¡Demonios, ya es bastante difícil dirigir la cosa desde aquí mismo, cuanto más desde la Tierra!

—Creo que tiene usted razón, pero, de todas maneras, podrían intentarlo. —La voz de Gotch cobró un tono de aspereza—. He aquí como vemos el panorama. Creemos que el cohete transporta a un grupo de desembarco que tiene el propósito de establecer una Base Lunar. En Arzachel, naturalmente, porque ahí es donde está el filón.

—Dicho más claro, que usted espera un ataque a la Base del Campo Pickering —interrumpió Crag.

—Pues sí; creo que es una sospecha razonable...

Crag sopesó la información. Probablemente, Gotch tenía razón. Una explosión nuclear en la Luna podría ser detectada en la tierra. Eso sería tomar el rumbo peligroso, el chispazo que pudiera desembocar en la Tercera Guerra mundial, y quizás en una nueva era cavernaria.

El ataque con un grupo de desembarco parecía más lógico. Estuvieron debatiendo aquellas ideas por una y otra parte durante algún tiempo. El coronel sugirió que poco antes de la fase de alunizaje del Perro Rojo —el nombre que en clave se le había asignado al nuevo cohete— apostara Crag centinelas armados en puntos que cubriesen al Azteca.

—Podrían ser de alguna utilidad las armas automáticas que han encontrado ustedes en Bandido —concluyó Gotch secamente.

Crag no se mostró de acuerdo. No creía que un ataque adoptase la forma de un simple asalto a mano armada.

—Eso nos daría tiempo para transmitir un mensaje —argüía—. No pueden permitirse ese lujo.

Gotch replicó que tampoco era fácil que desde el cohete enemigo pudieran lanzar un proyectil dirigido estando todavía aquel en el espacio.

—Un arma teledirigida no podría distinguir entre el Azteca, el Panadero y el Bandido —dijo.

—Pero es que pueden tener algún procedimiento de aniquilación rápida —insistió Crag.

—Puede que tenga usted razón. ¿Se le ha ocurrido un plan mejor?

Crag dijo que sí y se lo esbozó con algunos detalles. Gotch estuvo escuchando sin hacer comentarios hasta que el otro hubo acabado.

—Puede que dé resultados —dijo por fin—. Sin embargo, va a estar usted muy apurado de tiempo, suponiendo que puedan lograr todo eso que me dice.

—¿Por qué no hemos de poder?

—Usted no es Superman, comandante, ni tampoco los otros tienen nada de superhombres —dijo lisamente—. Los psiquiatras de aquí nos informan que esa tripulación, como tales individuos, debe estar cerca del punto crítico. Sabemos lo que es la tensión acumulada. Para hablarle con franqueza, le diré que esa es una perspectiva que nos tiene muy preocupados.

—Que se vayan al cuerno los psiquiatras —declaró Crag con una convicción que no existía—. La gente no se vuelve loca cuando su vida depende de que estén cuerdos.

—¿No?

La sencilla palabra llegó, a través del vacío, suave y plácida.

—Le aseguro que podemos hacerlo —persistió Crag.

—Muy bien, estoy de acuerdo con el plan. Creo que está equivocado, pero usted es el comandante en jefe. —Su voz sonaba inexpresiva—. Buena suerte.

Cortó bruscamente. Crag se quedó mirando unos momentos en silencio al tablero de mando. He aquí otro problema que resolver, otra solución a inventar. Tal vez Gotch tuviese razón. Tal vez terminarían todos como candidatos para la Academia de los Chiflados si es que vivían bastante para eso. La idea no le hacía ninguna gracia. Bueno, lo mejor sería ponerse en movimiento. Había que hacer un montón de cosas. Levantó la mirada y vio la pregunta en los ojos de Prochaska. Lo mejor sería decírselo todo, pensó.

Repitió la información que Gotch le había dado, juntamente con el plan que él le había propuesto al coronel. Prochaska escuchó con gran calma, asintiendo de cuando en cuando. Una vez que hubo acabado, discutieron los pros y los contras de la proyectada línea de acción de Crag. Prochaska pensó que daría resultados. Al final, decidieron desarrollar el plan sin decirles a los otros la historia completa. El nuevo peligro podría representar el estallido de la neurastenia, especialmente en Nagel, y necesitarían un buen técnico de oxígeno en los días venideros. Crag cogió el interfono y llamó a Larkwell que

estaba trabajando en la sección de cola con los otros dos.

—Juzgando por lo que has visto de Bandido, cuánto crees que se tardaría en hacerlo habitare como campamento de todos nosotros?

—¿Por qué? —preguntó el otro desconfiado.

—No tengo tiempo de explicártelo ahora —dijo Crag con sencillez—. Tú dame tu cálculo.

—No puedes hacerlo habitable. Está en un sitio peligroso.

—Déjate de peligros. La radiactividad no es tan fuerte como tú crees. Dame el cálculo.

Larkwell estuvo pensando unos momentos.

—Hay muchísimo que soldar en la envoltura, suponiendo que podamos sacar el metal necesario de Bandido. Tendríamos que llevar un montón de herramientas por el maldito desierto...

—¿Cuánto tiempo? —cortó Crag.

—Bueno, por lo menos tres días. Pero esa es una cifra mínima.

—Es la cifra que hay que conseguir —ordenó Crag con firmeza—. Empieza ahora mismo. Que te ayuden Nagel y Richter. Cargad las herramientas que necesitéis y poneos en camino antes de :comer.

—¿Ahora? —preguntó Larkwell con voz incrédula—. ¿No vamos a terminar antes esto que estamos haciendo? La cámara de descompresión es de una importancia fundamental.

—Déjalo todo —dijo Crag concisamente.

Se produjo un silencio al otro extremo del interfono.

—Está bien —gruñó por fin el encargado de las construcciones.

Crag sugirió que Prochaska hiciera el primer viaje con los otros para revisar el equipo electrónico de Bandido. Quería saber qué reparaciones y modificaciones serían necesarias para hacerlo utilizable. El jefe se mostró encantado. Iba a ser la primera vez que salía de la cabina espacial desde la fecha en que alunizaron.

Desde la lumbrera, Crag les vio ponerse en marcha. Era imposible distinguir a cada uno de los miembros de la tripulación con aquella voluminosa indumentaria. La carga de oxígeno y la de herramientas seleccionadas por Larkwell les daban un aire de bestias de carga, a pesar de la escasa gravedad. Empezaron a caminar en fila india, serpenteando lentamente por la llanura. Se le ocurrió el pensamiento de que parecían grotescas formas de vida de algún planeta extraño. Por un momento, se sintió disgustado y un poco culpable por haber tenido que enviar también a Nagel a la caminata. El hombre del oxígeno estaba ya en un estado de fatiga constante. Pero no se podía permitir que alguno tuviese las ventajas del descanso. Había que trabajar sin remedio, como esclavos, si querían sobrevivir.

Se le ocurrió luego que éste era un momento de gran riesgo. De las cuatro figuras que se arrastraban hacia Bandido, una era un enemigo... otra, un saboteador. Pero ¿qué podrían conseguir uno u otro dando un golpe ahora?

¡Nada! *Nada mientras yo viva,* pensó. De una manera extraña, Richter le preocupaba más que el saboteador. Había en aquel hombre algo que no se podía descifrar, una armadura a través de la cual no se lograba penetrar. Se le ocurrió pensar que, exteriormente al menos, Richter se parecía mucho a Prochaska: era callado, tranquilo, firme. Ejecutaba las tareas que se le asignaban sin hacer preguntas, sin evidenciar ninguna hostilidad ni ningún resentimiento. Aparentemente, no se daba cuenta de los desprecios de Nagel y de los intermitentes sofiones de Larkwell. Desde el punto de vista de la utilidad, era una adquisición, una bestia de carga que desarrollaba mucho más trabajo que Nagel.

Decidió que no podía borrar al alemán como factor con el que había de contar continuamente, contar con él y vigilarle. No era un hombre ordinario. De eso estaba seguro. La presencia de Richter en el primer cohete a la Luna del enemigo era un amplio testimonio de su prominencia. ¿Cuáles eran sus pensamientos? ¿Cuáles sus planes? ¿Qué fuegos ardían bajo su apariencia de placidez? A Crag le habría gustado saber todo aquello. Pero sólo estaba seguro de una cosa. Nunca debería bajar su guardia. Ni un solo segundo.

Suspiró y se retiró de la mirilla. Había acumulado un montón de datos. Le había dado a la Base trabajo suficiente para sacar a Gotch de sus casillas. Hizo funcionar el comunicador acordándose de Ann. Probablemente estaría ahora en relaciones con algún otro, pensó con amargura.

El trabajo en Bandido iba progresando lentamente. A cada nueva tarea, Nagel se acercaba más y más al borde del agotamiento. Crag esperaba que se derrumbase de un momento a otro. Su desintegración anímica le apartaba cada día más del grupo. Comía en silencio y con la mirada huida. No protestaba de las horas de trabajo, pero lo que llegaba a hacer era insignificante. Larkwell se mantenía en forma, pero se iba tornando más y más silencioso. Sonreía raramente... Nunca gastaba bromas. De vez en cuando, se mostraba gruñón o irónico, refiriéndose a Bandido como al “cajón caliente del comandante”.

Richter permanecía impersonal y distanciado, pero ejecutaba las tareas que se le asignaban sin resentimiento aparente. Crag notó que se situaba siempre lo más lejos posible de Larkwell, tal vez porque temía alguna violencia por parte del musculoso hombre de las construcciones. Unicamente Prochaska conservaba su aire jovial, por lo que Crag le estaba agradecido.

Ahora les estaba viendo regresar de Bandido en la tarde del tercer día después del cálculo de Larkwell. Las cuatro figuras aparecían separadas a lo largo de medio kilómetro. Consideró aquello como un mal presagio. Ya no trabajaban como una tripulación unida sino como individuos aislados, cada uno de ellos en un mundo distinto, excepto Prochaska. Se apartó de la lumbrera con la sensación, ya familiar, de que el tiempo se le estaba echando encima, y mentalmente revisó todo lo que quedaba por hacer.

Convertir a Bandido en un sitio habitable era ya un hecho. Quedaba todavía la ardua tarea de transportar las provisiones y las herramientas al

cohete enemigo. Había que tumbar al zángano Panadero y salvar su cargamento. Después estaba la cuestión del zángano Carlitos que por ahora no era más que una mota diminuta en el gran vacío existente entre la Tierra y la Luna, pero que en menos de cuarenta y ocho horas sería toneladas de metal precipitándose por encima de los bordes de Arzachel. Y esta vez no podían fallar la pelota. La construcción de la cámara de descompresión en la grieta quedaba como proyecto para un futuro inmediato, problema opresivo que le causaba no pocas preocupaciones. Había otros problemas también, como la cuestión del Perro Rojo y la posible batalla por el dominio de la Luna.

En particular, lo del Perro Rojo se había convertido en la primera sombra capaz de oscurecer las cenizosas llanuras de Arzachel. Pensó luego en el desarreglo emotivo que había echado su zarpa de acero sobre la expedición y se preguntó si podrían seguir resistiendo en los días por venir. De todas formas, la tarea de colonizar la Luna aparecía de una complejidad formidable. Se sacudió sus temores y empezó a planear el paso próximo.

Aquella tarde, Crag suprimió el período usual de trabajo de tres horas que seguía a la cena. Nagel se tumbó en su colchoneta y se quedó dormido casi instantáneamente. Su respiración era un áspero jadeo. Por sugerencia de Crag, Prochaska se encargó de la vigilancia hasta la media noche Crag se encargó del resto, para permitirles a Nagel y a Larkwell toda una noche de descanso.

Mientras que los demás dormían, Crag cavilaba junto a la lumbrera. En cierta ocasión se pasó la mano por la cara y se sorprendió al notar su dureza. Todo hueso y nada de carne, pensó. Miró hacia el muro septentrional de Arzachel.

Dentro de pocas horas el zángano Carlitos aparecería llameante sobre el borde, y Perro Rojo vendría pisándole los talones.

XIV

—Adam Crag no era un hombre temeroso de Dios —declaró el ministro pomposamente.

Su tono daba a entender que Crag había sido lo más opuesto.

—En eso no se parecía en nada a sus padres. Tenía la mejor guía familiar del mundo, pero dejó de asistir a las clases dominicales en cuanto que tuvo cierta independencia. Y aun me temo que después haya ido muy pocas veces a la iglesia. —Miró al agente frunciendo el ceño—. Quizás un mundo impío como el de la Luna sea su justo castigo.

Un mecánico de automóviles, un vendedor de chatarra y el propietario de un almacén de herramientas, tenían muchísimas cosas que decir acerca de Adam Crag. Lo mismo le pasaba al dueño de un pequeño aeropuerto particular. Todos ellos le recordaban como a un muchacho con insaciable apetito de desmontar coches en piezas para convertirlas en lo que el tratante de chatarra llamaba "porquerías supersónicas."

Mucha gente de El Cajón, extraño nombre en español de la pequeña ciudad, recordaba a Adam Crag. Lo raro del caso era que todos sus maestros en la enseñanza secundaria recordaban, sin dificultad, las manías y aptitudes de su antiguo alumno. Uno de los maestros resumió la opinión general diciendo.

—Era de esa clase de muchachos.

El médico de cabecera era quien podía contar más cosas acerca de Adam. Estaba retirado desde hacía mucho tiempo, un plácido septuagenario que había preferido pasar sus últimos años en la misma casa, enclavada en un viejo sector de la ciudad, en la que había nacido.

Estaba allí sentado en su mecedora, balanceándose y charlando, rememorando "la adolescencia del joven Adam", como él decía. El agente se sintió a sus anchas desde las primeras palabras. Los comentarios del doctor teman poco parecido con un panegírico.

Acabó y guardó silencio, golpeando una negra pipa de brezo contra la palma de la mano, mientras parecía contemplar al agente con ojos que habían dejado de ver hacía mucho tiempo.

—Hay otra cosa —añadió por fin—. Adam era un verdadero demonio con las chicas.

El agente empezó a comentar que el expediente de Crag daba la impresión de una lista de nombres femeninos, pero se calló a tiempo. No quería imbuir en el testigo ningún prejuicio.

La Hora Cero en las llanuras de Arzachel. El Sol, una bola de brillantez intolerable pegada sobre el cielo de ébano, había iniciado su caída hacia el horizonte. Las sombras en la llanura estaban alargándose, precursoras de la amarga noche de dos semanas que tendría que venir. Se arrastraban desde las

abruptas paredes del cráter amenazando engullirse a la Base Pickering con helados dedos.

Crag y Prochaska estaban ahora solos, en la rayada cabina del Azteca. Nagel y Richter, bajo el mando de Larkwell, se habían puesto en marcha hacia Bandido una hora antes con la última carga de impedimenta. A Crag le disgustaba tener que dividir a la tripulación, pero no veía otra alternativa. Era necesario arriesgarse. El elemento de certidumbre, la capacidad de predecir, las expectativas de la lógica, todo eso había desaparecido, desterrado por los caprichos del azar. Era todo lo que podían hacer. Más allá de eso, el destino que fuera a ser el suyo dependía del caótico entrecruzamiento de fuegos procedentes de elementos humanos concertados contra la arquitectura del cosmos. Eran peleles agitados por la lotería definitiva de la probabilidad.

Prochaska interrumpió el silencio.

—Ya debe faltar poco.

Los ojos de Crag permanecían clavados en los instrumentos. El zángano Carlitos y el Perro Rojo iban surcando el espacio separados por una media hora escasa de distancia de vuelo. A pesar del enorme impulso inicial de despegue del zángano, el abismo entre los dos cohetes se había estrechado hasta un punto peligroso. Carlitos estaba decelerando rápidamente, disparando espasmódicamente las llamas de sus cohetes de freno para aflojar su vuelo implacable.

—Será mejor que nos pongamos los trajes —dijo Crag por fin—. Tendremos que salir de este cacharro en el mismo momento en que descienda Carlitos.

Prochaska asintió. Se pusieron sus trajes sin inyectarles presión de momento, para que les fuera permitida una movilidad completa. En los minutos que habrían de seguirse, Prochaska en particular, no podía estar embarazado por la rigidez que poseía el traje de presión una vez inflado.

Se volvieron hacia el panel de control. Carlitos venía lanzado sobre Alfonso, precipitándose sobre el lúgubre paisaje lunar con una velocidad increíble. La voz mecánica de la Base zumbaba un arroyo de datos. Hubo un rápido cambio de información entre Prochaska y la Base. Al terminar esto, Prochaska empezó a tomar el control del zángano. Crag le miraba tensamente. Los dedos de Prochaska, aunque encajados ya en el pesado material del traje espacial, se movían con seguridad. A los pocos momentos, habló sin levantar la vista.

—Ya lo tengo cogido —dijo lacónicamente.

Estudió los instrumentos y luego sus dedos buscaron los botones que controlaban los cohetes delanteros de freno de Carlitos.

Crag pensó: *Ahora es.* En el espacio de breves momentos, el zángano había cubierto el cielo que se extendía sobre el suelo desolado entre Alfonso y Arzachel. Rebasó los ceñudos acantilados a una distancia de poco menos de setecientos metros. Vio el cohete por la claraboya de babor. Un vapor blanco flameaba de sus cohetes de morro. El jefe lo había puesto bajo deceleración

total. La nube de vapor cubría el cuerpo del cohete. Prochaska movió el control de dirección y el cohete se lanzó hacia arriba en un ángulo siempre creciente de elevación. Crag doblaba el cuello para seguir viéndolo. Pensó que su velocidad de ascenso era demasiado rápida, pero Prochaska permanecía imperturbable. La calma con que afrontaba el problema de alunizar al zángano le daba a Crag una confianza renovada.

De repente, pareció que el zángano Carlitos se quedaba colgado en el cielo. Una afilada aguja milagrosamente suspendida en el firmamento. Luego empezó a caer... a caer. Estallidos de humo y de vapor blanco salían disparados de sus toberas de cola, haciéndose más y más continuos a medida que el cohete se precipitaba hacia la llanura. El zángano se perdió de vista dentro de las nubes formadas por él mismo, pero Prochaska seguía su progreso por los chorros de vapor que brotaban del filo más bajo. Estaba sacando de los frenos de cola hasta la última onza de energía. De repente, el cohete produjo la impresión de haberse quedado colgado en el aire. El abismo entre él y el duro suelo que había abajo parecía que no terminaba de cenarse. Crag llegó a creer que los humeantes tubos de popa habían vuelto a lanzar el zángano hacia el cielo. Pero no. Otra vez estaba descendiendo, lenta, lentísimamente.

Prochaska movió otro control. Un servomecanismo dentro del cohete cobró vida y un enrejado metálico, con apariencia de tela de araña, sajó disparado de su alojamiento de cola. El cohete fue bajando con firmeza cada vez más lento, hasta que por fin se detuvo. El enrejado amortiguador, encargado de absorber el choque, se dobló, quedó retorcido. En el mismo instante, Prochaska silenció los cohetes. El zángano tomó asiento, sus tubos de cola empotrados en la pulverulenta ceniza de la llanura, escasamente a kilómetro y medio del Azteca.

—Perfecto.

Prochaska parecía complacido consigo mismo. Su delgado rostro se abrió en una sonrisa satisfecha.

—Bonita faena —concedió Crag—. Ahora salgamos de esta trampa.

Por un instante, sus ojos se posaron en la pantalla. El Perro Rojo había pasado ya por encima de Ptolomeo. Cerró la mirilla de su casco, conectó el interfono y dio la vuelta a la válvula de oxígeno. Su traje empezó a hinchársele y a enrigidecérsele contra su cuerpo. Cuando tuvieron la presión necesaria, abrió la escotilla y saltaron a la llanura. Cerró la escotilla tras ellos y empezó a caminar en dirección a Bandido con el jefe pisándole los talones.

Se movían lo más rápidamente posible. En el espacio vacío, sus pesadas botas levantaban pequeños surtidores de polvo que caían con la misma rapidez que se alzaban. De vez en cuando, Crag miraba hacia los acantilados del borde. Prochaska caminaba con la cabeza gacha. Su respiración jadeante en los interfonos sonaba en los oídos de Crag con una nota de dureza. Indudablemente, las largas horas de manejo de los instrumentos del Azteca le habían agotado. El auricular-micrófono de su casco empezó a funcionar. Era

Larkwell.

—Perro Rojo acaba de cruzar el borde —les dijo.

Crag miró hacia atrás. Sus ojos captaron la estela de vapor blanco sobre el acantilado antes de ver a la nave misma. Esta se hallaba ya en posición vertical, bajando entre una nube de vapor blanco que brotaba de sus cohetes de freno de popa.

—Que todos desconecten sus interfonos —ordenó—, De ahora en adelante operaremos en silencio.

El sistema de interfonos del Perro Rojo podría o no estar en la misma onda que ellos usaban. No quería correr aquel riesgo.

—Está bien —contestó Larkwell—. Cerramos.

Crag recordó que los interfonos del alemán estaban todavía conectados. Aquello había sido un error. Decidió dejar los suyos abiertos, puesto que así se daría cuenta si alguien trataba de poner en guardia a la tripulación del Perro Rojo. Se volvió hacia la nave. El Perro Rojo estaba descendiendo a tres o cuatro kilómetros del Azteca en la dirección del deteriorado Panadero.

Humo blanco y llamas brotaban de sus tubos de popa. Iba frenando visiblemente a medida que se aproximaba a la superficie lunar. Pensó que un corte a plomo que bajase a lo largo del eje mayor de la nave-cohete formaría un perfecto ángulo recto con la superficie de Arzachel. El piloto es bueno, pensó. Se quedó mirando hasta que la nave tocó en el suelo donde, por un momento, quedó vacilando sobre sus tubos de popa antes de quedarse inmóvil. Luego se dio prisa en volver junto a Prochaska.

Tras su máscara, el rostro del jefe aparecía cubierto de sudor. Jadeaba pesadamente. Crag le hizo señas de que le siguiera y se colocó detrás de un pequeño montículo de rocas donde podrían librarse de ser detectados. El morro de Bandido emergía en el cielo a kilómetro y medio de distancia. Se encaminó hacia allá y le hizo señales a Prochaska para que continuase. El jefe asintió, dando a entender que había comprendido y empezó a caminar en dirección a Bandido.

Crag inició el ascenso de un pequeño lomo de piedra que se extendía ahora entre él y el Perro Rojo. Se detuvo poco antes de llegar a la cresta y buscó un sitio seguro como puesto de observación. A su derecha, una dentuda escultura rocosa se extendía sobre el espinazo del lomo. Oblicuó hacia aquella parte y luego siguió los montículos hasta un punto desde donde podía ver la llanura que se extendía al otro lado. El Perro Rojo tenía la cola clavada en la ceniza a unos seis kilómetros de distancia.

Figurillas diminutas se agitaban junto a su base, pequeñas burbujas de movimiento contra el suelo del cráter. Ningún sonido rompía el silencio de los interfonos abiertos de Crag. Tomó aquello como un signo de que el equipo del Perro Rojo operaba en otra longitud de onda. Pero no podía estar seguro. La tremenda ventaja de estar en comunicación con sus propios hombres debía quedar descartada.

Su vigilancia se vio recompensada minutos más tarde cuando las

burbujas en torno a la base de Perro Rojo empezaron a moverse en dirección al Azteca. Cayó en la cuenta de que los otros no podían ver al cohete desde donde estaban, debido a las pequeñas colinas que tenían por medio, siendo así que, en cambio, tanto Panadero como Carlitas resultaban claramente visibles. Se imagine que la posición horizontal del Azteca les había permitido fijar la identidad del mismo, incluso mientras estaban todavía en el aire. Uno de los tripulantes del Perro Rojo, seguramente el jefe, iba a la cabeza de sus compañeros. Los otros des parecían estar luchando con algún objeto que transportaban entre ambos. Se movían muy juntos, haciendo un alto de cuando en cuando. Volvió su mirada hacia la nave-cohete, conjeturando que otro tripulante debía de haberse quedado atrás. Si era así, estaría en la cabina espacial. La nave no daba signo alguno de vida. El grupo de desembarco se aproximó a una pequeña loma desde la que se dominaba el Azteca, colocándose de esta forma más cerca de su campo de visión.

Vio que los dos hombres que seguían al jefe tenían dificultades con su carga. Andaban despacio con inseguridad, deteniéndose de cuando en cuando. El hombre que guiaba inició el ascenso del lomo rocoso que dominaba el Azteca. Sus movimientos eran lentos y cautelosos. Se acurrucó cerca de la cresta, escrutando la llanura antes de hacerles señas a sus compañeros para que le siguieran. El gesto reveló a Crag que sus interfonos estiban desconectados. Los tripulantes al pie de la loma empezaron a subir moviéndose con extrema dificultad. Les estuvo mirando, sin dejar de hacerse preguntas, hasta que se unieron con su jefe. Se pararon un momento examinando la llanura, luego, dos de los hombres se inclinaron sobre la carga que habían izado hasta lo alto de la loma.

Un arma, sospechó Crag. Trató de distinguir su forma, pero no lo consiguió. Unos cuantos momentos más tarde uno de los hombres retrocedió. Un surtidor blanco se alzó de la colina. Una estela de vapor salió disparada hacia el Azteca. ¡Aquello era una rampa portátil de cohetes! Sus ojos siguieron el vuelo del proyectil. La estela de vapor acabó en la diana justa. Un instante más tarde el Azteca se desintegró. Negros fragmentos de la nave salieron lanzados hacia el cielo lunar, perdiéndose de vista. En el espacio de pocos segundos, tan sólo unos retorcidos centímetros de metal marcaban el sitio donde tuvo lugar el primer alunizaje del hombre. *¡Cielo santo, qué arma!*, pensó. No se había limitado a abrir un agujero en el Azteca. Lo había desintegrado totalmente. Aquella era una noticia a propósito para Gotch. Borró el pensamiento y vigiló.

Las figuras de la loma escrutaron el escenario durante un largo rato. Finalmente se volvieron e iniciaron el regreso, llevándose consigo la rampa & cohetes. El acto de recogerla le indicó que el Perro Rojo llevaba más cohetes que el recién disparado, lo que no dejaba de parecer una idea desconcertante.

Con las mayores precauciones se retiró de su puesto y empezó a descender la loma, camino de Bandido, moviéndose con toda la rapidez que el áspero terreno le permitía. Ahora dependía todo del movimiento siguiente de

la tripulación del Perro Rojo, pensó. Una cosa era segura: sería una lucha sin cuartel. La destrucción implacable del Azteca había trazado el modelo de lo que sería la inminente batalla de Arzachel. Era una declaración de guerra de la que quedaba descartada toda norma de humanidad. Bueno, a él eso le parecía muy bien.

Respiraba pesadamente cuando llegó a un punto desde el que se veía ya a Bandido. Nagel había descompresionado la cabina y estaban aguardándoles con la escotilla abierta. Cruzó el claro y un momento más tarde estaba en la cabina espacial. Observó el indicador hasta ver que no había peligro en quitarse el traje de presión y levantar la mirilla. Cuando todos se lo hubieron quitado, miró a Richter; el rostro de éste seguía inexpresivo. Con sencillez les relató lo sucedido.

—Era lo que yo esperaba —dijo Prochaska con calma cuando hubo acabado—. Era el camino lógico.

—¿Lógico el intento de asesinar a varias personas? —preguntó Nagel amargamente.

—Totalmente lógico —interpuso Crag—. Las bazas son demasiado fuertes para que cuenten unas pocas vidas humanas. Por lo menos, sabemos lo que nos espera.

Se volvió hacia Prochaska.

—Desconecta los micrófonos de Richter hasta tanto que: se acaba esta función.

El jefe asintió. Richter se quedó quieto mientras su micrófono de labios era desconectado y retirado del casco. El rostro de Nagel mostraba una gran satisfacción ante aquel acto, pero la expresión de Larkwell era impenetrable. Crag dijo:

—La defensa de Bandido queda al mando de Prochaska. —Miró sardónicamente a su lugarteniente—. Vuestro fuerte dispone de un rifle automático. Hazlo valer si tenéis que emplearlo.

El jefe asintió. Larkwell tomó la palabra.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Yo me dedicaré a merodear con el otro rifle. Seguid con los trajes puestos y preparados a todo. Si veo que empiezan a subir la rampa de cohetes, os mandaré una señal. Si sucede eso tendréis que salir de aquí a toda prisa. Será mejor que os cuidéis de vuestras provisiones de oxígeno —añadió después de un momento de reflexión.

—Si creen que estamos todos muertos no se molestarán en cargar con la rampa —dijo Prochaska.

—Eso es de esperar.

Crag cambió su cilindro de oxígeno por uno nuevo, luego comprobó el estado de uno de los rifles automáticos, deslizando dos cargadores extra en su cinturón. Después de reflexionar sobre el asunto, se echó un cilindro más de respeto a la espalda atado con las correas correspondientes. Le hizo una señal a Nagel, cerró su mirilla y puso presión a su traje. Una vez descompresionada

la cabina, abrió la escotilla, oteando cuidadosamente la loma antes de descender a la llanura. Se dirigió hacia el montículo donde se dominaba el Perro Rojo. El suelo por aquella parte del espolón, era bastante llano y le permitió caminar a buen paso, pero, de todas formas, jadeaba pesadamente cuando llegó a su punto de observación en la misma cresta.

XV

En el mismo momento Crag avistó al grupo del Perro Rojo: tres figuras que avanzaban en fila india hacia el zángano Panadero. Vio con satisfacción que habían prescindido de la rampa de lanzamiento de cohetes. Tomó aquello como una señal de que creían muerta a la tripulación del Azteca. En medio de la cresta halló un hueco bastante confortable para estar sentado y se estableció allí guardando los acontecimientos.

Las figuras distantes se movían por la llanura con una lentitud enloquecedora. De vez en cuando él volvía sus ojos hacia la nave enemiga. Esta no daba signos de vida. Discutió consigo mismo si valía la pena arriesgarse a llegar hasta la nave-cohete, pero inmediatamente descartó la ida. Si lo atrapaban en campo abierto era hombre al agua

Aguardó.

Después de lo que le pareció mucho tiempo los invasores llegaron a un sitio desde el que se dominaba el zángano Panadero. Una de las figuras se quedó en un pequeño montículo por encima del zángano, mientras que las otras dos se separaban y se iban aproximando por direcciones diferentes. Aquella táctica le preocupó. Daba a entender que los recién llegados no estaban del todo convencidos de ser los únicos ocupantes del cráter Arzachel.

Después de otro rato interminable, las dos fijaras que se aproximaban al cohete, se juntaron en la base del mismo. Dieron varias vueltas alrededor del zángano y luego empezaron a caminar, esta vez en dirección al zángano Carlitos. El compañero abandonó su puesto de observación y cruzó la llanura para reunirse con los otros.

Crag se movió lleno de incomodidad. Estaba cansado y hambriento, con los músculos doloridos por la presión de su traje. Tenía el cuerpo caliente y sudoroso, y el sudor le corría desde las cejas a los ojos. Suspiró, echando de menos un cigarrillo. Aquello resultaba curioso, porque hacía más de un año que no fumaba, pero, de momento, la necesidad de tabaco le pareció irresistible. Rechazó el pensamiento.

Los invasores iban avanzando en fila india, moviéndose en una dirección que les iba acercando más y más al punto donde él se encontraba. Se retiró detrás de la cresta, moviéndose lentamente para evitar ser detectado. El sendero que ellos llevaban cruzaba por su campo de visión a una distancia de cerca de un kilómetro. En el punto más cercano vio que llevaban rifles colgados al hombro. Estimó que aquello era otra indicación de que sospechaban la existencia de supervivientes. La hilera de invasores se detuvo haciendo un alto en un punto casi frente por frente de donde él estaba. Se removió, tratando de colocar su cuerpo en una posición más confortable.

Por fin reanudaron su caminata. Antes de llegar al zángano hicieron un alto. Uno de los hombres permaneció a cubierto tras un espolón de roca mientras los otros dos se separaban y avanzaban sobre el zángano por

direcciones distintas Crag lanzó una maldición entre dientes. Desde luego, aquellos no iban a caer como inocentes chorlitos. Quizá no se tratara más que de una precaución. Una prudente táctica de Infantería, se dijo a sí mismo, pero lo cierto era que aquello entrañaba complicaciones.

Aguardó. Los dos invasores se acercaron al zángano, reuniéndose en la base de éste. Evidentemente, llegaron a la conclusión de que estaba abandonado, puesto que se alejaron a los pocos minutos, caminando para reunirse con el compañero que les aguardaba. Después de un breve cambio de impresiones se pusieron a caminar en dirección a Bandido. Aquel era el movimiento que él estaba aguardando.

Se retiró al amparo de la colina y enderezó su ruta hacia Bandido con toda la rapidez que le fue posible, tomando buen cuidado de no tropezar con las duras astillas rocosas. Se acercó al cohete pensando que la escotilla abierta sería una señal inequívoca para el enemigo. Pero no quedaba otra alternativa. Un fuerte sin troneras no era un fuerte en absoluto. Trepó hasta un punto próximo a la cresta de la loma y volvió la mirada en dirección a los invasores, sorprendiéndose al ver que estaban más cerca de lo que había supuesto. Apresuradamente retiró la cabeza, pensando que era ya demasiado tarde para advertirles a los otros que abandonasen el cohete. Si los invasores trepaban en línea recta por el lomo opuesto del ribazo, probablemente sorprenderían a su tripulación.

Examinó la loma. A su derecha una serie de espolones graníticos se desprendía de la base rocosa en una formación como de dedos. Enderezó su camino hacia tales alturas y descendió luego para hallar un refugio entre dos salientes de rocas que le permitían una visión clara de Bandido. Revisó su rifle automático, moviendo la palanquita de control para dejarlo en posición semiautomàtica de tiro a tiro. El negro rectángulo que correspondía con la escotilla de Bandido parecía sin vida.

Aguardó.

Pasaron largos minutos. Maldijo el eterno silencio de la Luna que le despojaba del uso de sus oídos. Si un cañón tronara a unos centímetros de su espalda él no oiría nada, pensó. De vez en cuando, adelantaba la cabeza ligeramente, en un esfuerzo por ver la cuesta que tenía a sus espaldas. No sucedía nada. El cuerpo le picaba debido al sudor de una forma intolerable. Reajustó la temperatura del traje, consiguiendo un pequeño alivio en el calor insufrible. De pronto, sorprendió un movimiento fuera de su mirilla e involuntariamente retiró la cabeza hacia atrás. Aguardó un momento, dándose cuenta de que el corazón le golpeaba pesadamente; luego, con mucho cuidado, se movió hacia adelante. Uno de los invasores iba bajando la cuesta por un sendero que le haría pasar a menos de treinta metros de donde él se hallaba. El hombre se movía lentamente, medio encorvado, manteniendo el rifle apoyado en su brazo.

Sabían, pensó. La escotilla abierta era la señal innegable. Miró a Bandido con ansiedad Ningún signo de vida era visible. Silenciosamente dio

gracias de que los invasores no hubieran arrastrado con ellos su rampa de cohetes. Sabía que Prochaska estaría aguardando a la sombra de la abertura de la escotilla con el rifle automático pesado dispuesto. Estimaba que la distancia entre la base de la cuesta y la nave-cohete era de unos cuatrocientos metros, lo bastante cerca para que Prochaska pudiese derribar a cualquiera que se aventurase en la llanura.

Aguardó mientras que el invasor pasaba delante de él y descendía hasta el borde de la llanura, cubriéndose entre las rocas. El individuo hizo allí alto y miró hacia atrás. Momentos después, Crag vio al segundo de los invasores que descendía por la cuesta unos cien metros más allá que su compañero. También se detuvo al pie de la roca. ¿Dónde estaba el tercer hombre? Crag pensó que era la misma táctica que habían empleado antes. Estaría cubriendo desde la loma el avance de sus compañeros. Aquello tornaba el asunto más difícil.

Observó a los dos hombres que estaban al filo de la llanura. Aquello parecía un mate ahogado Tenían que avanzar o que retroceder. El tiempo de aquellos hombres estaba gobernado por el oxígeno. Si avanzaban morirían como pichones. Prochaska no podía errar si los otros se decidían a pasar por el claro. Tal como estaba la situación ninguno de los dos bandos podía iniciar un tiroteo decisivo a la distancia que les separaba, aunque los invasores podrían meter un diluvio de balas en la escotilla abierta. Pero Prochaska habría previsto aquel peligro y dado las órdenes para refugiarse en uno de los lados de la abertura, pensó. Había otra complicación. Las balas podían ser lo bastante pesadas como para perforar el cohete. Bueno, de eso ya se preocuparía más •arde. Movió la cabeza para divisar mejor a los invasores.

El hombre que estaba más cerca de él se había acurrucado y estaba haciendo algo en el extremo de su rifle. Crag vigilaba desconcertado. De pronto, el hombre se llevó el rifle al hombro y Crag vio que había un bulto en la boca de fuego del cañón. ¡Una granada de fusil! ¡Maldita sea!, se habían traído todo un arsenal. Si lograban meter una por la escotilla abierta, la tripulación refugiada en Bandido no tendría salvación. Sin preocuparse de los otros dos tripulantes del Perro Rojo, sacó los hombros de la roca para obtener libertad je movimientos y apretó su propia arma contra el hombro. Le resultó difícil encajar el dedo en el guardamonte. El enemigo estaba tendido sobré el vientre, con las piernas separadas, moviendo el cuerpo para buscar la mejor posición en que afianzar el arma.

Crag enderezó la suya, enfilando de lleno al hombre que tenía abajo. Apretó el disparador y sintió el retroceso del arma contra su hombro almohadillado, dando luego un salto para ponerse a cubierto tras la pared de rocas. Algo le golpeó en la mirilla. Una astilla de roca, pensó. El vigilante de lo alto del lomo no estaba dormido. Crag se arrodilló y fue arrastrándose entre los espolones de roca para alcanzar una nueva posición. Los duros y aguzados fragmentos bajo sus manos y sus rodillas le traían preocupado. Una rajita insignificante y pasaría a ser el difunto Adam Crag. Por fin, llegó a un sitio desde donde podía ver la parte más baja de la loma.

El hombre sobre el que había disparado era una mancha inmóvil en el suelo rocoso, con los brazos y piernas lanzados por alto en una grotesca posición fetal. La vulnerabilidad de la vida humana en la Luna impresionó a Crag poderosamente. Un balazo en cualquier parte significaba una muerte repentina y violenta. Un disparo en el dedo resultaba tan mortífero como un tiro en el corazón. En cuanto que se perdía la presión del aire en un traje, el hombre moría con una muerte horrible en el espacio de pocos segundos. Un alfilerazo en el traje era suficiente. Sus ojos buscaron a los compañeros del muerto. La loma y la llanura parecían totalmente sin vida. Bandido era un negro monolito inclinado que se alzaba sobre el llano, pareciendo simbolizar la profunda desolación y el inmenso silencio del cráter Arzachel. Por un momento se sintió fascinado. El escenario mismo encarnaba a la muerte. Era una sensación de fantasmagoría. Procuró alejarla y aguardó. Al fin se vio recompensado por un movimiento. Una porción de roca cerca del filo de la llanura pareció alzarse y tomar forma. El compañero del hombre muerto se había puesto de rodillas y se encaraba el fusil.

Crag levantó su arma, preguntándose si acertaría a darle al hombre que tenía ante su vista. Ciento cincuenta metros para un fusilero vestido con el embarazoso traje del espacio parecía un largo trecho. Antes de que pudiera apretar el disparador, el hombre abrió los brazos echándose las manos a la garganta durante unos segundos antes de desplomarse sobre las rocas. Crag tardó unos momentos en comprender lo que había sucedido. Prochaska había actuado con presteza.

Súbitamente, una figura apareció en el oscuro rectángulo de la escotilla de Bandido, apuntando hacia la loma que estaba detrás de Crag. Aparentemente trataba de decirle algo. Crag escrutó la loma. Parecía desierta. Se volvió hacia Bandido e hizo un gesto señalando a la placa facial. El otro comprendió. Los interfonos recobraron su actividad. La voz de Prochaska fue bien acogida.

—Le estoy viendo —empezó a decir—. Está subiendo por la cuesta a tu derecha, tratando de alcanzar la parte superior de la loma. Demasiado lejos para dispararle desde aquí —comentó.

Crag se lanzó a uno de los claros y escrutó la loma a tiempo aún de ver cómo una figura desaparecía sobre la cresta. El, por su parte, se lanzó en línea recta en la misma dirección. Si pudiera llegar a tiempo, conseguiría impedir que el truhán cruzara la llanura al descubierto que se extendía ante la loma y el Perro Rojo. Policías y ladrones, pensó. Otro juego infantil que de pronto había que repetir, pero esta vez en la lúgubre llanura de un cráter sin aire a 350.000 kilómetros de las soleadas tierras de su infancia en California del Sur.

Crag alcanzó la loma. Al otro lado la llanura parecía desprovista de vida. A distancia, la poderosa aguja que era el Perro Rojo se alzaba sobre la llanura cenizosa como un incongruente artefacto humano perdido en los desiertos lunares. Sólo su forma simétrica lo diferenciaba de las alucinantes estructuras monolíticas que punteaban aquel extremo del suelo del cráter. Se

puso a escrutar la cuesta. Un movimiento en la parte baja del montículo, hacia su derecha, atrajo su atención. El fugitivo estaba tratando de llegar a un punto fuera del alcance del arma de Crag antes de decidirse a cruzar la llanura. Crag estudió el terreno. Adelante y a la izquierda del invasor el suelo del cráter aparecía roto por extravagantes formaciones rocosas de Lomo Espinazo, un gran semicírculo que se arqueaba hacia Perro Rojo. Crag sospechó que aquellas piedras fantásticas constituían la meta del fugitivo.

Sin vacilar descendió por la bajada opuesta y llegó al suelo del cráter antes de volverse en la dirección por la que había visto desaparecer al invasor. Se maldijo por haberle perdido de vista. De momento aflojó el paso, pensando que tenía que moverse como un hurón. Sus ojos escrutaban el terreno. No se observaba movimiento alguno, ningún rastro de su presa. Anduvo más de prisa, pero con cautela, tratando de divisar cada pulgada de las retorcidas formaciones de rocas que cubrían la cuesta que tenía en frente. Sus ojos observaron un movimiento a uno de los lados. En el mismo instante una advertencia resonó en su cerebro y se tendió rápidamente a un costado, golpeando el rudo suelo con un retumbo de vértigo. Se dio cuenta de que aquella acción le había salvado la vida. Se arrastró entre montones de rocas, pegándose al suelo hasta alcanzar un ventajoso observatorio que dominaba el área que tenía por delante. Aguardó, procurando estudiar la cuesta sin exponer su posición. Transcurrían los minutos.

Giraba la cabeza incesantemente. Sus ojos escrutaban la llanura, oteando, buscando, tratando de discernir el menor movimiento. No había movimiento alguno, sólo un mundo de formas muertas. La llanura, con sus rocas y sus ribazos, se extendía ante él, desnuda e infinita. Pensó que era extraño que no hubiese buitres en el cielo. Y que en la llanura no hubiese matorrales de espinas, bosquecillos de salvia, cactus... coyotes y serpientes de cascabel.

Pero no. Este era un desierto de otro mundo, un desierto olvidado en los fuegos del infierno, una tierra sin esperanza, de calor asfixiante y de *tío* insufrible. Pensó que era como la pintura de un artista loco. Primeramente había hecho el bosquejo en la llanura con cuidado infinito: una extensión invariable y monótona de blancos y negros Después la había salpicado de rocas, pintando con salvaje abandono, sin tener en cuenta plan alguno, ni forma ni estructura, hasta que la llanura se convirtió en un batiburrillo de formaciones extrañísimas. Se alzaban, se apelotonaban, perforaban el cielo, se arrastraban por la llanura como serpientes gigantescas, una orgía de rocas sin ritmo ni razón. En algún lugar de aquella jungla lítica su presa le aguardaba. Tenía que levantarla.

Pensó que el tiparraco debía estar ya escaso de oxígeno. No podía permitirse el lujo de perder mucho tiempo. Había de llegar pronto a Perro Rojo, si le interesaba vivir. Crag comprobó su medidor de oxígeno y comenzó a moverse hacia adelante, consciente de que la caza estaría gobernada por su provisión de oxígeno. Tenía que recordar eso.

Llegó a un claro de la cuesta justamente cuando el intruso desaparecía entre las sombras de las rocas que se alzaban al lado opuesto. Vaciló. ¿Estaría el hombre perseguido aguardando... cubriendo el rastro que dejaba? Decidió no arriesgarse a cruzar el claro y empezó a bordearlo por el filo, irritándose al ver cómo transcurrían los minutos. Sus auriculares crujieron y llegó la voz de Prochaska, una advertencia a través del vacío:

—Nagel dice que debes estar corto de oxígeno.

Miró al indicador de su cilindro. Todavía estaba a salvo. Estudió las rocas que tenía en frente y le contestó a Prochaska:

—Tengo que impedir que este tipo llegue a Perro Rojo.

—Ten cuidado. No vayas más allá del punto en que sea imposible el regreso —advirtió Prochaska con voz preocupada.

—Pierde cuidado.

Crag siguió bordeando el filo del claro con una velocidad insólita. Costaba trabajo andar y jadeó mucho antes de llegar al sitio donde por última vez había visto a su pieza. Se detuvo para tomar aliento. La cuesta descendía ahora bajo sus pies, un reino en miniatura de retorcidas rocas erizadas. No se veía signo alguno del fugitivo. También la llanura estaba desprovista de vida. Descendió hasta el borde del claro y se abrió camino entre los despojos de alguna remota catástrofe geológica. Delante y a la izquierda del ribazo, la llanura se veía rota por grietas sombrías y lúgubres agrupaciones rocosas. Más allá del Lomo Espinazo empezaban bajas muelas de piedra que se iban convirtiendo en retorcidas estalagmitas negras clavadas incongruentemente en el suelo del cráter, acabando en una formación de agudas agujas rocosas que se curvaban sobre la llanura en un arco inmenso.

Un momento más tarde avistó a su presa. El invasor había cortado camino para dirigirse al borde de la llanura, abandonando la protección del ribazo y dirigiéndose en línea recta hacia el alzamiento rocoso más próximo en el suelo del cráter. Estaba demasiado lejos para tirarle. Crag lanzó una maldición y tomó una decisión rápida, resolviendo arriesgarse en el terreno descubierto con la esperanza de llegar a algún refugio antes de que el truhán se diese cuenta de su táctica.

Abandonó la protección de la cuesta y se lanzó en línea recta hacia las muelas distantes que se alzaban en el suelo del cráter, sin separar sus ojos del fugitivo. Corrían a través del claro por sendas paralelas, separados por una distancia aproximada de setecientos metros. El enemigo casi había alcanzado ya las primeras rocas cuando se le ocurrió mirar para atrás. Vio a Crag y aumentó su velocidad, consiguiendo llegar a las primeras rocas mientras que a Crag le quedaban todavía unos cien metros para alcanzar la muela más próxima. Crag se echó al suelo, dando gracias de que éste se hallase ligeramente desnivelado. En el peor de los casos, el blanco que ofrecería sería mínimo. Se arrastró, manteniendo su cuerpo lo más pegado posible al terreno y balanceando la cabeza en un esfuerzo por apartar el sudor de sus ojos.

—¿Cómo va la cosa, patrón?

Era Prochaska. Bastante mal, pensó Crag. Le informó sin detener su avance.

La cenizosa llanura que se extendía frente a él empezó a borbotear pequeños surtidores de polvo blanco. Se tendió sobre el vientre lanzando una maldición.

—¿Estás bien?

—Muy bien —gruñó Crag—. El tipo este me está utilizando ahora como blanco.

La voz de Prochaska sonó con tono de alarma. Le instó para que se retirara.

—Podremos cogerle de otra manera —decía.

—Imposible si vuelven a utilizar la rampa de cohetes. Sigo adelante.

Hubo un momento de silencio.

—Está bien, patrón, pero ten cuidado. —Su voz bajó de tono—-. Y vigila tu oxígeno.

—De acuerdo.

Miró el indicador y a toda prisa abrió la válvula del segundo cilindro. Era el último que le quedaba. El truco consistiría en alargar su oxígeno hasta que la cacería terminase, hasta que el hombre que le precedía no fuera más que un cadáver.

Se pegó al suelo del cráter, buscando una cubierta. El terreno ascendía ligeramente a su derecha. Se arrastró hacia la ligera elevación y notó que aquella parte del suelo subía lo bastante para taparle de la base de las rocas. Satisfecho al comprobar que ya no seguía siendo visible, empezó a avanzar pulgada a pulgada hacia el montecillo más próximo.

XVI

Crag estudió el escenario. Estaba tendido en un extremo de la gran media luna rocosa que formaba el Lomo Espinazo, cuyo otro extremo iba a terminar a menos de un kilómetro del Perro Rojo. El suelo del cráter entre la nave-cohete y las agrupaciones rocosas más próximas era bastante igual y monótono. La formación arqueada consistía en una verdadera selva de rocas de tocas clases, erizadas y retorcidas, alzándose como garfios, esbeltos pináculos negros que perforaban el cielo, extraños conjuntos burbujeantes que tenían cierta semejanza con lúgubres ciudades esquimales, y grandes planos fantásticos que salían de la superficie en ángulos diversos, formando negras cuevas junto a sus bases.

Ejércitos enteros podrían ocultarse allí, pensó. Sólo el fugitivo no se podía ocultar. El oxígeno era la cuestión decisiva. Tenía que abrirse camino a través de la terrible jungla rocosa para llegar a la punta más distante de la media luna y luego lanzarse por la llanura abierta hasta su nave si es que esperaba sobrevivir. La distancia entre los cuernos de aquel creciente parecía ser de poco menos de cinco kilómetros. Sopesó el problema cuidadosamente y luego hizo funcionar los interfonos y le comunicó su plan a Prochaska.

—Sé que no serviría de nada que yo te objetase algo —dijo el jefe cuando el otro hubo acabado—, Pero ten cuidado con el oxígeno.

Al cuerno el oxígeno, pensó Crag irritado. Estudió el laberinto de rocas por donde había desaparecido su presa y luego se levantó y empezó a cruzar la llanura en línea recta hacia la punta opuesta de la media luna.

Los primeros momentos fueron los más arriesgados. Una vez transcurridos, supo que debía de estar casi fuera del alcance del arma del intruso. Incluso era posible que el otro no se hubiese dado cuenta de su maniobra. Se esforzó en seguir marchando a un trote lento, silbándole la respiración en los oídos y con todo el cuerpo empapado dentro de su traje. El sudor le picaba en los ojos, los músculos de las piernas le dolían de forma intolerable, y cada movimiento parecía estar conseguido exclusivamente por pura fuerza de voluntad. Por su mente cruzó el pensamiento burlón de que Gotch nunca había previsto esta parte del cuadro. Ni se mencionaba tampoco en el Manual de Supervivencia en el Espacio.

Daba gracias de que la llanura que corría entre las dos puntas de la media luna estuviese bastante plana. Se movía rápidamente, pero tardó mucho tiempo en llegar al extremo más alejado de la media luna. Se preguntó si le habrían visto desde Perro Rojo. Bueno, no importaba, pensó. Lo cierto era que le había cortado al intruso el único camino de retirada. La victoria sobre su presa era ahora una simple cuestión de tiempo, cuestión de aguardar a que apareciera. Escogió un lugar ventajoso, un alto plano de rocas que dominaba todos los accesos a su posición. Después de informar a Prochaska, se sentó al aguardo, pensando que el fugitivo debería estar muy escaso de oxígeno.

Transcurrieron largos minutos. Una o dos veces le pareció ver algún movimiento entre las rocas y se encaró el rifle, pero no había movimiento alguno. Eran ilusiones, se dijo. Sus ojos le estaban engañando. El extraño mar de rocas que tenía enfrente era un estudio en blanco y en negro, contrastando la luz intolerable de las superficies golpeadas por el sol con la negrura estigia de las sombras. Los ojos empezaban a dolerle y los cerraba de vez en cuando para huir del deslumbramiento. Otra vez estaba sudando y sentía un agudo dolor en la nuca. Un tiempo precioso estaba escapándosele. Tenía que terminar la cacería pronto, pronto.

De repente, vio un movimiento que no era ninguna ilusión. Casi se puso en pie, levantando el rifle, cuando el polvo brotó del suelo a unos cuantos centímetros a su izquierda. Lanzó una maldición y se arrojó al suelo echándose después a rodar hasta quedar a cubierto bajo el espolón. De una cosa estaba seguro: el intruso dominaba aquel ribazo. El vigilante del Perro Rojo debería, seguramente, de haberle advertido, pensó. Lanzó una mirada en tomo. A la altura de uno de los costados una pequeña grieta corría entre las rocas siguiendo la dirección aproximada de donde estaba el intruso. Dirigió una mirada hacia atrás, en dirección al espinazo, vaciló y luego decidió arriesgarse por la grieta. Se movió como un cangrejo por el lado de la cuesta hasta llegar al borde de la abertura, desde donde miró al fondo. Este era un pozo de oscuridad. Se agachó sobre el filo con gran desconfianza buscando apoyo para sus manos y sus pies. Sus botas tropezaron inesperadamente con el fondo.

Durante algunos momentos Crag se quedó parado en el suelo de la fisura. Su cuerpo estaba sumergido en negras sombras aterciopeladas, pero la oquedad era lo bastante superficial para permitirle tener la cabeza a la luz del sol. Siguió moviéndose hacia adelante con grandes precauciones, casi esperando que el intruso apareciera frente a él. Tenía los nervios tensos, disparados.

Tranquilízate, muchacho, estás vibrando como un violín se dijo a sí mismo. *Tómalo con calma.*

Una curvatura en la grieta cortaba el camino a los rayos del sol, dejándole sumido en un pozo de tinieblas. No había contado con aquello. Antes de avanzar otra docena de pasos se dio cuenta de que la grieta no era la solución. Ahora tenía que arriesgarse al volver a terreno descubierto. Había perdido más tiempo. Fue tanteando las paredes empinadas hasta que localizó unos resaltes que podrían servirle como escalones, y luego se echó el rifle al hombro y, pulgada a pulgada, fue subiendo hasta pasar la cabeza por encima del filo. El súbito resplandor del sol le cegó. Involuntariamente echó la cabeza a un lado, casi perdiendo el equilibrio al hacer ese gesto. Un momento se agarró a la pared antes de conseguir trabajosamente aupar su cuerpo sobre el borde.

Se mantuvo acurrucado contra las rocas, casi esperando ser saludado por una granizada de balas. Aguardó inmóvil y luego alzó la cabeza con

grandes precauciones. A uno de sus costados se alzaban diseminados montecillos. Se arrastró hacia ellos sin separar el vientre del suelo. Cuando llegó al primero, se puso en pie a medias y oteó la parte del frente hasta lograr ver las retorcidas rocas donde últimamente había avistado al intruso.

La escena que tenía por delante era como una naturaleza muerta pintada en blanco y negro. Parecía incongruente que, en algún sitio, entre las rocas tranquilas, la muerte estuviera moviéndose en forma de un hombre. Decidió que no le convenía internarse en el laberinto de rocas. Era mejor esperar. Se echó hacia atrás, dándose cuenta de que el tiempo seguía fluyendo.

—Patrón, ¿está usted vigilando su provisión de oxígeno?

La voz del jefe sonó rasposa en sus auriculares. Estaba llena de alarma.

—Escucha, no tengo tiempo de ocuparme... —empezó Crag a gruñir.

Las palabras se le cortaron cuando sus miradas cayeron involuntariamente sobre el indicador de oxígeno. Bajo... bajísimo. Hizo un rápido cálculo, Había pasado con creces el sitio en que ya no era posible el retorno; el oxígeno estaba demasiado escaso para permitirle el largo camino de regreso lasta Bandido. Estaba liquidado, muerto sin remedio, un patito desplumado. El mismo se había buscado su féretro y descansaría allí por toda la eternidad, metido en la tumba lúgubre del cráter Arzachel. Adam Crag, el Hombre en la Luna.

Hizo una mueca amarga. Bueno, por lo menos a la presa se la llevaría por delante. Su viaje definitivo no iba a ser en balde. Serenamente informó a Prochaska sobre sus planes, luego, ya sin precaución alguna, se dirigió hacia un observatorio ventajoso y se puso a escrutar las rocas que tenía por debajo.

Tenía que aprovechar hasta el último segundo. Luz y sombra, sombra y luz. En algún sitio, en el cruce de luces y sombras, había una forma humana, una burbuja de protoplasma como él mismo, un ser viviente que habría de ser reventado antes de que desapareciera el resto de su propio oxígeno precioso. El era el ejecutor. En algún sitio delante de él un hombre aguardaba apostado, aguardaba que él se acercase. Eran ellos dos hombres de bandos opuestos del mundo, empeñados en una lucha a muerte en la propia antecámara del infierno Pero él tenía que ganar... Ganar antes de morir.

Estaba inspeccionando el cuadro rocoso cuando el intruso se movió en su campo de visión, a un costado de donde Crag se hallaba. Corría con pasos cortos, moviéndose entre las rocas hacia Perro Rojo. Su prisa y su aparente descuido en quedar expuesto al fuego enemigo desconcertaron a Crag por un momento, pero luego sonrió cruelmente, comprendiendo. Casi sin oxígeno, pensó. Bueno, eso nos supone a los dos en las mismas condiciones. Pero todavía tenía que asegurarse de que su presa iba a morir. El pensamiento le impulsó a actuar.

Dio media vuelta y se precipitó hacia la punta de Lomo Espinazo para cortarle al intruso toda posibilidad de escape. Llegó a las rocas finales y ¿guardó. Pocos momentos más tarde divisó una finirá que corría hacia él. Levantó el rifle, pensando que el otro estaba demasiado lejos para hacer un

disparo, luego lo volvió a bajar. El intruso empezó a moverse con mayor lentitud y precaución y después se perdió de vista en un laberinto de crestones de roca.

Crag aguardó impacientemente, dándose cuenta de que estaban transcurriendo momentos preciosos. Le daba miedo de mirar el indicador del oxígeno, angustiado por la sensación de los segundos que iban transcurriendo. El tiempo pasaba y la eternidad iba acercándose, acercándose tanto para Adam Crag como para el intruso. Las rocas se extendían delante de él, un modelo calidoscópico en blanco y negro. En algún sitio del tortuoso laberinto estaba el hombre al que había de matar antes de morirse él mismo. Miraba nerviosamente, tratando de suprimir la tensión que le punzaba en los músculos. En su mejilla empezó a vibrar un nervio, y sacudió la cabeza sin apartar sus ojos de las rocas que tenía en frente. Pero del enemigo no había la menor señal.

¿Quién era el cazador y quién la pieza? Aquella pregunta le tenía preocupado. Quizás en aquel mismo momento el intruso estaba apuntándole. Luego podría volver a Perro Rojo sin peligro alguno.

Crag decidió que no le era posible la espera. Tenía que localizar al otro como fuese, hacerle salir de su escondrijo. Miró en tomo. A uno de los lados un amasijo de rocas negras se alzaba en ángulo incongruente hasta el cielo. Sus flancos estaban cortados a pico, pero desde la cumbre se dominarían todos los accesos hasta la punta de la media luna. Se abrió camino hasta la base del macizo y empezó a trepar por sus costados abruptos, resultándole difícil encontrar apoyo para sus pies y sus manos. De vez en cuando, se resbalaba y se quedaba colgado, haciendo desesperados esfuerzos por no caerse sobre las afiladas rocas que tenía debajo. Poco antes de llegar a la cresta se detuvo jadeando y luchando por conseguir un poco de aliento, zumbándole el corazón en los oídos. ¡Tenía que darse prisa!

Lenta y trabajosamente consiguió trepar los escasos pies que le faltaban y se dejó caer jadeando en la cresta, en el momento exacto. El intruso salió de entre las rocas a unos cien metros de donde estaba Crag. Este levantó el rifle pero después vaciló. El tripulante del Perro Rojo había caído sobre sus manos y sus rodillas y estaba luchando por incorporarse. Extendía las manos hacia la llanura en un intento de conseguir ponerse en pie. Crag bajó su rifle y miró con curiosidad.

El intruso había conseguido por fin ponerse en pie. Se mantuvo en pie unos momentos, tambaleándose, antes de dirigirse hacia el montículo donde estaba Crag trazando una línea zigzagueante. Crag levantó el rifle y procuró enfilar el punto de mira. Le costaba trabajo mantener el arma derecha. Se disponía a tirar del gatillo cuando el hombre cayó de nuevo. Crag vaciló. El truhán, revolviéndose en la ceniza logró ponerse casi erguido. Manoteó un poco, dio unos traspiés y cayó luego de bruces.

Crag se quedó mirando unos minutos. Ya allí no se movía nada. La negra burbuja del traje yacía con la quietud de las rocas en medio del calor

asfixiante del cráter. Así, pues, esa era la forma como moría un hombre cuando se le acababa el oxígeno, pensó. Se cae como un fardo, gesticula un poco y se marcha al otro mundo sin más ceremonias. Su rostro dibujó una torcida mueca, penando que acababa de contemplar un ensayo de lo que sería su próxima muerte. Se quedó mirando un momento antes de volver su rostro hacia la Hartura.

El Perro Rojo estaba escasamente a un kilómetro, un kilómetro de terreno llano desde la punta de Lomo Espinazo. Aquello era todo lo que le había faltado al intruso para salvar su vida. Manoseó el pensamiento con una momentánea oleada de esperanza. ¡El Perro Rojo! ¿Por qué no? Si pudiera abrirse camino hasta aquella cabina espacial viviría... viviría. El pensamiento le galvanizó, impulsándole a la acción.

Se colgó el rifle al hombro y se tiró cuesta abajo sin preocuparse de la posibilidad de que el traje le desgarrara. Podría hacer aquello. ¡Tenía que hacerlo! Llegó a la llanura e hizo una pausa para recuperar el aliento antes de lanzarse hacia el corete. Una mirada a su contador de oxígeno le dijo que la carrera era inútil. Sin embargo, se esforzó en empujar sus piernas a un trotecillo angustiado, abriéndose camino entre las últimas rocas hacia el suelo del valle. Llegó a la punta de la media luna jadeando pesadamente y se precipitó sobre la superficie plana de la llanura. Tenía las piernas de plomo, le ardían los pulmones y el sudor llenaba sus ojos, empañando la mirilla y dificultando su visión. No obstante, corría.

El cohete se alzaba de la superficie del cráter, haciéndose más y más grande. El trataba de avanzar en línea recta, pero se daba cuenta de que se iba moviendo en un alocado zigzag.

El cohete se erguía más y más voluminoso. Parecía inmenso. Ten cuidado, se dijo, allí hay un hombre con un rifle. Se detuvo sintiendo que las piernas le flaqueaban, y trató de recobrar algo de firmeza. En lo alto del morro de Perro Rojo la escotilla era una danzante sombra negra, una negrura con movimiento. Se quitó el rifle del hombro y movió la palanquita de control para poner el arma en automatismo completo, desplomándose de rodillas mientras hacía aquello. Era curioso, el suelo de ceniza del cráter borboteaba en pequeños surtidores justamente a su lado. Peligro, pensó, trata de cubrirte. Las campanas de alarma sonaban todavía en su cerebro mientras resbalaba sobre su estómago y trataba de enderezar su arma. El polvo le caía en la mirilla. El negro rectángulo de la escotilla danzaba frenéticamente ante su vista. Tiró de la cola del disparador sintiendo que la pesada arma daba culatazos en su hombro y que disparaba hasta que el cargador se quedó vacío. A toda prisa se llevó la mano al cinturón buscando los cargadores de repuesto. No estaban, debía de haberlos perdido en cualquier parte. Tendría que avanzar contra el cohete a pecho limpio.

Se puso en pie, balanceándose con un mareo de vértigo y obligó a sus piernas a que se movieran. Se cayó unas o dos veces, volviendo a ponerse en pie con dificultad.

Oyó una voz. Le costó casi un minuto darse cuenta de que era su propia voz. Estaba balbuceándole algo a Prochaska, tratando de decirle...

El cielo era negro. No, era blanco, de una blancura deslumbradora, blanco de calor, rojo de llamas. Veía con dificultad al Perro Rojo. El cohete era un hotel, con su encargado de recepción y todo. Se echó a reír estúpidamente. Una habitación individual, por favor. No, solamente me quedaré esta noche. Volvió a caerse. Esta vez tardó más tiempo en ponerse de pie. Tropezaba... andaba... tropezaba. Sus ojos buscaban el cohete. Iba tambaleándose, oscilando hacia adelante y hacia atrás. Era estúpido, pensó, no había viento alguno en el cráter Arzachel. Ningún aire, ningún viento, nada de nada. Sólo la muerte. Espera, había alguien sentado en lo alto del cohete, un hombre gigantesco con una larga barba blanca. Estaba mirando a Crag y sonreía. Alargó una mano y le hizo una señal. Crag se echó a correr. El cielo estalló dentro de su cerebro, las piernas se le doblaron y cayó con la mirilla de cristal sobre el suelo de ceniza. Para toda la eternidad, pensó. Llegaron las tinieblas.

Adam Crag abrió los ojos. Estaba tendido de espaldas. Sobre él la cúpula del cielo formaba un gran dosel negro salpicado de brillantes estrellas. Sus pensamientos, mezclados con recuerdos caóticos, se fueron estabilizando gradualmente y rememoró su alocada carrera hacia el Perro Rojo.

Esto no podía ser la muerte, pensó. Los espíritus no llevaban trajes espaciales. Percibió un movimiento y dobló la cabeza a un lado. ¡Gordon Nagel! El rostro del hombre del oxígeno detrás de la pesada placa era delgado y adusto, pero en aquel momento sonreía. Crag pensó que nunca en su vida había visto una sonrisa tan maravillosa. Los labios de Nagel empezaron a moverse y a pronunciar palabras:

—Ya estaba empezando a preguntarme si no habría llegado tarde.

Incluso su voz era diferente, pensó Crag. El tonillo nasal había desaparecido. Era una voz suave y melosa, llena de profundo interés. Pensó que era el sonido más maravilloso que hubiera oído nunca.

—Gracias, Gordon —dijo simplemente.

Pronunció aquellas palabras pensando que era la primera vez que se dirigía al otro empleando su nombre de pila.

—¿Cómo me localizaste? —preguntó.

—Me puse en marcha muy pronto —dijo Nagel—. Estaba convencido de que te pondrías a andar más allá del punto crítico. Parecías empeñado en cazar a aquel tipo.

—Es un milagro que hayas dado conmigo.

Se las arregló para incorporarse a medias y quedarse sentado.

—Prochaska pensaba que no me sería posible. Pero lo conseguí, A decir verdad, estaba bastante cerca de ti cuando te echaste a correr por las rocas abajo, en dirección al Perro Rojo.

—¡El Perro Rojo! —Crag dobló la cabeza y miró hacia el cohete.

—Sí, el tipo está en la base del cohete —dijo Nagel, respondiendo a su pregunta no formulada—. Tu última ráfaga lo barrió.

—¡Patrón!

La voz de Prochaska irrumpió impaciente en los auriculares.

—Todavía estoy vivo —contestó Crag.

—Por los pelos —comentó Prochaska traviesamente—. Buena suerte tuviste con los últimos disparos.

—Gracias a mi buena puntería —bromeó Crag débilmente.

—Más valiera que hubieses dejado de actuar como una compañía de Marines y hubieses vuelto aquí.

—Muy bien, coronel.

Prochaska lo mandó al cuerno y Crag sonrió feliz. Era agradable estar vivo, incluso en el cráter Arzachel.

Nagel le ayudó a ponerse en pie y Crag se levantó sintiendo por momentos cómo la oleada de fuerza entraba en su cuerpo. Respiró profundamente, saboreando la abundancia de oxígeno. El oxígeno era oro. Más que oro. Era la vida misma.

—¿Estamos listos?

—Más listos que nunca —contestó Crag—. Guía tú, Gordon.

Habían llegado casi a Bandido cuando Crag rompió el silencio.

—¿Por qué viniste... a la Luna, Gordon?

Nagel aflojó el paso, se paró luego y se volvió

—¿Por qué viniste tú, comandante?

—Porque... porque... —titubeó Crag—, porque alguien tenía que venir —estalló—. Porque se suponía que yo daría buen rendimiento en mi especialidad.

Sus ojos se encontraron con los de Nagel. El hombre del oxígeno estaba sonriendo débilmente.

—También yo rindo en lo mío —dijo.

Se mordisqueó el labio inferior unos momentos.

—Podría dar las mismas razones que tú —dijo por fin—. Pero, en realidad, hay más cosas. —Se quedó mirando a Crag con aire de desafío—. Yo era un fracaso en la Tierra, comandante. Un perrillo asustado metido en un agujero. Yo tenía sueños, sueños magníficos, pero no eran los sueños de la Tierra. Eran sueños de lugares en los que no vivía nadie. —Medio sonrió de una manera extraña—. Desde luego, no les dije nada de eso a los doctores psiquiatras.

—Hay muchas cosas que yo tampoco les dije —confesó Crag.

—Comandante, es posible que no entiendas esto, pero la verdad es que a mí... me gusta la Luna.

Miró a lo lejos fijando sus ojos en la lividez de Arzachel. Crag siguió su mirada. La llanura que se extendía en lontananza era un cuenco lleno de cenizas, un cuenco roto por lúgubres elevaciones, espirales, rocas grotescas. A lo lejos, el Lomo Espinazo se arrastraba a lo largo del suelo de aquella vasija,

formando sus fantásticos laberintos. Sin embargo... sin embargo había algo fascinante, casi hermoso en torno al cráter. Era ese tipo de lugares que explicaba que un hombre cruzara los abismos del espacio sólo por poder contemplarlo. Nagel había cruzado aquellos abismos. Sí, podía comprenderlo.

—Nunca volveré a la Tierra —dijo Nagel casi soñadoramente.

—Tonterías.

—No son tonterías, comandante. Pero no me sentó desgraciado ante esa perspectiva. ¿Recuerdas los versos:?

Bajo el inmenso y estrellado cielo,
cava la tumba y déjame yacer...?

—Pues bien, eso es lo que yo siento aquí en la Luna.

—Serás lo bastante feliz como para volver a la Tierra —predijo Crag.

—No volveré, comandante. No quiero volver.

Se dirigió sombríamente hacia Bandido.

—Será mejor que continuemos —dijo Crag con dulzura—. Estoy deseando quitarme este traje.

XVII

—Martin Larkwell era un buen muchacho —dijo el superintendente con voz nostálgica— y, desde luego, a todos nos ha agradado mucho que haya cumplido su tarea en el mundo. —Miró al agente y resplandeció por lo que se le acababa de ocurrir—-. ¿O debería decir mejor en la Luna?

El agente sonrió como era debido.

—El joven Martin era particularmente eficaz con sus manos. No es que tuviera nada de rudo —añadió precipitadamente—. En realidad, era muy brillante, pero tenía la fortuna de arreglar de una manera casi milagrosa todo lo que tocaba con sus manos.

El superintendente se extendió en una profusión de detalles. El agente escuchaba pensando que era la historia habitual. Los hombres de la Luna eran todos grandes hombres. Habían sido muchachos magníficos y aventajados, todos ellos muy inteligentes y con intachables hojas de servicios. Bueno, naturalmente eso era lo que cabía esperar en vista del riguroso cernido que se había puesto en práctica para seleccionarlos. Sólo que uno de ellos era un traidor. ¿Cuál? La pregunta le redoblaba en el cerebro.

—Martín no era un bruto estólido —seguía diciendo el superintendente —. Era un atleta fino. El delantero mejor encestador del equipo de baloncesto del Orfelinato Maple Hill durante tres años— añadió orgullosamente.

Se inclinó hacia delante y bajó la voz como si quisiera confiarle al Agente algo muy íntimo.

—Tenemos el proyecto de construir un nuevo gimnasio para el Orfelinato. ¿Adivina usted el nombre que hemos elegido?

—Gimnasio Martín Larkwell —repuso el agente con sequedad.

—Exacto. —El superintendente resplandeció—. Hasta ese punto nos acordamos de Martín Larkwell.

Luego resultó que el superintendente no era el único que se acordaba de Martín Larkwell con afecto. Un farmacéutico, un tendero, un operario de la Fábrica de Gas y una pequeñita señora anciana que tenía a su cargo una tienda de perritos se acordaban del muchacho huérfano con notable cariño. Ellos y muchos otros. Así iban las cosas, pensó el agente con filosofía. Bastaba que un hombre se hiciera famoso para que todo el mundo lo recordara. Bueno, su tarea era separar el trigo de .a paja.

En los días que se siguieron rastreó la estela de Martín Larkwell desde el Orfelinato de Maple Hill hasta Nueva York, por varias empresas de construcciones a lo largo de la costa oriental y, finalmente, mediante otros agentes, a una estancia de dos años en la Argentina como arquitecto de una empresa norteamericana. Más tarde pudo seguirle el rastro de vuelta en Norteamérica y, por último, como encargado de las cuestiones de construcción en el Proyecto Paso Uno. Su selección como miembro de la tripulación del Azteca estaba avalada por su excelente trabajo y la capacidad

constructiva que había desplegado en el montaje de los zánganos. Por todas partes por donde se mirara, pensó el agente, la hoja de servicios estaba limpia y brillante.

Martin Larkwell, Gordon Nagel, Max Prochaska, Adam Crag, cuatro muchachos americanos ávidos de gloria, cada uno de ellos una notabilidad en su campo. Sólo había un fallo. ¿Quién era el traidor?

Crag puso a Gotch al corriente de los últimos acontecimientos ocurridos en el cráter Arzachel. El coronel escuchó sin interrumpirle hasta que hubo terminado, luego disparó toda una andanada de preguntas. ¿Cuál era la extensión del campo radiactivo? ¿Cuáles eran las dimensiones del Perro Rojo? ¿Se había realizado algunos progresos en la cuestión del salvamento de la carga de Panadero? ¿Cómo iba la construcción de la cámara de descompresión en la grieta? ¿Querría hacer el favor de describirle la rampa de lanzamientos de cohetes que el enemigo había usado para destruir el Azteca? Crag rechinaba los dientes para impedir una explosión de cólera, profiriendo a duras penas respuestas corteses. Finalmente no pudo resistir más.

—Escuche —estalló—, esta es una tripulación de cuatro hombres, no todo un Ejército.

—Desde luego —le interrumpió Gotch—, me doy cuenta de sus dificultades. Por decirlo así, lo único que quería era subrayarle lo que debe hacerse.

—Como si yo no lo supiera.

El coronel le instó para que le comunicase sus planes futuros. Crag le dijo lo que pensaba en términos bien claros. Cuando acabó creyó oír una risita suave en los auriculares. Este maldito Gotch, pensó, es un sádico. El coronel le facilitó otra información que sirvió para aplacarle un poco.

Campo Pickering, le dijo Gotch, era ahora el nombre oficial para el lugar de alunizaje en el cráter Arzachel. Aun había más, las Fuerzas Aéreas habían presentado una solicitud a los Jefes Conjuntos del Estado Mayor para que dicho Campo formara parte oficialmente del sistema defensivo de la Aviación Militar de los Estados Unidos. Un hecho que había sido anunciado al mundo. Por otra parte los Estados Unidos habían presentado una petición ante la O.N.U. para que fuera reconocida su soberanía sobre la Luna. Antes de cortar la comunicación el coronel añadió una última noticia, recurriendo al Código lunar para transmitirla.

—*El plan atómico casi terminado* —deletreó. De momento Crag se sintió inundado de júbilo. Una astronave movida por la energía atómica significaba una victoria completa sobre el mundo oriental. También significaba Venus... Marte... nombres mágicos en su imaginación. El hombre iniciaba su camino hacia las estrellas. El Hombre, ese buscador peripatético. Por un instante sintió una punzada de celos. El se vería atado a su cámara de vacío mientras otros hombres iban conquistando los planetas. ¿O sería él quien los conquistaría? Pero el malhumor pasó. Se convenció ce que el

Campo Pickering desempeñaría un papel importante en el porvenir del vuelo espacial. Si bien no era propiamente las estrellas, sería por lo menos el trampolín para el salto. Con el tiempo se convertiría en una vasta Base Aérea que alojaría astronaves en lugar de aviones a chorro estratosféricos. La Base Pickering, el trampolín, el camino hacia las estrellas. Muy pronto el lugar estaría atestado de jefes tan altísimos, que los coroneles cascarrabias no pintarían nada. Pero de momento era él, Adam Crag, el Campo Pickering en persona, el hombre de la chatarra y de los cuentos.

Mientras los demás dormían, Crag y Prochaska revisaron las tareas a realizar, tal como las había pensado el segundo. El área donde se hallaba Bandido estaba demasiado lejos del barranco más próximo que pudiera utilizarse como base de operaciones, y era también demasiado vulnerable a la destrucción por meteoritos. Había que abandonar Bandido, y pronto. Perro Rojo sería su próximo campamento. Había también el problema de salvar el contenido del zángano Panadero y retirar la carga del zángano Carlitos. Por último existía la cuestión de construir la cámara de descompresión en una de las grietas. Una vez que expusieron todos los problemas pendientes, cambiaron miradas críticas. El jefe sonrió débilmente.

—Parece una faena demasiado grande.

—Grandísima —corrió Crag—. Lo primero que hay que hacer es apoderarse de Perro Rojo.

Estuvieron hablando sobre eso hasta que los párpados de Crag fueron aumentando de pesadez Prochaska, aunque cansado, se ofreció como voluntario para la vela. Crag aceptó agradecido: un poco de sueño era algo que le vendría muy bien.

Perro Rojo era rechoncho, negro, de morro chato, difiriendo de las estructuras pétreas que punteaban aquella sección del cráter Arzachel únicamente por su simetría. Las grotescas camas de rocas, los aguzados pináculos y las torcidas formaciones de la llanura eran evidentemente obra de una Naturaleza en los dolores del parto, cuando los volcanes estallaban y el suelo del cráter era un mar inestable de roca magmàtica al rojo blanco. Perro Rojo era con la misma evidencia la creación de algún artífice de otro mundo, una criatura nacida de la inteligencia y de la paciencia del hombre, estructurada para cruzar los vacíos espacios interplanetarios. Sin embargo parecía formar parte de la llanura, ser tan antiguo como las numerosas dolomitas y dioritas que hacían del suelo de Arzachel un país de maravillas forjado en piedra. La cola de Perro Rojo estaba enterrada en la ceniza de la llanura. Su cuerpo apuntaba hacia arriba, desviado ligeramente de la vertical, como si estuviera dispuesto a saltar de nuevo hacia las estrellas.

La rampa de cohetes había sido retirada. Ahora estaba en la llanura a uno de los costados de la nave, pequeña y manejable, como un insecto morillero. Aquella rampa le molestaba a Crag. Quería destruirla o por lo menos destruir el único proyectil que quedaba, pero se detuvo al pensar en su

posible empleo si el enemigo enviaba otra nave tripulada. Terminó por dejar la rampa donde estaba.

Uno de los numerosos barrancos que cruzaban el suelo del cráter pasaba cerca de la base de la nave a una distancia de diez metros aproximadamente. Er una grieta superficial, de unos cuatro metros de anchura y tres metros de profundidad, con el suelo de blanda ceniza.

Adam Crag estudió la nave *y* el barranco sucesivamente, concibiendo poco a poco un plan en su mente. La nave cohete podría ser tumbada, sus motores retirados y una cámara de descompresión instalada en la sección de cola, como se había hecho con el Azteca. Podría ser bajado al barranco y su cuerpo, con excepción de la cámara, cubierto con ceniza. Los materiales que se extrajeran de los zánganos podrían utilizarse para construir extensiones a lo largo del suelo del barranco y dichas extensiones, a su vez, serían cubiertas de ceniza. Este sería el primer refugio lunar, un sitio donde el hombre podría vivir resguardado del peligro constante de destrucción por meteoritos caprichosos.

Miró pensativamente al Sol. Era un insoportable círculo de luz blanca que colgaba en el cielo de un negror purpúreo justamente por encima del horizonte. Gigantescas sombras negras se arrastraban desde las altas murallas de la llanura cercada Dentro de veinticuatro horas esas sombras se tragarían al cohete. Durante la noche lunar, larga de dos semanas, el suelo del cráter se vería sometido al frío de los espacios absolutos; la nave cohete yacería sumida en una noche estigia rota sólo por la brillantez de las estrellas y la luz reflejada de una Tierra que parecería llenar el cielo. Pero no podrían esperar a la llegada de un nuevo día. Tenían que empezar inmediatamente.

Larkwell se oponía a la idea de trabajar durante la larga noche lunar. Argüía que los trajes no ofrecerían protección suficiente contra el frío; necesitarían luz para trabajar, y el lento progreso que consiguieran no merecía afrontar los riesgos y las molestias que les aguardaban. Nagel, inesperadamente, se puso a favor de Crag. Mencionó la pérdida de oxígeno que resultaba de tener que descompresionar Bandido cada vez que uno de ellos entraba en la nave o salía de ella.

—Necesitamos una cámara de descompresión y pronto —dijo.

Crag escuchó y sopesó los argumentos. Larkwell tenía razón. Los trajes espaciales no estaban hechos para resistir una exposición prolongada durante las amargas horas de la noche lunar. Pero Nagel tenía razón también.

—Dudo que podamos vivir apretados en Bandido durante dos semanas sin asesinarnos los unos a los otros —observó Prochaska con calma—. Voto por que continuemos.

—Claro, tú no tienes más que sentarte en tu butaca y hacerte cargo de la radio —gruñó Larkwell—. Soy yo el que tengo que cargarme toda la faena.

Prochaska se arreboló y se disponía a contestar pero Crag se le adelantó:

—Deja ya de rezongar —disparó—, Max se ocupa de las

comunicaciones porque esa es su misión.

Miró a Larkwell con dureza. El encargado de las construcciones gruñó pero no replicó.

La noche y un frío intensísimo se desplomaron sobre el cráter Arzachel con un golpe repentino. Instantáneamente la llanura se convirtió en un negro pozo alumbrado tan sólo por las estrellas y la enorme media luna de la Tierra, un pozo sin aire en el que la temperatura descendía hasta el punto de que los metales se tornaban tan frágiles como el cristal y el material de los trajes espaciales tomaba tal rigidez, que Crag temía que se quebraran.

Larkwell advirtió contra la imprudencia de continuar el trabajo.

—Un solo error al abatir el Perro Rojo y éste se romperá como un huevo.

Crag se daba cuenta de que el otro tenía razón. Bajar el cohete en medio del frío intensísimo y de las tinieblas casi absolutas iba a ser una tarea sobrehumana. La pérdida de la nave resultaría desastrosa. Contra este razonamiento estaba la necesidad de procurarse abrigo contra la caída de meteoritos. Su determinación se vio fortificada por el descubrimiento de que un meteorito extraviado había aplastado el morro del zángano Carlitos. Decidió continuar.

El frío se filtraba a través de sus trajes, les helaba los huesos, rozaba sus brazos y sus piernas con millares de alfilerazos y ponía agujas en sus pulmones, convirtiendo cada movimiento en una pura agonía. Sin embargo su supervivencia dependía de aquella tarea, por lo que cada momento que pasaban fuera de Bandido estaba colmado de una actividad forzosa. Pero incluso la cabina espacial de Bandido se parecía más a una cueva de hielo que a un sitio destinado a habitación humana. Las paredes aisladas de la nave eran al tacto como hielo, la respiración se convertía en chorros de escarcha y el sueño únicamente era posible por la fatiga intensísima que sentían después del rudo trabajo. Al final de cada jornada el cuerpo lo que hacía era rebelarse contra la carga de seguir siendo consciente. De esta manera se obtenían algunas escasas horas de misericordioso respiro y olvido.

Crag asignó a Prochaska la tarea de cuidar de la radio a pesar de que el otro mostraba un gran interés por participar en trabajos más arduos. La certidumbre de que uno de la tripulación era un saboteador pesaba de una manera imborrable en la mente y en las decisiones del comandante. Se había arriesgado antes a dejar a Prochaska solo, podía arriesgarse de nuevo, y no quería dejar a nadie más a solas en Bandido. ¡Pero Prochaska no había encontrado la bomba! Larkwell había trabajado de una manera sobrehumana en la obra de reconstruir las naves. Nagel por su parte le había salvado la vida cuando con tanta facilidad podría haberle dejado morir. Ninguna de esas conductas parecía la propia de un saboteador. Sin embargo el hecho frío persistía: ¡había un saboteador!

También la cuestión de Richter le tenía preocupado. El extraño

científico del Este no tenía nada de sociable y hablaba únicamente si le dirigían la palabra. Pero realizaba sin vacilación las tareas que se le encomendaban. En realidad se había hecho tan útil, que casi parecía uno de la tripulación. Eso mismo, se decía Crag, era el peligro mayor. La tendencia era dejar de vigilar a Richter, confiar en él más y más. ¿Estaba formando planes, calculando su tiempo, preparándose para dar el golpe? ¿Cómo? Cuándo? Le gustaría saberlo.

Tumbaron a Perro Rojo en la oscuridad de la Luna.

Larkwell había tirado dos cables a tornos accionados a mano y colocados a unos veinticinco metros del cohete. Un segundo cable se extendía desde cada torno hasta la hondonada. Los extremos de los cables tenían puesto encima un peso de rocas. Servían para anclar los tornos durante la bajada del cohete. Por último un cable guía corría desde el morro del cohete hasta un tercer tomo. Richter y Nagel accionaban los tornos de bajada mientras que Larkwell trabajaba con el del cable guía, disponiendo tan sólo de pequeñas linternas de mano para ayudarse. Era aproximadamente el mismo sistema que habían usado con el Azteca, e iban avanzando a buen ritmo. Crag ayudó hasta que llegó el momento de bajar la nave, ya que entonces poco era lo que podía hacer. Se contentó con vigilar la operación, moviendo su linterna sobre la escena cuando comprendía que era necesario.

Era una sensación extrañísima. La nave cohete era un monstruo negro bañado por los débiles rayos amarillentos de las linternas. La luz pálida daba la ilusión de movimiento, de forma que la nave, las rocas y el mismo suelo del cráter parecían distorsionarse y retorcerse, jugándoles una mala pasada a la vista. Crag se daba cuenta de que aquel era un momento peligroso, una magnífica oportunidad para que un saboteador asestara el golpe, un saboteador o el mismo Richter.

Todo estaba oscuro. No con una oscuridad de ébano, sino con el extraño color de un terciopelo lechoso. La Tierra estaba casi llena, un globo gigantesco cuya luz reflejada hacía desaparecer la brillantez de las estrellas y cubría al cráter con un resplandor blanquecino. Era una luz en la que los ojos captaban las formas como si estuvieran mirándolas a través de un mar caliginoso. Se apreciaban las formas, pero se escapaban los detalles. Sólo resultaban visibles sobre la llanura las grandes estructuras voluminosas: el negror de la nave empinada en la noche; los fantásticos retorcimientos rocosos que tapaban segmentos de estrellas; las negras burbujas de los hombres que se movían embutidos en sus pesados trajes espaciales y que eran como sombras oscuras contra la noche más oscura aún. Los misteriosos y casi inútiles rayos de la linterna parecían más perjudiciales que beneficiosos.

—Todo listo —gritó Larkwell con voz áspera—. Vamos a dejarlo caer.

Crag clavó sus ojos en el morro de Perro Rojo, una imprecisa silueta abultada.

—Empezad a soltar cuerda cuando yo cuente tres —Hubo una pausa

antes de que Larkwell empezase a contar—. Uno... dos... tres...

El morro se movió, balanceándose lentamente sobre el cielo, luego empezó a caer.

—¡Aflojad!

Las cuerdas crujieron, se tensaron, y el morro quedó suspendido en el espacio y luego empezó a inclinarse a un costado.

—Aguante su cuerda, Richter.

El movimiento de costado cesó, quedándose escorado el cohete en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Está bien.

El morro bajó de nuevo, con más lentitud esta vez. Crag empezó a respirar más tranquilo. De pronto el morro resbaló hacia atrás, cayendo, y luego el cohete fue una burbuja inmóvil sobre la llanura.

—Ya se fastidió todo —dijo Larkwell con voz sombría y teñida de rabia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Crag por el micrófono de labios.

—La cola se ha deslizado. Eso es lo que pasa por trabajar en estas condiciones —aulló Larkwell—. Probablemente todo habrá estallado.

Crag no contestó. Se dirigió lentamente hacia la nave, pasando la luz de su linterna sobre la envoltura en un intento de observar los detalles. Se daba cuenta de que también los otros se habían acercado y estaban haciendo lo mismo, pero incluso cuando estuvo encima de Perro Rojo no pudo distinguir más que una sombra oscura.

—Pálpalo —aulló Larkwell—, es la única manera de darse cuenta. Las linternas no sirven de nada.

Siguieron su consejo. Crag se movió a lo largo del cohete deslizando su mano sobre la superficie. Había llegado a la cola y se disponía a dirigirse al costado opuesto cuando la voz de Larkwell resonó en sus oídos.

—¡Estrellado!

—¿Dónde?

—Por la parte de abajo, donde tiene el puente. Parece que ha caído sobre una roca.

A toda prisa Crag dio la vuelta alrededor del cohete, tropezando con las piernas de Larkwell. Este se hallaba tendido boca abajo.

—Aquí debajo.

Crag se puso de rodillas, luego se tendió sobre su vientre y empezó a moverse junto a Larkwell, proyectando el haz de la linterna sobre la envoltura. Vio la rotura inmediatamente, un agujero negro y desgarrado en el sitio donde el metal había chocado contra un pequeño alzamiento rocoso. ¿Una avería demasiado grande para una soldadura? Larkwell contestó a su pensamiento no expresado.

—Soldar eso será una tarea de micos.

—Pero puede lograrse.

—Es posible que existan más roturas.

Permanecieron allí tendidos un rato paseando los rayos de sus linternas sobre el lomo inferior de Perro Rojo hasta que se convencieron de que, por lo menos en aquella sección, no había más daños.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Larkwell cuando salieron reptando de debajo del cohete.

—Los planes no han cambiado —dijo Crag imperturbable—. Haremos las reparaciones necesarias... lo dejaremos en forma... nos meteremos dentro. Eso es todo que hay.

—No se arreglan las cosas simplemente diciendo que hay que arreglarlas —gruñó Larkwell—. Primero hay que ver si eso es posible. A mi entender la cosa se presenta muy mal.

—Tenemos que volver —dijo Nagel precipitadamente—, el oxígeno está quedándose bajo.

Crag miró su indicador. Nagel tenía razón. Era preciso quitarse de en medio. Estaba a punto de dar la señal de regreso a Bandido cuando Richter tomó la palabra.

—Puede repararse.

Por un momento se produjo un silencio de sorpresa.

—¿Cómo?

—El interior de la cabina está almohadillado con espuma de caucho, lo mismo que en Bandido, un material a propósito para la protección contra daños causados por meteoritos.

—¿Y qué? —preguntó Larkwell con hostilidad.

Richter siguió explicando:

—Ese material no es poroso. Si la rotura se cubre con metal y se empaqueta con esa espuma, sería un sistema perfecto para sellar la cabina.

—No se puede empaquetar una rotura tan grande como es con caucho y confiar en que resista —arguyo Larkwell—. Demonios, la presión lo haría estallar todo.

—No si se cierra antes la rotura con metal —insistió Richter.

La sugerencia asombró a Crag, viniendo como venía de un hombre al que consideraba como enemigo. Por un momento se preguntó si el instinto de supervivencia en el alemán sería mayor que su patriotismo. Pero el plan parecía practicable.

Le preguntó a Larkwell:

—¿Qué crees tú?

—Podría ser —contestó a regañadientes.

No parecía que le hiciera mucha gracia el hecho de que Richter se inmiscuyera en una esfera que consideraba exclusivamente suya.

Crag dirigió una última mirada a la silueta del gigante derribado en la llanura y declaró:

—Lo probaremos.

—Lo probaremos.

—Pero si no da resultado, nos veremos metidos en un buen lío —

insistió Larkwell—. Supongamos que hay más roturas.

—Las taparemos también —contestó Crag secamente.

Sentía un insensato arrebato de cólera contra el encargado de las construcciones. Se humedeció los labios con irritación y luego dirigió su linterna hacia el indicador del oxígeno.

—Será mejor que nos retiremos —dijo.

XVIII

El coronel Michael Gotch miró al agente que estaba al otro lado de su mesa, luego sus ojos cayeron sobre los rótulos. Cuatro rótulos, cuatro tiritas de papel cada una de las cuales contenía la historia en cápsulas de la vida de un hombre. Los nombres que figuraban en aquellas tiritas los tenía grabados a fuego en su mente: Adam Philip Crag, Martín LeRoy Larkwell, Gordon Wells Nagel, Max Edward Prochaska. Cuatro nombres, cuatro egos separados que, por la magia humana, habían sido transportados a un lúgubre puerto en otro mundo. Cuatro hombres cuya misión era la de sobrevivir en un infierno desconocido y desolado hasta que las Naciones Unidas reconocieran oficialmente el derecho de los Estados Unidos a ejercer la soberanía sobre las ásperas tierras de la Luna.

Pero uno de los hombres era un saboteador, un agente cuya misión consistía en destruir el derecho de Occidente a aquella apropiación destruyendo para eso la ocupación en la Luna. Eso dejaría al Este mano libre para reclamar por lo menos una soberanía igual, sobre la base de que también el Este había establecido su ocupación en una base lunar.

El agente le interrumpió el curso de sus ideas.

—Me juego mi reputación profesional pero le aseguro que éste es su hombre.

Se inclinó y golpeó uno de los rótulos significativamente.

—La palabra, la única palabra, eso era lo que usted me decía que vigilase. Pues bien, la única palabra está aquí, la palabra que pone de manifiesto a un traidor. Me he leído su expediente una docena de veces antes de tropezar con ella.

Dejó de hablar y se quedó mirando al coronel.

—Es posible que tenga usted razón —dijo Gotch por fin—. Ese es el tipo de indicios al que yo también me aferraría.

Vaciló como si estuviera a punto de añadir algo.

—Siga usted —dijo el agente como si estuviera leyendo sus pensamientos.

—Hay una cosa que no quise decirle antes porque su conocimiento podría crear en usted algún prejuicio: Los psiquiatras están de acuerdo con usted.

—¿Los psiquiatras? —preguntó el agente frunciendo la frente interrogativamente.

—Sí, han vuelto a estudiar los expedientes de cada uno de los miembros de la tripulación desde el momento en que supimos que había entre ellos un saboteador. Han sopesado sus personalidades, hecha la disección de sus caracteres, analizando sus capacidades, poniendo literalmente cada cosa aparte y reuniéndolas de nuevo para formar una personalidad armónica, completa. Hoy me han entregado su informe —-añadió mirando con gravedad

al agente—. El sospechoso que usted ha escogido es el mismo que ellos han seleccionado. Pero con una pequeña diferencia: no hay traidor alguno.

—¿Qué no hay traidor? —tartamudeó visiblemente el agente—. No comprendo lo que quiere usted decir.

—No hay traidor alguno —-insistió Gotch—. Es un hueso más duro de roer lo que tenemos entre manos. El perfil psicológico de la personalidad de uno de los miembros de la tripulación presenta una manifiesta rotura claramente localizada en el tiempo —-añadió mirando con fijeza al agente.

—¿Una suplantación? —preguntó el agente con un murmullo—. ¿Un doble, un espía que ha adoptado la personalidad de otro hombre? Eso indica un planeamiento cuidadoso, una larga preparación. —Musitaba las palabras en alta voz como si se estuviera hablando a sí mismo— Tiene que haber tenido en cuenta todas las contingencias, las amistades, los familiares, los simples conocidos, sus capacidades, sus aficiones, y luego, en un momento exacto y en un lugar determinado, nuestro hombre habría sido eliminado y el otro se habría colocado en su lugar —terminó sacudiendo la cabeza incrédulamente—. ¿Es esa la clase de enigma que hay que descifrar —preguntó el agente después de un momento de silencio.

—Sí, descífrelo —dijo suavemente Gotch.

El agente se puso en pie.

—Lo descubriré —prometió salvajemente.

La urgencia en rehabilitar Perro Rojo como cámara habitable llegó a convertirse en un frenesí para Crag. Hizo trabajar a su tripulación sin misericordia, apremiado por una terrible sensación de urgencia inaplazable. Tampoco para él ahorre esfuerzo alguno. Aparejaron cuerdas en la noche lunar y dieron vuelta al cohete sobre su eje longitudinal hasta que fue accesible la rotura en la envoltura de la nave.

Crag contempló la avería con desánimo. Era mucho mayor de lo que había temido, un agujero astillado de bordes dentados que se retorcían hacia adentro del cohete. Finalmente resolvieron el problema empleando la puerta de la escotilla del zángano Carlitos como placa de cierre de agujero, y utilizando como empaquetadura trozos de revestimiento interior de espuma de caucho de la cabina de Bandido, cuya temperatura descendió inmediatamente a un punto en que a duras penas se conseguía sobrevivir.

Prochaska tuvo que soportar todo el peso de esta nueva calamidad. Confinado como estaba en su cabina y con muy pocas oportunidades para desarrollar alguna actividad física, estuvo a punto de helarse hasta que decidió vivir siempre con el traje espacial puesto.

Crag comenzó a planear el aprovisionamiento del Perro Rojo aún antes de que supiera positivamente que éste podía ser reparado. Cada vez que salían de Bandido para dirigirse a Perro Rojo Crag recargaba a los hombres con suministros. Mientras tanto se las arregló para trasladar los cilindros de repuesto de oxígeno traídos en el zángano Carlitos, hasta Perro Rojo. Había

también una pequeña cantidad de tubos de oxígeno de respeto en Panadero pero decidió dejarlos allí hasta más tarde.

Los problemas con los que había de irse enfrentando los rumiaba intensamente en su pensamiento hasta que cualquier pequeña dificultad terminó por asumir proporciones gigantescas. Cada vez que conseguía plantear el trabajo de una forma ordenada y lógica un nuevo problema o desastre se abatía contra él obligándole a dejar lo más importante por lo más urgente. Se sentía más más nervioso e irritable. En su frenética prisa por terminar el trabajo en Perro Rojo llegó a envidiar y conceder de mala gana las pocas horas que los miembros de la tripulación dedicaban al día para dormir. *Tómalo con calma,* se dijo a sí mismo. *Despacito,* Adam. Sin embargo, pese a su casi constante resolución de tomarlo con calma, se veía a cada momento trabajando y obligando a trabajar más aprisa... más aprisa. Terminar con Perro Rojo... terminar con Perro Rojo... llegó a convertirse en una cantinela en su mente.

Larkwell se fue haciendo más taciturno y áspero, amonestando duramente a Richter con la menor excusa. Nagel, del todo indiferente ahora, resultaba en la práctica inútil por completo. Crag se había dado cuenta hacía tiempo de que el hombre del oxígeno había alcanzado ya el límite de sus posibilidades físicas. Ahora, eso estaba claro, lo había sobrepasado. Quizás habría tenido razón... quizá nunca abandonaría la Luna.

Cuando estuvo reparada la rotura en Perro Rojo, Crag esperó, tenso e inquieto, mientras Nagel entraba en el cohete para dar la presión. Funcionará, se decía Crag. Tiene que funcionar. El corto rato que Nagel permaneció en el interior del cohete, le pareció que se alargaba durante largas horas antes de que abriera la escotilla.

—Uno o dos pequeños escapes —informó Nagel concisamente—. Quizás —añadió mirando con desconsuelo a Crag—, podamos localizarlos... si disponemos de un poco de tiempo.

—Muy bien —asintió Crag aliviado.

Otra crisis había sido vencida. Ordenó a Larkwell que comenzara a retirar los motores. Si las cosas iban bien...

Pero el trabajo no progresó al principio tan rápido como él había esperado. Y había una razón para ello: los motores y su instalación no habían sido diseñados para ser movidos de su sitio. Estaban soldados sólidamente contra vigas cruzadas entremetidas en la envoltura. En consecuencia los costados de metal de la nave hubieron de perforarse numerosas veces antes de completar la tarea y cada agujero requirió luego otra soldadura, otro parche, aumentándose así el peligro de un posterior desastre.

Crag estaba cada vez de peor humor. Larkwell parecía hallar una especie de satisfacción malévola en cada sucesivo fracaso. Había adoptado la actitud de ya-se-lo-dije-a-usted que crispaba los nervios de Crag hasta el borde del estallido. De manera bastante sorprendente, Richter parecía ejercer una influencia tranquilizadora, al menos sobre Crag. Trabajaba calmosa y

eficazmente, pareciendo anticipar los problemas y hallar las soluciones aun antes de que Crag se hubiera dado cuenta de nada. A pesar del hecho de que se veía más y más dependiendo del alemán, estaba resuelto a no aflojar su vigilancia sobre aquel hombre. Richter era un enemigo, un hombre que había de ser vigilado.

Larkwell y Nagel estaban empezando a trabajar penosamente en la cámara de descompresión de la nave cuando Prochaska utilizó los interfonos para una llamada de urgencia,

—Gotch está llamando —le dijo a Crag—. Tiene mucha prisa porque te pongas en la línea.

Crag vaciló.

—Dile que se vaya al cuerno —contestó por fin—. Ya le llamaré a la hora de costumbre.

—El ya ha previsto que dirías eso —le informó Prochaska amistosamente—, pero insiste en que te necesita.

Otra llamada urgente, otro poner los pelos de punta. *Gotch es capaz de hacer que uno pesque úlcera de estómago,* pensó Crag salvajemente.

—Está bien, dile que me he ido —contestó cansadamente—. Cualquier cosa para mantenerlo a raya.

—¿Puedo decirle eso?

—Dile lo que quieras —estalló Crag.

Estuvo pensando si recoger consigo a la tripulación, pero por fin decidió lo contrario. Estaban muy apurados de tiempo. A regañadientes encomendó a Larkwell la dirección del trabajo y se puso a caminar por el suelo del cráter, resultándole cada paso un esfuerzo inaudito. Tantísimo que hacer... Tan poco tiempo. Caminaba a través de la noche, maldiciendo de la suerte que le había convertido en peón de Gotch.

Gotch se mostró brusco y expeditivo.

—Esta mañana han lanzado otro cohete desde el Caspio —le dijo.

—¡Jesús, vamos a necesitar una compañía de Marines!

—Esta vez no, Adam.

—¡Oh...! —exclamó Crag tragándose la palabra.

—Exactamente... Una cabeza atómica —confirmó Gotch.

Crag revolvió la noticia en su cabeza unos momentos y preguntó:

—¿Qué dicen los computadores?

—Es demasiado pronto para estar seguros, pero parece que el proyectil va en la dirección exacta.

—A menos que sea un golpe directo no servirá de nada. Hay murallas de tres mil metros de altura cercando este agujero del infierno.

El coronel guardó silencio unos momentos.

—Eso no arregla nada —dijo por fin.

—¿Por qué no?

—Debido a la escasa gravedad. Miles de toneladas de roca serán proyectadas. Algunas escaparán de la gravisfera de la Luna, pero la mayoría

volverá a caer como lluvia. Aplastarán un área terriblemente grande, Adam. Al menos eso es lo que nos dicen los científicos.

—Muy bien, dentro de cuatro días estaremos ya a cubierto —dijo con exagerada jovialidad—, y tan seguros como topos en sus madrigueras.

—¿Podrá lograrlo tan aprisa?

—¿Y qué remedio nos queda? Eso significa que tendremos que echar mano de Prochaska. Las líneas se quedarán sin vigilancia excepto en las horas de comunicación normal —dijo con tono complacido.

Gotch gruñó:

—¡Váyase al infierno!

—Al borde de él estoy desde que salimos de la Tierra.

—Otra cosa —dijo Gotch—. La criatura está casi lista para probar sus alas.

¡La astronave atómica! Crag reprimió su excitación con dificultad. Contuvo la voz.

—Ya era hora —dijo lacónicamente.

—No se las dé de tranquilo —dijo el coronel jovialmente—. Sé muy bien lo que siente.

Le informó de que el enemigo estaba proclamando ante el mundo que había establecido una colonia en la Luna, requiriendo formalmente a las Naciones Unidas para que reconocieran su soberanía sobre el mundo lunar.

—¿Qué le parece la noticia? —concluyó.

—No está mal —opinó Crag—. Y nosotros, ¿qué es lo que reclamamos?

—Lo mismo. Con la única diferencia de que somos quienes decimos la verdad.

—¿Cómo van a saber las Naciones Unidas eso?

—Ya nos ocuparemos cuando llegue la hora, Adam. Usted manténgase con vida y deje que nosotros nos ocupemos de la O. N. U.

—No tengo el menor propósito de suicidarme, si es en eso en lo que está usted pensando.

—Sé que no se dejará matar si se mantiene en guardia.

—¿A qué se refiere?

—Al saboteador... —Su voz decayó un instante—. Quería hablar con usted de eso, Adam. Tenemos una pista. No puedo darle todavía el nombre del individuo porque la prueba que tenemos es muy débil. Usted manténgase ojo avizor.

—Es lo que hago. Ya soy mayorcito, recuérdelo.

—Más cuidado que de costumbre —insistió Gotch—. El enemigo está haciendo todo lo posible por destruir la Base Pickering. Puede usted estar seguro de que el saboteador también actuará El tiempo está maduro, Adam.

—¿Para qué?

—Para el asesinato.

—No a mi menda.

—Déjese de chulerías. ¿Recuerda lo sucedido en la Puerta Azul? Usted es el hombre clave y eso hará que le tomen por blanco. Sin usted los demás no son más que un revoltijo.

—Tendré cuidado —prometió Crag.

—Un cuidado máximo —le advirtió Gotch—. No se quede parado como un pato. Creo que dentro de poco podremos enviarle un informe —añadió enigmáticamente.

—Si la cabeza atómica no nos quita de en medio —le recordó Crag—, Y muchas gracias por todas las buenas noticias.

Se echó a reír sin alegría. Cambiaron unas cuantas palabras más y cortaron. Se volvió a Prochaska observando la curiosidad de éste.

—Vas a salirte con las tuyas, Max. Ponte tus arreos de hombre espacial y te llevaré a dar una vueltecita. Volverás a ser un trabajador.

—¡Hurra! —gritó Prochaska—. De nuevo me incorporo a la clase internacional de los trabajadores.

La mueca de respuesta de Crag era más bien lúgubre.

—Te arrepentirás —dijo con calma.

XIX

La Tierra no era ya una bola llena. Era una masa gibosa de luz de un blanco lechoso, una masa llena de jorobas, un retorcido gigante en el cielo cuyo resplandor reflejado barría la noche lunar y borraba incluso a las estrellas más brillantes. Sus rayos atravesaban el espacio, cayendo en el cráter Arzachel con una especie de suave brillo cremoso, delineando los contornos de la llanura con su lumbrarada turbia.

Larkwell y Nagel habían rematado la cámara de descompresión. El cohete había sido sometido a prueba y a pesar de unas diminutas filtraciones que no pudieron localizar, la cabina espacial resultó lo suficiente hermética como para servirles en sus propósitos. Pero el cohete tema todavía que ser bajado al fondo del barranco. Larkwell se mostraba partidario de aguardar a la salida del Sol.

—Sólo faltan unos cuantos días —le dijo a Crag.

—No podemos esperar.

—Ya una vez descacharramos a la criatura por no esperar.

—Tenemos que arriesgarnos —dijo Crag con firmeza.

—¿Por qué? No estamos escasos de oxígeno.

Crag vaciló. Más pronto o más tarde habría de decir a los otros la nueva amenaza que venía lanzada por los espacios. Esta misma mañana Gotch le había comunicado las ominosas noticias. Los computadores indicaban que iba a caer cerca. Muy cerca. Miró a su alrededor. Allí estaban todos, vigilándoles, esperando que diera una respuesta a la pregunta de Larkwell.

Dijo con suavidad:

—Muy bien. Les diré el porqué. Hay un cohete que viene hacia acá con el nombre de Arzachel escrito en su morro.

—¿Más visitantes?

La pregunta, hecha en tono lastimoso, salió de los labios de Nagel. Crag sacudió la cabeza denegando.

—Hemos conseguido armas —interrumpió Prochaska, muy animado, haciendo una mueca—. Te elegiremos Comandante de la Primera Compañía de Infantería de Arzachel.

—El cohete no está tripulado.

—¿No?

—Es un cohete con cabeza atómica —dijo lúgubremente—, con una cabeza termo nuclear quizá. Si no estamos bajo tierra cuando estalle...

Dejó la frase flotando y miró alrededor. Los enmascarados rostros estaban en blanco, sin expresión. Hubo un momento de silencio y de meditación antes de que Larkwell hablase.

—Está bien —dijo—, lo meteremos en el agujero.

Dio media vuelta y se puso a mirar el Perro Rojo. Nagel no se movió. Mantenía los ojos fijos en Crag, pareciendo que había echado raíces en el sitio

hasta que Prochaska le tocó en el brazo.

—Vente, Gordon —le dijo con dulzura—. Tenemos mucho trabajo por delante.

Sólo entonces se volvió el hombre del oxígeno. Crag experimentó la sensación de que el muchacho se hallaba como alelado por el golpe.

Trabajaron cuatro horas más de la ración acostumbrada hasta que por fin Crag dio la señal de parada. Los cables estaban ya atados al Perro Rojo, los tornos a punto. La nave ya había sido izada hasta el borde del barranco y estaba lista para descender a las negras profundidades. Crag sentía impaciencia por seguir adelante, pero comprendió que los hombres estaban demasiado cansados. Incluso el acerado Larkwell se tambaleaba ya. Sería correr un riesgo demasiado grande. A duras penas dio la señal para el regreso a Bandido.

Empezaron a surcar la llanura: cinco burbujas negras, cinco sombras arrastrándose a través de un pozo de medianoche. Crag iba en cabeza. En lo alto la Tierra resplandecía con una luz amarillo verdosa. Las estrellas clavadas en un cielo de empurpurada negrura se difuminaban en un millón de puntitos brillantes. El cielo, el cráter, las negras sombras alargadas sobre la noche aún más negra, hablaban del extrañamiento del Universo. Arzachel era el mundo olvidado. Más aún, un mundo que nunca lo fue. Era materia sólida creada de la nada, flotando en la nada, una diminuta partícula a la deriva en el terrible vacío del Cosmos. Sintió un escalofrío. Era una sensación fantástica.

Llegó a Bandido y aguardó a que los otros fuesen acudiendo. Prochaska más ágil que los demás, fue el primero en aparecer. Dirigió un saludo burlón a Crag y empezó a trepar por la escalerilla. Larkwell y Richter llegaron momentos más tarde. Vio cómo se aproximaban. Parecían titubear, como ancianos, pensó, pero la dirigieron una corta inclinación de cabeza antes de trepar a la cabina espacial. Ya empezaba a preocuparse cuando por fin apareció Nagel. El hombre del oxígeno venía tambaleándose de cansancio, capaz apenas de mantenerse derecho. Crag se echó a un lado.

—Pasa tú primero, Gordon.

—Gracias, patrón.

Crag miraba ansiosamente mientras Gordon subía por la escalerilla de cuerda. Se había detenido a mitad de camino y apoyaba la cabeza entre los brazos. Al cabo de un momento reanudó la subida. Crag esperó que hubiera llegado a la cabina antes de ponerse en su seguimiento. ¿Podría resistir Nagel? ¿Podría morir un hombre de puro agotamiento? La preocupación llenaba su espíritu. Quizá conviniera darle un día de descanso, pedirle que se hiciera cargo del comunicador. O sencillamente que se echara a dormir. En el estado actual su contribución al trabajo era nula. Hacía poco más que moverse de una parte a otra.

Crag seguía debatiendo el problema mientras inyectaba presión en la cabina y los demás se quitaban los trajes. ¿Qué haría Gotch? Gotch le estrujaría hasta morir. Eso es lo que Gotch esperaba que él hiciera. No, no

podía mostrarse blando. Incluso la insignificante contribución de Nagel al trabajo podría constituir la diferencia entre el éxito y el fracaso. Entre la vida o la muerte. Había que seguir adelante. Crag apretó los labios con crueldad. Sentía mayor simpatía por el hombre del oxígeno desde aquella breve conversación en la que

Nagel le había dejado atisbar dentro de su alma. Ahora... ahora se sentía un poco como su verdugo, listamente cuando estaba empezando a comprender las ideas y los sentimientos de Nagel. Pero el comprender a Nagel y simpatizar con su forma de >sr eran cosas que sólo servían para hacerle más difícil la tarea. Con impaciencia borró el problema ce su mente. Había otras cosas más importantes que considerar. Como la cabeza atómica, por ejemplo.

Larkwell estaba sacando sus raciones cuando Prochaska se desplomó al suelo sin decir palabra. Crag se puso a su lado de un salto. El rostro del jefe estaba blanco, estirado, torcido de una manera rara. Crag se sintió desconcertado. Resultaba extraño, pero la verdad era que su cerebro se negaba a funcionar. Estaba sosteniendo una gran lucha para obligarse a pensar cuando vio que Nagel daba un salto buscando su traje de presión. Comprendió de repente. Les gritó a los demás y agarró su propia indumentaria. Luchó con una oleada de vértigo mientras se esforzaba en ponerse el traje. Tenía los dedos pesados, torpes. Mientras manipulaba con la placa facial perdió unos segundos preciosos en tanto que conseguía ajustársela y abrir la válvula del oxígeno. Nagel había acabado y estaba tratando de vestir a Prochaska. Crag corrió en su ayuda. Juntos se las arreglaron para meterle en su traje e inyectarle oxígeno. Solamente entonces Crag rompió el silencio.

—¿Cómo hemos perdido el oxígeno, Gordon?

—No lo sé. —En su voz sonaba una nota de espanto—. Una filtración lenta.

Sacó sus instrumentos de comprobación y se puso a manejarlos. Los otros le miraban aguardando nerviosamente hasta que por fin habló.

—Una filtración muy lenta. Debe de tratarse de un impacto de meteorito.

—¿Podrías localizarlo?

En su traje Nagel hizo un encogimiento de hombros.

—Se tardará tiempo, y costará algún oxígeno.

Crag le miró y pensó que su compañero estaba ya demasiado derrengado para ocuparse de ningún trabajo. Es más, se notaba que había llegado a un punto crítico.

—Nosotros nos ocuparemos de eso —dijo con dulzura—. Ahora descansa un poco, Gordon.

—Gracias, patrón.

Nagel se dejó caer en uno de los asientos y enterró la cabeza entre las manos. Al poco rato Prochaska comenzó a agitarse. Abrió los ojos y miró estúpidamente a Crag un largo rato antes de que la comprensión se reflejase en su rostro.

—¿Oxígeno?

—Probablemente la caída de un meteorito. Pero ya está todo arreglado.

Prochaska hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Bueno, la verdad era que me estaba haciendo falta el descanso —bromeó débilmente.

La filtración puso fin a todo proyecto de comida. Tendrían que seguir dentro de sus trajes mientras se la localizara y se procediese a su reparación. Por sugerencia de Crag, Nagel y Larkwell se echaron a dormir. Más propiamente, se derrumbaron dentro de sus trajes. Pero Richter insistió en ayudar a localizar la rotura de la cubierta. Crag no protestó; realmente, le estaba agradecido.

Fue Prochaska quien la encontró: un agújenlo poco mayor que un guisante en uno de los ángulos de la cabina.

—Meteorito —afirmó después de examinar el agujero—. Hemos tenido suerte en que no haya ocurrido antes.

Parchearon la rotura y volvieron a dar presión a la cabina. Luego hicieron las pruebas necesarias. La presión permanecía constante. Crag lanzó un suspiro de alivio y empezó a quitarse el traje. Richter siguió su ejemplo, pero Prochaska se quedó parado, vacilando.

—Se siente uno tan indefenso —explicó.

—Las probabilidades de otro golpe son bajísimas —le animó Crag—. Yo siento lo mismo que tú, pero no podemos vivir con esta armadura.

Terminó de quitarse su indumentaria y Prochaska se desnudó también.

A pesar de su fatiga, Crag tardó en conciliar el sueño. Se movía inquieto, tratando de apartar los problemas de su mente. Poco antes de quedarse por fin dormido se le clavó en la imaginación la inquietud acerca del saboteador. “Me estoy convirtiendo en un patito parado”, se dijo. Trató de volver a la vigilia, pero su cuerpo se le rebeló. Se quedó dormido.

Se prepararon para bajar a Perro Rojo dentro del barranco. La Tierra estaba mostrando su giba en el cielo, casi en forma de media luna, con un brillante cono de luz zodiacal hacia el este. La luz era un heraldo del Sol que se acercaba, un Sol cuyos rayos no llegarían a las profundidades del cráter Arzachel antes de que transcurriesen cuarenta y ocho horas.

En el negro pozo del cráter las luces amarillas de las linternas de la tripulación trabajadora resbalaban sobre el cuerpo del cohete haciéndolo aparecer como un monstruo gargantuélico surgido de las profundidades del mar. Estaba posado al borde del barranco con cables que ceñían su cuerpo y que estaban sujetos a tornos anclados en la cercanía. Los cables irían aflojándose lentamente, permitiendo que el cohete descendiera a las profundidades de la grieta. Larkwell, en la parte opuesta del barranco, manejaba un torno accionado a motor y con el que se haría avanzar al cohete sobre el filo de la hendedura.

—¿Listo el torno uno?

Su voz era cortante y chillona, crispada por el esfuerzo. Nagel replicó:

—¿Listo el torno uno?

—¿Listo el torno dos?

—Listo el torno dos —contestó Prochaska.

—¡Pues, vamos!

El cable desde Perro Rojo hasta el torno de Larkwell se atiesó, tembló, volvió a atiesarse. Perro Rojo pareció echarse a temblar y empezó a deslizarse lentamente hacia el filo del barranco. Crag vigilaba la escena desde un cercano montón de rosas. Sonreía torcidamente. Esto de tender naves espaciales en la Luna estaba convirtiéndose en una vieja historia. Los cables y los tornos parecían el pan nuestro de cada día. Bueno, esta sería la última que tendrían que bajar. Por lo menos esas esperanzas tenía. Richter estaba a su lado silencioso. El cohete colgó sobre el borde de la grieta un momento antes de empezar a descender.

—Id aflojando.

Los cables que iban hasta los tomos anclados se tensaron y la nave quedó colgada, medio suspendida en el espacio.

—Va bien.

El cable de Larkwell se atiesó de nuevo y el cohete rebasó limpiamente el filo, mantenido en el espacio por los tomos de anclaje.

—Id soltando, despacio.

Crag se movió hasta el borde del barranco, dándose cuenta de que Richter estaba a su espalda. La presencia constante de aquel hombre le ponía nervioso; sin embargo, estaba allí porque él lo había ordenado. Paseó la luz de su linterna sobre el cohete. Este se iba introduciendo en la grieta con una serie de respingos. Su cola golpeó el suelo de ceniza. Al momento siguiente reposaba en el fondo de la hendidura. Lo conseguirían. Se sintió inundado por una oleada de alegría. Los problemas más graves se resuelven cuando uno está encima de ellos y los guía. Pues bien, él había estado encima de éste, lo había guiado durante toda una noche de negrura estigia y de frío increíble. Guiado hasta la victoria a pesar de dificultades infernales. Se sentía presa de júbilo.

Pero tenían que darse prisa si habían de trasladar todas sus provisiones y herramientas desde Bandido antes de que la cabeza atómica hiciera explosión. Tenían todavía que cubrir a Perro Rojo, enterrándolo bajo una espesa capa de ceniza. ¿Sería aquello bastante? El proyecto era el de protegerles contra los peligros del polvo meteórico, pero, ¿resistiría aquello la lluvia infernal que iba a producirse cuando estallara la cabeza atómica?

Cansadamente apartó aquella idea de su imaginación.

Cuando los otros pusieron a salvo sus herramientas, dio la señal para regresar a Bandido. Se pusieron en marcha caminando por la oscuridad en fila india, siguiendo un sendero serpenteante entre las numerosas grietas y montículos esparcidos en el trecho que separaba a una nave de otra Crag balanceaba los brazos tratando de mantenerlos en calor. Diminutas agujas

dolorosas se le clavaban en los pies y en las manos, y el frío en sus pulmones era una agonía. Incluso en la oscuridad reinante, el sendero entre los cohetes se había convertido ya en algo familiar.

A pesar de la incomodidad y del cansancio, casi le gustaba la larga caminata entre los cohetes. Le daba tiempo para pensar y formar planes, un tiempo durante el cual nada se exigía de él sino que siguiera un rumbo razonablemente derecho. No había ninguna cabeza atómica, ninguna amenaza del mundo del Este, ningún Gotch. Había tan sólo la negrura y la soledad del cráter Arzachel. Incluso le agradaban aquellas tinieblas de la noche lunar, no obstante el frío que tenían por pareja. El manto de tinieblas ocultaba la fealdad del cráter, difuminando su perfil amenazador y ablandando su rasgo. Mientras andaba dirigía sus ojos al cielo. La Tierra era enorme, muchas veces el tamaño que tenía la luna llena cuando se la veía desde su planeta madre, y sin embargo parecía frágil, delicada, una pálida y etérea vagabunda de los cielos.

Crag no se consideraba un hombre imaginativo. Pero cuando contemplaba la Tierra algo se agitaba profundamente en su espíritu. La Tierra no era para él una masa de rocas y aguas del mar y aire, sino un ser viviente. Pensaba en la Tierra como si ésta fuera *ella,* personalizándola. A veces se la imaginaba como a un fantasma que caminara entre las estrellas, un animal abandonado perdido en la inmensidad del Universo. Y otras veces se la figuraba como a una mujer frívola que caminase en silencioso esplendor con la cabeza alta y orgullosa. Y las estrellas eran sus amantes. Crag caminaba a través de la noche, con la cabeza levantada, preguntándose si alguna vez podría él contestar a aquella insinuación de la Tierra.

Casi había llegado a Bandido cuando la voz de Nagel irrumpió excitadamente en sus auriculares.

—¡A Prochaska le pasa algo malo!

Crag detuvo sus pasos, acometido por un miedo súbito.

—¿Qué?

—Iba algo delante de mí. Precisamente acababa de verle...

—Pero, ¿qué le pasa? —disparó Crag irritado.

Maldito sea, ¿es que no podía aquel hombre dejar de andarse por las ramas?

—Se ha desplomado.

—Voy —dijo Crag.

Rehizo el camino a través de la oscuridad, maldiciéndose a sí mismo por haber permitido que el grupo se disgregara.

—Demasiado tarde, comandante. —Era la voz de Richter—. Tiene el traje desinflado. Debe de haber sido un meteorito.

—Quedaos aquí —ordenó Crag—. ¿Larkwell...?

—También yo vuelvo atrás...

Estaban todos allí cuando él llegó, congregados en torno a la forma acurrucada de Prochaska. Las luces amarillas de sus linternas recortaban su cuerpo contra la llanura de ceniza. Larkwell, de rodillas, iba posando sus

manos sobre el armazón electrónico del jefe. Crag se colocó a su lado.

Los dedos de Larkwell habían encontrado el agujero, una diminuta abertura justamente bajo el hombro. Crag la examinó, dándose cuenta de que había allí algo sospechoso. Aquello no tenía el aspecto del agujero que pudiese producir un meteorito. Más bien parecía, pensó, un pequeño rasgón. El tipo de rasgón que podría causar la punta de una navaja. Levantó la mirada hacia Larkwell. Los ojos del encargado de las construcciones encontraron su mirada y con la cabeza hizo una inclinación afirmativa. Crag se puso en pie y se quedó mirando al alemán.

—¿Dónde estaba usted cuando ocurrió esto?

—Delante de él —contestó Richter—. Estábamos distanciados. Creo que era yo el que le seguía a usted en la hilera.

Larkwell dijo blandamente:

—Usted llegó aquí antes que yo. Por tanto iría usted detrás de mí.

—Iba delante de usted cuando empezamos la marcha —contestó el alemán mirando a Larkwell con calma—. No vi que usted me rebasara.

Crag se volvió hacia Nagel.

—¿Dónde estabas tú, Gordon?

—A la cola, como de costumbre —repuso con amargura.

—¿A qué distancia iba Prochaska de ti?

—No tengo idea. —Se quedó mirando a la oscuridad y luego volvió la vista a Crag—. ¿Es que ibais a estar esperando por mí?

Crag reflexionó. Estaba visto que no conseguiría nada con aquel interrogatorio. Miró a Nagel. El individuo parecía al borde del colapso.

—Nos llevaremos a Max. Eche usted una mano, Richter. —Su voz sonó con frialdad—. Quiero examinar ese desgarrón con buena luz.

El alemán asintió con calma.

—Todos juntos —gritó Crag—. No separarse. Larkwell, guía tú.

—Muy bien.

El encargado de las construcciones abrió marcha hacia Bandido. Nagel iba pisándole los talones. Crag y Richter, transportando entre ellos el cuerpo de Prochaska, marchaban a retaguardia.

Aquello terminó con las últimas fuerzas de Crag, que se sintió agotado después que introdujeron el cuerpo en la cabina espacial.

Los hombres permanecían silenciosos mientras él llevaba a cabo su examen. Despojó al muerto de su traje espacial, volvió luego la tela del interior y examinó la carne en el sitio donde el traje había sido perforado. La piel no tenía marca alguna. Estudió el rasgón cuidadosamente. Era un corte limpio.

—Nada de meteorito —dijo poniéndose en pie.

Su voz sonaba fría, peligrosamente ronca. El rostro de Larkwell estaba ceñudo. Nagel tenía una expresión de desconcierto y casi de pasmo. Richter aparecía pensativo. El rostro de Crag semejaba una máscara de hielo, pero sus pensamientos eran caóticos. El temor se infiltraba en su espíritu. Este era el

peligro contra el que Gotch le había puesto en guardia.

¿Richter? ¿El saboteador? Sus ojos pasaban de un hombre a otro, quedando fijos por fin sobre el alemán. Mientras que sopesaba el problema, una parte de su mente le decía que una cabeza atómica volaba hacia ellos por los cielos. El tiempo urgía. Había que tomar una decisión. Le ordenó a Larkwell y a Richter que quitaran el cuerpo de Prochaska de su pesada indumentaria y se lo llevasen a la llanura.

—Le enterraremos más tarde; después de que llegue el cohete con la cabeza atómica.

—Si es que estamos aquí —observó Larkwell.

—Estoy decidido a estar de todas formas —dijo Crag con firmeza.

XX

Llegó el día de la cabeza atómica.

La Tierra era en el cielo una delgada media luna cuya luz no borraba ya la de las estrellas. Estas brillaban duras y punzantes contra el negro purpureo del espacio, soles rojos, amarillos y azules a inimaginables distancias en la enorme caja del Universo. La noche todavía agarraba al cráter Arzachel con su frío intolerable, pero una luz zodiacal presagiaba en el firmamento un alba lunar inminente. Medido en la incalculable escala de las distancias espaciales, al cohete le faltaba tan sólo una distancia insignificante que cruzar. Aquella distancia estaba ya casi cruzada. La velocidad del cohete había disminuido hasta convertirse en un mero arrastrarse antes de entrar en el campo gravitacional de la Luna; luego aceleró otra vez moviéndose más de prisa hacia su cita con la destrucción. Ahora venía rugiendo hacia la cara visible de la Luna.

Enterraron a Perro Rojo. Larkwell había improvisado un rastrillo rudimentario hecho con tiras de metal sacadas del interior del zángano Panadero, para facilitar la tarea. Ató pedazos de cable para tirar del armatoste. Crag, Larkwell y Richter pasaron el rastrillo por la llanura, acumulando la ceniza en pilas, mientras que Nagel se encargaba del trabajo más fácil de lanzarla por encima del borde del barranco.

La desigualdad de la llanura y la existencia de algunos que otros montones de rocas hacía que el trabajo resultara terriblemente lento. Crag se irritaba, pero no podía hacer nada para modificar la situación. Se tardaron casi las ocho horas justas en llenar el barranco poniéndolo al mismo nivel que la llanura, dejando sólo un acceso en el extremo de la cola por donde se llegaba a la cámara de descompresión.

—Esto no servirá de nada si el proyectil nos cae encima —observó Larkwell después que acabaron.

—No es muy probable que el golpe nos coja de lleno —conjeturó Crag —. Lo que me preocupa es la metralla posterior.

—Se estaría tan seguro en Bandido… —insistió Larkwell.

—Es posible.

Se apartó del encargado de las construcciones. Richter balanceaba los brazos y golpeaba el suelo con los pies en un esfuerzo por entrar en calor. Nagel estaba sentado lastimeramente en una roca, con la cabeza hundida entre las manos. Crag sintió por él una lástima momentánea, lástima teñida de resentimiento. Nagel era el punto flaco de la armadura, una amenaza para la seguridad de todos. Para cualquier propósito práctico dos hombres, puesto que no incluía a Richter, estaban realizando el trabajo de tres. Sin embargo, pensó, no podía excluir al alemán. El oxígeno y las provisiones que consumía representaban una porción menor que las que habían obtenido de. Bandido y de Perro Rojo. Richter trabajaba. Trabajaba con una tenacidad tranquila e

incansable que parecía poner más de relieve la ineptitud de Nagel. Quizá Richter era una bendición disfrazada. Sonrió sardónicamente al ocurrírsele aquel pensamiento. Pero todos estamos desequilibrados, se dijo, cansados de una manera infernal. Alguno tenía que ser el primero que reventara. ¿Por qué no Nagel?

Levantó la mirada al cielo. Las estrellas le parecieron brillantes trozos de hielo de una nevera celestial. Movió los brazos vigorosamente, dándose cuenta del frío mordiente que le estaba royendo los huesos y clavándole finas agujas en los brazos y en las piernas.

Tenía frío, pero su cuerpo estaba pegajoso. Sintió un dolor oscuro en la nuca. Al acordarse de la cabeza atómica empezó a actuar.

—Tenemos que aprovisionar a la criatura —dijo sin hablar con nadie en particular—. Oxígeno, comida, herramientas... No queda mucho tiempo.

Larkwell soltó una risita.

—Y que lo digas.

Crag contestó fríamente:

—Ya veremos. —Miró con simpatía a Nagel—. Vamos, Gordon. Hemos de ponernos en marcha.

Crag mantuvo a los hombres unidos, en fila india, con Larkwell a la cabeza. Este iba seguido por Nagel. Crag marchaba a la cola. El recuerdo de la muerte de Prochaska seguía vivo en su mente y le obligaba a fijar toda su atención en los hombres que le precedían. Iban caminando despacio a través de la noche, siguiendo cansadamente el serpenteante camino que conducía a Bandido. De vez en cuando Crag encendía su linterna y pasaba sus rayos sobre la hilera, controlando las posiciones relativas de los hombres que iban delante de él. Dieron la vuelta al extremo de un barranco, rodearon la base de un montículo, conservando la dirección hacia Bandido. En lo alto Altair formaba un gran triángulo con Deneb y Vega. Antares flameaba rojizo en el corazón de Escorpión. A un lado estaba Sagitario, el Arquero. Pensó que la gigantesca hoya de Arzachel debía de ser el lugar más solitario del Universo. Se sentía abrumado, cansado de todo.

—Comandante.

La sencilla e imperativa llamada despertó su atención.

—Venga rápido. ¡Algo le pasa a Nagel!

Crag corrió adelante ondeando la linterna. Vio la forma de Richter inclinada sobre una figura caída mientras su mente registraba el hecho de que había sido la voz del alemán la que había oído. Se colocó a su lado de un salto sin apartar sus ojos de Richter hasta que vio que las manos de aquel hombre estaban vacías. Se arrodilló junto a Nagel: ¡su traje estaba inflado! Crag respiró con alivio. Dijo concisamente:

—Agotamiento.

Richter asintió con la cabeza. Un extraño ruido sonaba en los auriculares de Crag, subiendo y bajando. Tardó un momento en darse cuenta de que era Nagel que roncaba. Se levantó, presa de una secreta oleada de

alivio y temores mezclados, y miró a la figura tendida alegrándose de que ya estuvieran cerca de Bandido.

Larkwell gruñó:

—Cada vez más difícil.

Los tres tuvieron que emplearse a fondo para llevar a Nagel al cohete. Crag puso presión en la cabina y abrió la mirilla del durmiente. Este continuó roncando, vibrando sus labios a cada exhalación. Mientras dormía sacaron comida y tomaron un refrigerio. Estaban ya listos para transportar el oxígeno a Perro Rojo y Nagel seguía dormido. Crag dudó, temiendo dejarle solo. La combinación podía resultar fatal si era Nagel el saboteador. Pero si era Larkwell, tendría que habérselas con dos enemigos a la vez. La perspectiva no tenía nada de halagüeña.

—Estará inconsciente largo rato —dijo Larkwell como si estuviera leyendo sus pensamientos.

—Sí.

Crag reemplazó el cilindro de oxígeno de Nagel por otro nuevo, le cerró la mirilla y abrió la válvula de presión del traje. Aguardó hasta que los otros estuvieron listos y quitó la presión de la cabina. Bajó la escalerilla, pensando que tendría que volver antes de que el oxígeno del cilindro de Nagel se agotara.

Cada hombre llevaba tres cilindros. Cuando llegaron a Perro Rojo, Larkwell bajó al barranco y metió los cilindros de oxígeno, que Crag y Richter hicieron descender, en el interior del cohete, a través de la nueva cámara de descompresión. Al siguiente viaje aumentaron la carga hasta cuatro cilindros cada uno, una decisión que Crag lamentó mucho antes de llegar a Perro Rojo. Fue una caminata de pesadilla, completamente agotadora y que le dejó convertido en un guiñapo. Se maravillaba por la resistencia de Larkwell y Richter. Físicamente los dos eran hombres bajitos. Bajos pero recios, pensó. Recios y tenaces.

Nagel estaba despierto, aguardándoles, cuando llegaron por otra carga. Les saludó con una mirada ligeramente bovina.

—Sospecho que me he desinflado.

—Eso fue lo que pasó; te desmayaste —afirmó Crag—. No es que te lo reproche. Estoy a punto de caerme yo también.

Nagel habló con indiferencia:

—Alpina ha enviado un mensaje.

—¡Caramba! —exclamó Crag expectante.

—El coronel Gotch. Dice que los últimos datos indican que el cohete estallará al sur de Alfonso a las 13,50 horas.

¡Al sur de Alfonso! Pero al sur, ¿en qué sitio? Tendría que ser cerca, pensó Crag. Tal vez demasiado cerca. Quizás al sur de Alfonso lo entendiera Gotch por Arzachel. Bueno, en ese caso todas las preocupaciones terminarían. Miró el cronómetro principal. Quedaba tiempo para dos viajes más, si se daban prisa.

Estaban realizando su último viaje a Bandido.

Larkwell marchaba en cabeza y Crag en retaguardia. Avanzaban despacio, cansadamente, obsesionados por la brevedad del tiempo, pero tenían que esforzarse hasta el límite. Lo que pasaba sencillamente era que no podían moverse con mayor rapidez.

Era extraño, pensaba Crag, eso de que hubiese un cohete en el cielo, con una cabeza atómica, una bomba nuclear que iba surcando las inmensidades del espacio para dar en el blanco. En el blanco: Adam Crag y la tripulación. Si sobrevivimos a esto, ¿qué habrá después? Aquella pregunta le obsesionaba. ¿Hasta qué punto podrían resistir? Específicamente, ¿cuánto podría resistir él, Adam Crag? Alejó el pensamiento. Resistiría todo lo que hubiese que resistir.

Pensó: *una carga más y nos metemos bajo tierra.* La perspectiva de poner fin a aquella tarea agotadora animó su espíritu. Durante el período de la bomba estarían durmiendo, durmiendo. Dormir y comer y descansar y volver a dormir.

A mitad de camino hacia Bandido súbitamente tuvo la sensación de que había algo que iba mal. La forma de Richter, delante, era una sombra negra. Más allá de él, Nagel era una ampolla que se movía. Alargó el haz de la linterna, lanzando sus rayos en la oscuridad más allá del hombre del oxígeno. Larkwell; no se veía la menor señal de Larkwell. Apresuró el paso, ondeando la luz adelante y atrás a ambos lados del sendero.

—¿Larkwell? —preguntó con voz imperativa.

No hubo respuesta.

—¿Larkwell?

El silencio se burló de él. Richter se detuvo bruscamente. Nagel se volvió, dirigiéndose hacia d en medio de la noche.

—¿Dónde está Larkwell?

—Iba delante de mí —contestó Nagel.

Richter se encogió de hombros.

—No puedo ver tan lejos.

Los pensamientos de Crag se sucedían a un ritmo endemoniado. ¿Habría sido alcanzado Larkwell por un meteorito? No, le habrían visto caer.

—Debe de haberse adelantado —observó Richter con calma.

En la voz del alemán había algo que inquietó a Crag.

—¿Por qué no contesta? —interrumpió Nagel—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Larkwell! ¡Larkwell, contéstame!

Silencio. Un gran silencio. Una sospecha se formó en su mente. Crag contuvo la respiración, aterrado por aquel pensamiento.

—¡Movámonos, aprisa!

Se lanzó en dirección a Bandido, obligando a sus cansadas piernas a que tomaran un troteci11o. Sus botas golpeaban en la llanura, clavándole en las piernas agujas insufribles. El cuerpo se le ponía pegajoso y lleno de sudor,

frío y caliente por tumos. Un helado presentimiento se había apoderado de él. Trataba de alumbrar el camino con su linterna. Las rocas formaban sombras evanescentes, sombras que bailaban, se retiraban, crecían y disminuían alternativamente hasta hacerle imposible distinguir entre sombra y roca. Tropezó y cayó pesadamente, conteniendo el aliento lleno de temor hasta que pudo asegurarse de que su traje no se había rasgado. Después de aquello aflojó el paso, moviéndose más cuidadosamente. Su linterna era un ojo amarillo que le precedía a través de la llanura.

Bandido se irguió ante él, alzándose contra las estrellas, una ominosa sombra negra. Movió su linterna, lanzando su luz sobre la llanura. Larkwell, ¿dónde estaba Larkwell? El rayo amarillento acarició al cohete, rozándole la base.

Algo iba mal, espantosamente mal. Tardó un instante en comprobar que la escalera de cuerda había desaparecido. Enfiló la linterna hacia arriba. Su rayo amarillento recortó la silueta de Larkwell contra la escotilla.

—Larkwell —llamó Crag imperiosamente.

La figura de la escotilla no se movió. Llegó Richter y se colocó al lado de Crag. Este le lanzó una mirada de impotencia. El alemán estaba silencioso, inmóvil, con el rostro alzado hacia la cabina espacial como si estuviera sumido en una contemplación insondable. Crag llamó de nuevo con voz colérica. Hubo un momento de silencio antes de que una voz resonara en sus auriculares.

—¿Larkwell? No hay ningún Larkwell aquí.

Las palabras fueron pronunciadas con lentitud, burlonamente.

Crag gritó furioso:

—Estos no son momentos para bromas. Echa la escalera a toda prisa.

El silencio se burló de él durante unos largos segundos antes de que Larkwell contestara:

—No estoy bromeando, míster Crag. —Recalcó la palabra *míster*—. No hay ningún Larkwell. Por lo menos no aquí.

Un presentimiento espantoso agitó la mente de Crag. Se volvió hacia Richter. El alemán no se había movido. Le tocó el brazo y empezó a retroceder hasta apartarse de la base del cohete. Nagel estaba en uno de los costados, con un aire de absoluta indefensión y abatimiento frente al drama que se estaba representando. Crag dominó sus pensamientos.

—¿Larkwell?

—Me llamo Malin... si le interesa saberlo, míster Crag. Igor Malin.

Las palabras fueron pronunciadas con tono de mofa. Crag sintió que la cólera ardía en su interior. Todas las emociones reprimidas desde que abandonó la Tierra se pusieron a hervir volcánicamente dentro de él hasta que el cuerpo empezó a agitársele como una hoja. La cicatriz de su mejilla temblaba y ardía, y él trató involuntariamente de frotársela antes de acordarse de la escafandra. Aguardó hasta que se le pasó el primer temblor y luego habló procurando que su voz sonara tranquila.

—Está usted loco, Larkwell. No sabe lo que está haciendo.

—¿No? ¿Cree usted que no?

Crag se mordió los labios con irritación. Volvió a hablar:

—Así, pues; ¿usted es nuestro saboteador?

—Llámeme así si lo prefiere.

—¡Y un maldito traidor!

—Nada de traidor, míster Crag. Al contrario, he sido muy fiel a mi país.

—Es usted un traidor —declaró Crag fríamente.

—Vamos, sea razonable. Un traidor es uno que trabaja en contra de su patria. Usted trabaja a favor de la suya... yo, a favor de la mía. Es muy sencillo.

Hablaba lánguidamente, pero Crag sabía que se estaba riendo de él. Realizó un esfuerzo para dominar su rabia.

—Nació usted en los Estados Unidos —prosiguió Crag.

—También se equivoca.

—Se crio en el Orfelinato Maple Hill. Tengo su expediente personal.

—¡Ah!, ese era vuestro Martin Larkwell —se burló la voz—. Pero yo me convertí en Martín Larkwell un día soleado en Buenos Aires. ¿Podríamos decir que ello formaba parte de una táctica bien planeada? No, no soy vuestro Martín Larkwell, míster Crag. Y me siento muy feliz al poder despojarme ahora de su miserable identidad.

—¿Qué espera usted ganar con esto? —preguntó Crag manteniendo una voz razonable y procurando ganar tiempo.

—Vamos, vamos, míster Crag, usted sabe muy bien lo que está en juego. La Luna pasará a depender del país cuyo representante viviente se encuentre aquí cuando la O.N.U. adopte su decisión, cosa que hará pronto. Observe que digo viviente, vivo.

—La mayoría de las provisiones están en Perro Rojo —indicó Crag.

—Aquí hay bastante para un hombre.

La voz sonaba con una blandura enloquecedora en los auriculares de Crag.

—No sobrevivirá usted a la tormenta de rocas —prometió Crag salvajemente.

—Las posibilidades de un impacto directo son muy remotas. Usted mismo lo ha dicho.

—Pero eso no es más que una suposición.

—Con eso me basta.

—¡Maldito sea, Larkwell! No puede usted hacer esto. Arroje la escala. —Era Nagel quien hablaba y quien volvió a repetir a gritos—: Arrójela, le digo.

—Ha cometido usted un error —.intervino Crag con calma—. Nosotros podemos sobrevivir. Hay bastante oxígeno en Perro Rojo.

—Abrí todos los cilindros que ustedes bajaron —dijo el hombre de la escotilla con un tono lleno de naturalidad—. En realidad abrí todos los

cilindros que hay en Perro Rojo. Lo siento, míster Crag, pero el oxígeno se ha ido todo. Pronto seguirán ustedes el camino de Prochaska.

—¿Fue usted quién lo hizo? —preguntó Crag con una voz que era un aullido.

—Esto es la guerra, míster Crag. Prochaska era un enemigo.

Hablaba con la voz de quien está sosteniendo una conversación banal. Crag experimentaba la sensación de que todo aquello era una locura. Un sueño fantástico, una absurda pesadilla. Pronto se despertaría.

—¡Cobarde! —chilló Nagel—. ¡Cobarde, maldito cobarde!

La figura que estaba en la escotilla desapareció en el interior del cohete. ¡Estaba armado! Crag recordó entonces que los dos rifles automáticos estaban todavía en Bandido. Alarmado ordenó a los hombres que retrocedieran. Nagel seguía en pie lanzando maldiciones.

—Vente atrás, Gordon —ordenó Crag.

Malin reapareció a los pocos segundos empuñando un rifle. Crag apagó la linterna dejando la llanura sumida en la oscuridad.

—Retrocede —ordenó de nuevo.

—No quiero. Voy a entrar en ese cohete —balbuceó Nagel.

Se lanzó hacia adelante y se perdió en las tinieblas antes de que Crag pudiera detenerle.

—¡Nagel, vuelve aquí! ¡Es una orden!

—¡No quiero... no quiero!

Su chillido resonó dolorosamente en los auriculares de Crag.

Un rayo amarillento flameó desde la escotilla y se movió en el suelo junto a la base del cohete. El rayo se detuvo, clavando a Nagel en un círculo de luz. Nagel volvió el rostro hacia arriba. Seguía maldiciendo salvajemente, con frenesí.

—¡Nagel! —gritó Crag advirtiéndole.

Nagel alzó los puños hacia la escotilla gritando todavía. Una llama brotó del negro rectángulo y el hombre del oxígeno cayó derribado en la llanura.

—Echese más atrás —dijo Richter con calma

Crag se detuvo indeciso. Richter habló más imperativamente:

—Ya no hay nada que hacer. Retroceda mientras pueda.

—Felices sueños, míster Crag... y que duerma mucho.

La escotilla se cerró.

XXI

Nagel estaba muerto. Yacía tendido en la ceniza, un ovillo lamentablemente pequeño en un traje desinflado. Había conseguido su deseo; nunca más volvería a ver la Tierra.

Bajo el inmenso y estrellado cielo...

Ahora estaba dormido con su sueño. Dormido en el mundo fantásticamente extraño que había llegado a amar. Pero el hecho seguía siendo el mismo: Nagel había sido asesinado. Asesinado a sangre fría. Asesinado por el mismo criminal que había matado al pequeño Max Prochaska. ¡Y ahora era el asesino quien tenía la sartén por el mango! Crag miró el cuerpo agarrotado, reviviendo la escena y sintiendo arder su cerebro.

Por último se puso en pie, lleno de una terrible cólera fría.

—Hay una cosa de la que se ha olvidado ese tipo.

—¿Cuál? —preguntó Richter.

—Los cilindros del zángano Panadero. Esos no los hemos tocado.

Miró su indicador de oxígeno. Bajo. Panadero estaba a poco más de seis kilómetros hacia el este en un trayecto que raras veces se utilizaba. Nunca habían ido por allí de noche. En realidad Panadero se había convertido en el zángano olvidado. Trató de hacer memoria. Había un espolón de rocas interpuestas... barrancos... una senda serpenteante que corría entre altos pináculos...

—Tendremos que damos prisa —urgió Richter.

—¡Vamos ya!

Empezaron a caminar hacia el este, andando en silencio, uno junto al otro, olvidada su anterior relación de jefe y prisionero. Crag aceptaba el hecho de que la supervivencia de ambos y el éxito de su propia misión personal y de los bien madurados planes de Gotch podrían depender de lo que Richter hiciera o no hiciera. De repente se habían convertido en una de las partes de la maquinaria compleja rotulada PASO UNO.

Llegaron a la loma que se extendía entre ellos y el zángano y comenzaron la subida, trepando lenta, silenciosamente, midiendo la distancia contra el tiempo, tiempo contado en oxígeno sustentador de la vida. La subida a la loma resultó extremadamente azarosa. A pesar de sus linternas más de una vez pasaron rozando junto a peligrosas agujas de roca y tropezaron en pequeñas elevaciones. Jadeaban pesadamente cuando llegaron a la cresta, comenzando luego el descenso por el lado opuesto. Bajaron a la llanura y Crag compulsó el indicador de oxígeno. La lectura le alarmó. No le dijo nada a Richter, pero aceleró el paso. El aliento del alemán se convirtió en los auriculares en un áspero ronquido.

—¡Deténgase!

Había consternación en el grito de alarma del alemán. Inmediatamente Crag vio el abismo que bostezaba casi a sus pies. Richter le preguntó con calma:

—¿Por dónde cogemos?

—Que me aspen si lo sé.

Bamboleó la linterna en el barranco. Era amplio y profundo, una grieta de paredes casi verticales. Tendrían que dar un rodeo. Movió la linterna a un lado y a otro a lo largo de la llanura. No existía un final visible de la grieta. Miró rápidamente a las estrellas y dijo:

—El este se halla a nuestra derecha. Hemos de costear el barranco y me apuesto algo a que encontraremos pronto su final.

Así fue. Dieron la vuelta al extremo y reanudaron su caminata hacia el este. Crag hubo de pararse varias veces para recuperar el aliento. Las sombras bailaban ante el rayo de la linterna y le confundían, causándole extraños espejismos. Le parecía estar navegando entre las estrellas. Pensó que Panadero, en comparación con la inmensidad de la llanura, no sería más que una mota de polvo.

La voz de Richter penetró ominosa en sus auriculares:

—El oxígeno está a punto de acabarse. Parece que este lugar va a ser nuestro cementerio.

Crag dijo tercamente:

—Resistiremos.

—Tiene que ser pronto.

—Ya estamos llegando.

Rebasaron una pequeña elevación y volvieron a descender a la llanura. La aguja del zángano Panadero perforaba el cielo y borraba un sector de estrellas. Oxígeno... oxígeno. La palabra era como música dulce. Echó a correr, llegó a la base y agarró la escala que colgaba del portillo. Entró jadeando pesadamente, dándose cuenta de que ya sentía un ligero mareo, y echó mano del primer cilindro que vio. Lo acopló en el artefacto de su traje antes de mirar hacia la llanura. No se veía a Richter. Lleno de alarma cogió otro cilindro y bajó a toda prisa por la escala de cuerda. Su linterna descubrió a la figura de Richter cerca de la base del cohete. Encajó el cilindro en el traje y abrió la válvula esperando que no fuese demasiado tarde, dirigiendo luego el rayo de su linterna sobre el rostro del alemán. Este parecía estar respirando. En plan de prueba Crag llamó por el interfono sin obtener respuesta. Apagó la linterna para no gastar la pila y aguardó, sumida su mente en una maraña de ideas contradictorias.

—¿Comandante...?

—¡Cielo santo! Había llegado a asustarme.

Encendió la linterna. Richter tenía los ojos abiertos y le sonreía débilmente.

—No es una mala manera de marcharse —pudo decir con cierta dificultad—. Bonita y fácil.

—Al único sitio donde va usted a marchar es a Perro Rojo.

—Estaré perfectamente dentro de un minuto.

—Seguro que lo estará.

Richter se puso en pie haciendo un esfuerzo y respiró profundamente.

—Me encuentro de primera.

—Sera mejor que nos llevemos más oxígeno; lo bastante para aguantar los fuegos artificiales —sugirió Crag.

Volvieron al zángano y eligieron ocho cilindros, bajándolos con un pedazo de cuerda que buscaron a dicho fin. Bajaron a la llanura, amarraron los cilindros y empezaron a caminar hacia Perro Rojo.

—Un poco apurado vamos a estar de tiempo, pero lo lograremos —dijo Crag, pensando en la cabeza atómica.

Richter contestó con confianza:

—Lo lograremos.

Es extraño, pensó Crag, esto de que tenga que ponerme de acuerdo con mi enemigo para impedir que me asesine uno de mi propia tripulación. ¿Enemigo? La verdad era que ya no resultaba sensato seguir considerando enemigo a Richter. Sintió una punzada de remordimiento por la forma en que desconfiaba de él. Sin embargo no había más remedio.

Se le ocurrió una idea. Habló como quien no quiere la cosa, dándose cuenta de que se metía en un terreno resbaladizo:

—Hay una cosa que no comprendo...

—¿Cuál?

—Larkwell era un agente enemigo...

Vaciló.

—¿Y...?

—¿Por qué no trató de solicitar de usted que le ayudara? —preguntó Crag al fin rudamente.

—Usted es un hombre del espacio, comandante, no un agente de Información.

—No comprendo qué tiene que ver eso..

—Un agente no confía en nadie. Y un saboteador es el lobo más solitario de todos los agentes. ¿Confiar en mí? ¡Ja, ja, ja! Antes habría confiado en vuestro buen coronel Gotch. No, Larkwell no habría confiado en mí. Nunca.

Crag guardaba silencio. Aquello de que un agente no pudiese confiar en un soldado de su propio país, ni siquiera cuando las cosas iban mal, era una filosofía que no podría entender. ¡Maldito Larkwell! Deseaba vivir lo bastante para verle muerto. Más aún, deseaba matarlo por su propia mano. Estaba planeando la forma de conseguirlo cuando llegaron al barranco donde se hallaba enterrado Perro Rojo. Paseó el haz de su linterna sobre el lugar, a lo largo del filo de la grieta, hasta que localizó la escala de cuerda que bajaba a la cámara de descompresión.

—Usted me los va bajando y yo los iré colocando —ordenó Crag.

Descendió dentro del barranco y empezó a introducir los cilindros que Richter le alargaba. Cuando hubo acabado examinó aquellos otros cilindros que trajeran anteriormente. Todos estaban vacíos. Apretó los labios al examinar los cilindros que el cohete había traído desde la Tierra. Vacíos... todos vacíos. Larkwell había realizado un trabajo concienzudo.

Rechinó los dientes. Antes de reventar se daría el gusto de amarrar con una soga los cilindros vacíos a la garganta de Larkwell. Sí, y no sólo eso. Se imaginaba la faena paso a paso. Larkwell moriría. Tenía que morir horriblemente. Miró hacia la escotilla preguntándose por qué tardaría tanto Richter en bajar. Esperó unos momentos y luego volvió a subir a la llanura. Al alemán no se le veía por parte alguna.

—¿Richter?

No hubo respuesta. Examinó su interfono para asegurarse de que funcionaba, y llamó de nuevo. Silencio. Paseó el haz de su linterna por la llanura. Ni rastro de Richter. El alemán había desaparecido, se había esfumado en el negro amasijo del cráter.

—¡Richter, Richter, contésteme!

Silencio. El temor se apoderó de él. Llamó de nuevo, desesperadamente.

—¡Richter!

—Estoy perfectamente, comandante —La voz de Richter .sonaba muy baja, parecía. Jo llegar de cierta distancia—. Es mejor que se vuelva usted al Perro Rojo.

—¿Dónde está usted? —preguntó Crag.

—Tengo que realizar un trabajito.

—¡Vuelva!

El alemán no contestó. Crag estuvo a punto de lanzarse a su persecución cuando de pronto se dio cuenta de que no tenía la menor idea de la dirección que Richter pudiese haber tomado. Vaciló, desconcertado y temeroso a la vez.

Periódicamente repetía el nombre del otro sin obtener respuesta. Se quebraba la cabeza preguntándose qué se traería entre manos el alemán. No podría ir a Bandido y, además, estaba desarmado. Volvió a entrar en Perro Rojo y miró el cronómetro. Si los datos de Gotch eran correctos, la cabeza atómica estallaría dentro de cuatro minutos. Salió del barranco.

—La cabeza atómica va a estallar dentro de cuatro minutos —gritó en el micrófono.

—Métase en el Perro Rojo, comandante —insistió Richter.

Crag contestó irritado:

—¿Qué demonios está usted tratando de hacer?

—Comandante, mucha gente ha cruzado la frontera del Este a Occidente. Muchos otros querrían cruzarla.

—No le comprendo.

—Yo tuve que recorrer todo el mundo que hay hasta Arzachel para

encontrar mi frontera, comandante.

—¡Richter, vuelva! —ordenó Crag con voz emocionada.

—Ya no puede usted hacer nada. No se dio cuenta, pero la verdad es que cuando desembarqué aquí crucé la frontera, comandante. Pasé del Este al Oeste por la Luna.

—¡Richter!...

—Ahora soy un hombre libre.

—No sé de lo que está hablando, pero lo mejor es que vuelva aquí, y pronto. Quedará usted destrozado si se halla en la llanura cuando estalle el cohete—. En su interior estaba conmovido—. No hay nada que pueda usted hacer contra Larkwell.

—Sí, sí hay. El se olvidó de dos cosas, comandante. El oxígeno de Panadero era sólo una de ellas.

—¿Y la otra?

Richter no contestó.

Crag llamó de nuevo. Ninguna respuesta. Aguardó sin saber qué hacer.

El suelo tembló violentamente bajo sus pies. ¡La cabeza atómica! Una serie de sacudidas decrecientes pasó por la llanura en oleadas bruscas. No ha dado en Arzachel, pensó jubiloso. No ha dado... no ha dado. Dobló la cabeza y miró al cielo. El cielo estaba negro, de un negror absoluto, una gran negrura que se extendía hasta la infinitud, rota sólo por la brillantez de las estrellas. A uno de los lados Betelgeuse era un ojo rojizo y admonitorio en el hombro de Orión.

En su imaginación flameó un cuadro de lo que estaba sucediendo. En algún sitio entre Alfonso y Arzachel millares de toneladas de rocas se estaban alzando en grandes trayectorias balísticas, describiendo parábolas que se estrellarían en la superficie lunar. Muchos trozos se escaparían y viajarían por el espacio hasta el infinito. Algunos serían captados por la gravisfera de los planetas o irían a aplastarse en mundos extraños. Pero la mayor parte volvería a la Luna. Rocas cuyos tamaños oscilarían desde granos de polvo a gigantes capaces de aplastar rascacielos caerían como lluvia.

—¡Richter! ¡Richter!

Repitió la llamada varias veces. Ninguna respuesta. Paseó fútilmente el rayo de su linterna sobre la llanura. Richter era un hombre de fibra. Si la inminente lluvia mortífera le tenía aterrorizado, no lo mostraba en forma alguna. Crag miró a lo alto, imaginándose que observaba un movimiento contra las estrellas. En algún punto había montañas que caían en el vacío. A toda prisa bajó a la grieta, vaciló y luego se metió en el cohete. Vaciló de nuevo antes de dejar abierta la cámara de descompresión. Richter podría volver.

Al cabo de un rato sintió la primera sacudida, un choque que meneó al cohete y pasó por sus nervios como una ola. El suelo bailó bajo sus pies. Contuvo el aliento lleno de expectación, reprimiendo un instante de pánico. El cohete vibró varias veces, pero ninguna de las sacudidas fue tan fuerte como

la primera. Aguardó, dándose cuenta del silencio, un silencio que era tan profundo como una gran tormenta. La gran catarata debía ya de haber caído del todo. El pensamiento aumentó su valor. La idea de verse aplastado como una sardina embarricada no le hacía gracia ninguna. Esperó, preguntándose si Richter habría sobrevivido. Se acordó de Larkwell e involuntariamente crispó los puños. Larkwell o Igor Malin, si aún vivía, sería el primer asunto de que habría de ocuparse. Se acordó de Nagel y de Prochaska y comenzó a planear la forma en que mataría al hombre del Bandido. Aguardó un rato. El silencio absoluto le raspaba en las orejas. Ahora, pensó.

Se ajustó un nuevo cilindro de oxígeno, y ató otro de respeto a su cinturón; luego se puso a rebuscar entre los pertrechos hasta que encontró pilas nuevas para su linterna. Por último cogió uno de los rifles automáticos del arsenal de Perro Rojo.

Después de aquello subió a la llanura. Pronunció varias veces el nombre de Richter por el interfono, con pocas esperanzas de que le contestaran. Miró al cielo y luego paseó el haz de luz de su linterna sobre el paisaje lunar. Se sintió asaltado por una oleada de soledad. Por vez primera, desde que salió de la Tierra, se veía totalmente solo.

La última vez que había experimentado un sentimiento análogo fue cuando tripuló una astronave cohete experimental casi hasta el límite mismo de la atmósfera.

Se sacudió aquel sentimiento y estuvo preguntándose qué debía hacer. Indudablemente Richter había muerto. ¿Habría sobrevivido Larkwell —o sería mejor decir Malin— a la tormenta de rocas? Espoleado para entrar en acción, se dirigió hacia Bandido. Nada parecía haber cambiado, pensó, o casi nada. Aquí y allí la ceniza pulida estaba moteada de pedruscos que formaban pequeños cráteres. En cierto momento tropezó con una roca retorcida que se alzaba casi en mitad de una depresión en el sendero. Estaba seguro de que no se hallaba allí antes.

Se movió más precavidamente a medida que iba acercándose a Bandido, al recordar que el ocupante del cohete estaba armado. Trepó a lo alto de un montículo que le resultaba familiar, escrutando la llanura que se extendía delante de él con su linterna. Se detuvo desconcertado, flameando la luz para comprobar el sitio donde estaba. Convencido de que se hallaba en el montículo exacto, movió de nuevo el rayo luminoso y empezó a descender lentamente hacia la llanura. Una vez que llegó al llano trató de discernir la masa de Bandido dibujándose contra las estrellas. Por último caminó más aprisa, moviendo la linterna sobre la llanura en arcos cada vez más amplios. De pronto se detuvo. ¡Ido! ¡Bandido se había esfumado! Aquello no podía ser. Podría haber sido destruido, aplastado, pero no podía desaparecer. Se preguntó si estaría sufriendo alucinaciones. No, estaba cuerdo, completamente cuerdo. Empezó a vocear el nombre de Richter. El silencio se burló de él. Por último se volvió hacia Perro Rojo.

Crag durmió. Durmió con la cámara de descompresión cerrada y la

cabina llena de aire. Durmió el sueño de los muertos, un sueño exuberante sin pensamientos ni pesadillas. Cuando se despertó, comió y se puso el traje de presión, pensando que tendría que traer más oxígeno del zángano. Abrió la escotilla y salió. La llanura estaba llena de luz. El Sol era un círculo de luz intolerable suspendido en el filo mismo del horizonte. Guiñó los ojos para habituarlos a aquel resplandor.

Durante largo rato estuvo examinando la llanura. luego se colgó el rifle y empezó a andar hacia Bandido antes de recordar que no había Bandido alguno. ¿Ningún Bandido? Cuando llegó a lo alto del montecillo se convenció de que tenía razón. Evidentemente Bandido se había marchado. Se puso a rebuscar la zona en amplios círculos. La pregunta iba hinchándose en su cerebro. Encontró varios trozos retorcidos de metal, una pieza doblada de un motor. De repente topó con Richter.

Estaba muerto. Su traje pendía de su cuerpo flácido y sin aire. Se quedó mirando el objeto que estaba junto a Richter. Tardó un momento en reconocer que se trataba de la rampa de lanzamiento de cohetes.

“Se olvidó de dos cosas, comandante…”

Comprendió ahora las palabras de Richter. Ahora supo al fin el motivo que le había impulsado a marcharse por la llanura afrontando la inminente tormenta de rocas. Richter había empleado la rampa para destruir a Bandido, para destruir al asesino de Prochaska y de Nagel.

Se maravilló de que el alemán hubiese podido arrastrar el arma pesadísima. En cierta ocasión, días antes, había visto cómo dos hombres flaqueaban bajo su peso. Richter debía de haber agotado hasta la última onza de sus fuerzas.

Se quedó mirando largo rato aquel cuerpo caído. Richter había cruzado su frontera. Por último Crag se volvió y enderezó su camino hacia el Perro Rojo. Adam Crag, el hombre de la Luna. Ahora era realmente el hombre en la Luna. El único Hombre. El coronel Crag, Comandante en Jefe del Campo de Pickering. El general Crag, Jefe de la Primera Fuerza Expedicionaria Lunar. Adam Crag, Emperador de la Luna. Se echó a reír, una risa sin alegría. Maldito lo que le interesaba ser lo que quiera que fuese... en la Luna.

El sol trepó sobre la muralla que cercaba a Arzachel, transformando la vasta depresión interior del cráter en una caldera de calor y de luz. En la mañana del día lunar las estructuras rocosas que se alzaban de la llanura arrojaban alargadas sombras negras sobre el suelo de cenizas: un mosaico de blancos y negros. Crag tenía mucho que hacer.

Despojaba a los zánganos de sus escasas reservas de pertrechos utilizables, principalmente los cilindros de oxígeno de Panadero, y establecía un nuevo puesto de comunicación en Perro Rojo. En las primeras horas de la nueva mañana Gotch dio el nombre del saboteador. Crag le escuchó cansadamente. De momento no le interesaba el hecho de que un despierto

agente del Servicio de Información hubiese dudado de que un hombre de 1,60 de estatura pudiera haber sido un delantero estelar de baloncesto, como había dicho el superintendente del Orfelinato de Maple Hill. Crag expresó lo que sentía cerrando el comunicador en mitad de las explicaciones del coronel.

El Sol subía lentamente hasta llegar a quedar suspendido en lo alto, poniendo así fin a una mañana que había durado siete días terrestres. A mediodía todas las sombras habían desaparecido. Crag terminó de clavar la última de las tres cruces y retrocedió para admirar su obra. Leyó los nombres a la cabeza de las toscas lápidas: Max Prochaska, Gordon Nagel, Otto Richter. Cada uno de ellos seguido por una fecha. En la llanura había otras tumbas, la de los tripulantes de Bandido y Perro Rojo. Había marcado cada tumba con un pequeño montón de piedras. Más tarde se le ocurrió pensar que tal vez algún día reinaría la paz. Algún día alguien querría tal vez poder mirar uno de esos montones de piedra. Se volvió y puso una anotación en cada uno.

El Sol se movía imperceptiblemente en el cielo. Pareció quedar colgado sobre el horizonte muchísimo tiempo antes de hundirse tras el borde. La noche parecía eterna. Crag trabajaba y dormía y esperaba. Medía su oxígeno, racionaba su comida, y hacía planes. Era tenaz. Tenía que sobrevivir. Aunque sólo fuera para cantarle las cuarenta a Gotch, se prometía lleno de rabia.

El Sol salió de nuevo. A su debido tiempo se puso. Se levantó y se puso.

Crag aguardaba.

Vio cómo la nave de plata descendía. Se puso de popa lentamente, con gracia, viniendo a descansar sobre la llanura cenizosa sin dar apenas un respingo. En cierto modo no se sentía alegre. Aguardaba gravemente, viendo las figuras que descendían de la nave. No le sorprendió lo más mínimo observar que la primera era la del coronel Michael Gotch.

Más tarde estaban reunidos en el pequeño cuarto de la tripulación del Astronauta, el nombre de la primera nave espacial movida por energía atómica. Gotch, Crag, el piloto y dos tripulantes aguardaban solemnemente a que hablase el hombre delgado. De momento estaba sentado en el rincón junto a una mesita examinando papeles y datos sobre la expedición lunar. Por último levantó la mirada.

—Me parece que la pretensión de vuestro país al dominio de la Luna está justificada —dijo.

Las palabras eras trascendentales. El hombre delgado se llamaba Fredrick Gunter. Era también el Secretario General de las Naciones Unidas.

FIN